

- 1 -

Angélica Gorodischer

Trafalgar



A Horacio Gorodischer

ÍNDICE

A la luz de la casta luna electrónica

Sensatez del círculo

De navegantes

El mejor día del año

La lucha de la familia González por un mundo mejor

Trafalgar y Josefina

El señor caos

Constancia

Trafalgar y yo

Nota postliminar a «Trafalgar»

TRAFALGAR:

Cabo de España, al noroeste del estrecho de Gibraltar. Victoria de Nelson en 1805 sobre las tropas reunidas de Francia y de España.

(Nuevo Pequeño Larousse Ilustrado)

MEDRANO, TRAFALGAR: Nació en Rosario el 2 de octubre de 1936. Hijo único del doctor Juan José Medrano Salles, eminente clínico de la ciudad, que fuera Profesor Titular de Fisiología en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional del Litoral y Presidente del Círculo Médico de Rosario, y de su esposa doña Mercedes Lucía Herrera Stone. Recibió su educación primaria y secundaria en el Colegio de los Hermanos Maristas. Sus padres esperaban que siguiera la carrera médica, pero después de una breve incursión por los claustros universitarios, el joven Medrano decidió dedicarse al comercio, actividad para la que indudablemente poseía dotes fuera de lo común, y en la que obtuvo grandes satisfacciones, no sólo en lo que hace al aspecto financiero. Se recordará la trágica muerte del doctor Medrano Salles y doña Mercedes Herrera en un accidente automovilístico. En ese momento (1966) Trafalgar Medrano tenía treinta años, había afianzado los contactos comerciales iniciados tiempo atrás, y su posición en el mundo de los negocios podía calificarse ya de brillante. Al margen de la expansión quizá sin precedentes, de su actividad, su vida carece, según no deja de puntualizar, de acontecimientos notables. Es soltero. Vive en la amplia casa que fuera de sus padres, en un barrio residencial del norte de la ciudad de Rosario, casona a la cual, aparte de hacer pintar cada dos años, se niega a modificar, y que durante sus repetidas y a veces

largas ausencias queda al cuidado de sus fieles servidores don Rogelio Bellevigne y doña Crisóstoma Ríos de Bellevigne. Sus oficinas funcionan en el edificio sito en Córdoba 1253, atendidas gentil y eficientemente desde hace veinte años, cuando se instalaron en una planta alta de Mitre al 700, por la señora Elvira Suárez de Romegiali y el contador Servidio Cicchetti. Es socio del Club Rosarino de Pelota, del Jockey Club, de El Círculo, de la Academia Porteña del Lunfardo, y adherente a M.U.A.Y.A. A la muerte de sus padres donó la biblioteca científica del doctor Medrano al Círculo Médico de Rosario, pero él mismo posee una rica y muy heterogénea biblioteca compuesta por obras de narrativa, policiales y de ciencia ficción cuyos volúmenes proceden en ciertos casos de lugares inesperados. Manifiesta gustos extremadamente sencillos: la buena cocina, sin excesos; los buenos vinos, con mayor parquedad aún; los gatos, la música, el café negro, los cigarrillos negros, la lectura (Balzac, Cervantes, Vian, Le Guin, Lafferty, Villon, Borges, Eurípides, D'Artagnan, Skorpio, Corto Maltes para no citar sino algunos autores y publicaciones), la frecuentación de los amigos entre quienes nombra con particular afecto a Ciro Vázquez Leiva, el doctor Hermenegildo Flynn, médico, Sujer y Angélica Gorodischer, el doctor Nicolás Rubinó, abogado, el doctor Simeón Páez, abogado también, Miguel Ángel Sánchez, los narradores Elvio Gandolfo y Alma Maritano, y destacados poetas, Jorge Isaías, Mirta Rosenberg, Francisco Gandolfo, etc., y artistas plásticos de Rosario. De estos últimos posee algunas obras notables. Pueden admirarse en su casa cuadros de Ouvrard, Cochet, Giacaglia, Grela, Padeletti, Cambarles, García Carrera, Renzi, Musto, Schiavoni, etcétera, y una bellísima escultura de Lucio Fontana, la "Muchacha Sonriente". Frecuenta asiduamente el Burgundy, conocido establecimiento que ha visto pasar por su local de Córdoba al 1100 a tantas personalidades de la ciudad, y colecciona discos de pasta con grabaciones de tangos por sus orquestas preferidas: Pugliese y D'Arienzo.

(Quién es Quién en Rosario. Editado por la Subcomisión de Relaciones Públicas de la Asociación Amigos de la Ciudad de Rosario. Rosario, Imprenta La Familia, 1977).

Desde ya, querido lector, desde antes que usted empiece a leer este libro, tengo que pedirle un favor: no vaya antes que nada al índice a buscar el cuento más corto o el que tenga un título que le llame la atención. Ya que los va a leer, cosa que le agradezco, léalos en orden. No porque se sigan cronológicamente, que algo de eso hay, sino porque así usted y yo nos vamos a comprender más fácilmente. Gracias.

A. G.

A LA LUZ DE LA CASTA LUNA ELECTRÓNICA

Ayer estuve con Trafalgar Medrano. No es fácil encontrárselo. Siempre anda de aquí para allá en esos negocios suyos de exportación e importación. Pero de vez en cuando anda de allá para aquí y le gusta sentarse a tomar café y charlar con un amigo. Yo estaba en el Burgundy y cuando lo vi entrar casi no lo reconocí: se había afeitado el bigote.

El Burgundy es uno de esos bares de los que ya van quedando pocos, si queda alguno. Nada de fórmica ni de fluorescentes ni de cocacola. Una alfombra gris un poco gastada, mesas

de madera de veras y sillas de madera de veras, algunos espejos entre la boiserie, ventanas chicas, puerta de una sola hoja y fachada que no dice nada. Gracias a todo eso adentro hay bastante silencio y cualquiera puede sentarse a leer el diario o a conversar con otro o a no hacer nada frente a una mesa con mantel, vajilla de loza blanca o vidrio como la gente y azucarera en serio sin que nadie y menos Marcos, venga a molestarlo.

No le digo dónde queda porque en una de éstas usted tiene hijos adolescentes, o peor, hijas adolescentes, que se enteran y adiós tranquilidad. Le doy un solo dato: está en el centro, entre una tienda y una galería y seguro que usted pasa por ahí todos los días cuando va al banco y no lo ve.

Pero Trafalgar Medrano se me vino en seguida para la mesa. El sí que me reconoció porque yo sigo teniendo ese aspecto gordinflón cheviot y Yardley de abogado próspero que es exactamente lo que soy. Nos saludamos como si nos hubiéramos visto hacía un par de días pero calculé que habían pasado como seis meses. Le hizo una seña a Marcos que quería decir a ver ese café doble, y yo seguí con mi jerez.

—Hacía rato que no te veía —le dije.

—Y, sí —me contestó—. Viajes de negocios.

Marcos le trajo su café doble y un vaso con agua fresca sobre un platito de plata. Eso es lo que me gusta del Burgundy.

—Además me metí en un lío.

—Un día de éstos vas a terminar en cana —le dije— y no me llames para que te vaya a sacar. No me ocupo de esas cosas.

Probó el café y prendió un cigarrillo negro. Fuma cortos, sin filtro. Tiene sus manías como cualquiera.

—Un lío con una mujer —aclaró sin mirarme—. Creo que era una mujer.

—Traf —le dije poniéndome muy serio—, espero que no hayas contraído una exquisita inclinación por los jovencitos frágiles, de piel tersa y ojos claros.

—Era como una mujer cuando estábamos en la cama.

—¿Y qué hacías con ella o con él en la cama? —le pregunté cosa de estimularlo un poco.

—¿Qué te parece que hace uno con una mujer en la cama? ¿Cantar a dúo los lieder de Schumann?

—Ta bien, ta bien, pero explicame: ¿qué tenía entre las piernas? ¿Una cosa que sobresalía o un agujero?

—Un agujero. Mejor dicho dos, cada uno en el lugar correspondiente.

—Y vos te aprovechaste de los dos.

—Y no.

—Era una mujer —resolví.

—Humm —me dijo—. Eso pensé.

Y volvió al café y al negro corto sin filtro. No se lo puede apurar a Trafalgar. Si usted se lo encuentra alguna vez, en el Burgundy o en el Jockey o en cualquier otra parte y él empieza a contarle lo que le pasó en unos de sus viajes, por Dios y toda la corte celestial no lo apure, vea

que tiene que ir largando sus cosas a su modo perezoso y socarrón. Así que pedí otro jerez y algunos saladitos y Marcos se acercó y comentó algo sobre el tiempo y Trafalgar decidió que los cambios de clima son como los chicos, si uno les da pelota está perdido. Marcos estuvo de acuerdo y se las tomó para la barra.

—Fue en Veroboar —siguió—. Era la segunda vez que iba pero a la primera no la cuento porque estuve ahí de pasada y no alcancé ni a bajar. Queda en el borde de la galaxia.

No he sabido nunca si es cierto o no que Trafalgar viaja por las estrellas pero no tengo por qué no creerle. Pasan tantas cosas más raras. Lo que sí sé es que es fabulosamente rico. Y que no parece importarles un bledo.

—Yo había andado vendiendo material de lectura en el sistema de Seskundrea, siete mundos limpios y brillantes en los que la lectura visual es un lujo. Un lujo que impuse yo, por otra parte. Allá los textos se escuchaban o se leían al tacto. La chusma lo sigue haciendo pero yo les he vendido libros y revistas a todos los que se creen que son alguien. Tuve que bajarme en Veroboar que no queda muy lejos, para que me controlaran una pantalla de inducción única, y aproveché para vender el sobrante —prendió otro cigarrillo—. Eran revistas de historietas. No pongas esa cara que si no hubiera sido por las revistas de historietas no hubiera tenido que afeitarme el bigote.

Marcos le trajo otro café doble antes que se lo pidiera. Es una maravilla este Marcos: si usted no toma más que jerez seco bien helado como yo o jugo de naranja sin colar y con gin como Salustiano, el más chico de los Carreras, o siete cafés dobles al hilo como Trafalgar Medrano, puede estar seguro de que Marcos va a estar ahí para recordarlo así hagan diez años que usted no va al Burgundy.

—Esta vez no fui a Seskundrea, no vaya a ser que el lujo se convierta en costumbre y tenga que ponerme a pensar en otra cosa, pero llevaba Bayaspirina a Belanius III donde la Bayaspirina tiene efectos alucinógenos. Cuestión de clima o de metabolismo debe ser.

—No te digo que vas a terminar en cana.

—Difícil. Lo convencí al jefe de Policía de Belanius III para que probara con Cafiaspirina. Imagínatelo.

Traté pero no pude. El jefe de Policía de Belanius III castigándose con Cafiaspirina es algo que está más allá de los límites de mi modesta imaginación. Y hay que ver que no hice un gran esfuerzo porque estaba intrigado con lo de la mujer que a lo mejor no era y con lo del lío.

—Belanius III queda no muy cerca de Veroboar pero ya que estaba decidí probar con más revistas y algunos libros, pocos para no espantarlos. Claro que ahora me iba a quedar un tiempo y no se las iba a ofrecer al primer mono que apareciera para que él las vendiera y se quedara con mi tajada, cualquier día. Estacioné el cacharro, metí la ropa y la mercadería en una valija y tomé un ómnibus que iba a Veroy, la capital.

—¿Y la aduana?

Me miró sobrador:

—En los mundos civilizados no hay aduanas, viejo. Son bastante más vivos que nosotros.

Terminó el segundo café y miró para la barra pero Marcos estaba atendiendo otra mesa.

—Iba decidido a hablar con alguien estratégicamente situado que me pudiera decir dónde y cómo organizar la venta, comisión mediante.

—Así que en los mundos civilizados no hay aduanas pero hay coimas.

—Bah, más o menos civilizados. No seas tan estricto: todos tienen sus debilidades. Ahí por ejemplo me llevé la gran sorpresa: Veroboar es un aristomatriarcado.

—¿Un qué?

—Eso. Un millar de mujeres, supongo que son mujeres; jóvenes, supongo que son jóvenes; divinas.

—Supones que son divinas.

—Eso se ve a la legua. Ricas. También se ve a la legua. Ellas solas tienen en un puño a todo Veroboar. Y qué puño. No puedes ni estornudar sin su permiso. A los dos minutos de estar en el hotel recibí una nota con sellos y membretes en la que se me citaba al despacho del Gobernador. A las treinta y una horas setenta y cinco minutos en punto. Quiere decir que tenía media hora para bañarme, afeitarme y vestirme.

Marcos llegó con el tercer café doble.

—Y desgraciadamente —dijo Trafalgar—, salvo en las casas de Las Mil aunque yo no tuve tiempo de verlos, en Veroboar no hay aparatos de tocador sofisticados como en Sechus o en Vexvise o en Forendo Lhda. ¿Te conté alguna vez que en Drenekuta V viajan en carros tirados por bueyes pero tienen televisión en relieve y unos cubículos de aire comprimido que te afeitan, te hacen peeling, te masajean, te maquillan porque en Drenekuta los hombres se maquillan y se enrulan el pelo y se pintan las uñas, y te visten en siete segundos?

—No, creo que no. Un día me contaste de unos tipos mudos que bailaban en vez de hablar o algo así.

—Por favor. Anandaha-A. Qué mundo fulero. Nunca pude venderles nada.

—¿Y llegaste a tiempo?

—Adonde.

Se tomó media taza de café.

—Al despacho del Gobernador. Rubia, ojos verdes, muy alta, con unas piernas que si las ves te da un ataque.

A mí con mujeres esplendorosas. Me casé con una hace treinta y siete años. No sé si Trafalgar Medrano está casado o no. Agrego que mi mujer se llama Leticia y sigo.

—Y dos manzanitas duras que se le veían a través de la blusa y unas caderas redondas —hizo una pausa—. Era una víbora. No gastó saliva en ceremonias. Se me plantó delante y me dijo: "Nos preguntábamos cuándo volvería a Veroboar, señor Medrano." Pensé que empezábamos bien y me equivoqué como un boludo. Le dije que era muy halagador que se acordaran de mí y me miró como si yo fuera un pedazo de bosta que el barrendero se olvidó de levantar y me largó, ¿sabes lo que me largó?

—Ni idea.

—"No hemos visto con buenos ojos sus actividades clandestinas en el puerto de Verov." Qué me decís.

No le dije nada.

—Para qué te voy a repetir el diálogo. Además no me acuerdo. Las brujas éstas habían fusilado al pobre tipo que se puso a vender mis revistas —tomó otro poco de café— y habían confiscado el material y decidido que yo era un delincuente.

—Y vos te la llevaste a la cama y la convenciste de que no te fusilara a vos también.

—No me la llevé a la cama —me explicó con mucha paciencia.

—Pero vos me dijiste.

—No con ésta. Después de advertirme que tenía que dirigirme a ella por su título que era Iluminada Señora a Cargo de la Gobernación de Verovsian.

—No me digas que cada vez que le hablabas tenías que largarle todo eso.

—Sí te lo digo. Después de advertirme me dijo que no podía salir del hotel sin su autorización y que por supuesto no tratara de vender nada y que ya me avisarían cuando pudiera venirme de vuelta. Si alguna vez podía. Y que al día siguiente tenía que presentarme ante uno de los miembros del Gobierno Central. Y que me retirara.

—La flauta.

—Me fui al hotel y me fumé tres paquetes de cigarrillos. La cosa no me estaba gustando nada. Me hice llevar la comida a la habitación. Un asco la comida del hotel y eso que era el mejor de Verov y para colmo la cama era demasiado blanda y la ventana no cerraba bien.

El resto del café seguro que ya estaba frío pero se lo tomó. Marcos repasaba el diario sección carreras: sabe de caballos todo lo que hay para saber y un poco más. Tiene un hijo flamante colega mío y una hija casada que vive en Córdoba. No había más que otras dos mesas ocupadas así que el Burgundy estaba bastante más pacífico que Veroboar. Trafalgar fumó un rato sin hablar y yo miré mi copa vacía preguntándome si era una ocasión especial: solamente en ocasiones especiales me tomo más de dos.

—Al día siguiente recibí otra nota, con membrete pero sin sellos, donde me decían que la entrevista era con la Iluminada y Casta Señora Guinevera Lapislázuli.

—¿Qué dijiste? —salté—. ¿Se llamaba así?

—No, claro que no.

Marcos había largado el diario, había cobrado en una de las otras mesas y ya se venía con el cuarto café doble. A mí no me trajo nada porque la cosa no tenía pinta de ocasión especial.

—Se llamaba —dijo Trafalgar que nunca le pone azúcar al café— algo que sonaba como eso. En todo caso lo que me decían era que la entrevista se había aplazado hasta el día siguiente porque la iluminada casta y demás que era miembro del Gobierno Central había iniciado su trámite anual ante la División de Relaciones Integrales de la Secretaría de Comunicación Privada. Allá el año dura casi el doble que acá y los días son más largos y las horas también.

Francamente, no me interesaba la cronosofía de Veroboar.

—Y todo eso qué quiere decir —le pregunté.

—Yo qué sabía.

Se quedó callado mirando a tres tipos que entraron y se sentaron a la mesa del fondo. No estoy seguro pero me parece que uno de ellos era Bender el que tiene una empresa constructora, usted lo debe conocer.

—Me fui enterando después, de a puchos —dijo Trafalgar con la taza de café en la mano— y no sé si lo entendí del todo. Y al otro día la misma historia porque la iluminada seguía con sus diligencias y al otro también y al otro también. Al quinto día me cansé de las matriarcas rubias y sus secretarías, de estar encerrado en la habitación del hotel, de la bazofia que había para comer, de la cama y de la ventana y de todo y de pasearme en veinte metros cuadrados

pensando que por ahí me secuestraban en Veroboar por tiempo indeterminado. O me fusilaban.

Se empacó un rato, enojado con retroactividad, mientras tomaba el café y ya iban cuatro.

—Entonces soborné al mozo que me traía la comida. No fue difícil y yo ya me lo había supuesto porque era un flaco con cara de hambre, dientes cariados y ropa raída. Todo es miserable y triste en Veroboar. Todo menos Las Mil. No vuelvo más a ese mundo de porquería —lo pensó—. Es decir, no sé.

Yo me estaba impacientando.

—Lo sobornaste. ¿Y?

—El tipo tenía un julepe pampa pero me consiguió una guía de teléfonos y me pasó el dato que para entrevistar a un miembro del Gobierno Central había que ir vestido de gala, maldito sea.

—Traf, no entiendo nada —le grité casi—. Marcos, otro jerez.

Marcos me miró como extrañado pero sacó la botella.

—Ah, es que no te dije que en la última de esas notas me informaban que como la iluminada había terminado los trámites iba a quedarse entre cinco y diez días encerrada en su casa. Y ya que no me llamaban al despacho, quería la dirección de la casa para ir a verla ahí.

—Pero te habían prohibido salir del hotel.

—Aja.

Marcos llegó con el jerez: ocasión especial.

—Tenía que hacer algo. Cinco a diez días más era demasiado. Por eso esa noche como no sabía cuál era el vestido de gala en Veroboar y el flaco tampoco, qué iba a saber, me vestí como para salir de padrino: frac, camisa blanca con botones de perlas, moño de raso, zapatos de charol, galera y capa. Y bastón y guantes.

—Anda.

—No te imaginas las cosas que llevo en mi equipaje. Hacemé acordar que te cuente lo que es el traje de ceremonia en Foulikdan. Y lo que hay que ponerse si uno quiere vender algo en Mesdabaulli IV —se rió, no le diré que mucho porque Trafalgar no es muy expresivo, pero se rió—. Ya vestido, esperé la señal del flaco y cuando me avisó por el teléfono interno que no había nadie abajo, salí del hotel y tomé un taxi que ya me estaba esperando y que recorrió unos cinco kilómetros a paso de hombre. Mi Dios, lo que era la casa. Claro, vos no sabes cómo son las casas de Veroboar. Apenas mejores que las de una villa miseria. Pero la Guinevera Lapislázuli era una de Las Mil, y miembro del Gobierno Central. Viejo, qué palacio. Todo de mármol y cristal de medio metro de espesor en un jardín lleno de flores y fuentes y estatuas. La noche era oscura. Veroboar tiene una luna raquíca que no alumbra nada, pero había focos amarillos entre las plantas del jardín. Lo atravesé caminando apurado como si viviera ahí y el del taxi me miró con la boca abierta. Llegué a la puerta y busqué un timbre o una aldaba. No había. Tampoco había picaporte. La empujé y se abrió.

—¿Entraste?

—Claro que entré. Estaba seguro de que me iban a fusilar. Si no esa noche, al otro día.

—¿Y?

—No me fusilaron.

—Ya me había dado cuenta.

—Adentro no había nadie. Tosí, golpeé las manos, llamé. Nadie. Me puse a caminar para cualquier lado. Los pisos eran de mármol. Había enormes focos redondos de luz colgando del techo con cadenas incrustadas de piedras. Los muebles eran de madera dorada muy trabajada.

—Me importa un pito la decoración de la casa de la Lapislázuli. Hacemé el favor de decirme qué pasó.

Como ve, predico pero no practico. A veces Trafalgar me saca de mis casillas.

—Por un rato nada. Hasta que por ahí empujé una puerta y me la encontré.

Él jerez estaba bien frío y el tipo que me parece que era Bender se levantó y fue al baño.

—¿También era rubia? —pregunté.

—También. Vos disculparás pero te tengo que hablar de la decoración de ese cuarto.

—Si no hay más remedio.

—No hay. Era monstruosa. Mármol por todas partes de varios tonos de rosa en las paredes y el piso y negro en el techo. De los zócalos salían plantas y flores artificiales. De plástico. De todos colores. Rinconeras en las que había pebeteros con incienso. Arriba brillaba una luna fluorescente como una tortilla colgada con hilos transparentes y que se hamacó cuando yo abrí la puerta. Junto a una pared había una máquina del tamaño de un aparador que zumbaba y tenía lucecitas que se prendían y se apagaban. Y contra otra pared una cama dorada interminable y en la cama estaba ella desnuda y me miraba.

Pensé seriamente en tomarme un cuarto jerez.

—Yo llevaba preparado un verso magnífico que consistía en no versear o en versear lo menos posible, pero el cuadro me había dejado sin aliento. Me saqué la galera, hice una reverencia, abrí la boca y no me salió nada. Ensayé de nuevo y empecé a tartamudear. Ella me seguía mirando y cuando yo estaba por largarme con lo de Iluminada y Casta Señora etcétera, levantó una mano y me hizo señas para que me acercara.

Yo ni me había dado cuenta cuándo pero se había tomado el cuarto café porque Marcos llegó con otra taza.

—Me acerqué, cómo no. Me paré al lado de la cama y la máquina que zumbaba vino a quedar a mi derecha. Estaba nervioso, calcula, y alargué la mano y empecé a tantear a ver si la podía apagar, sin dejar de mirarla. Valía la pena.

—Era una mujer nomás, qué tanto.

—Ya te dije que creo que sí. De lo que estoy seguro es de que tenía una calentura bárbara. A esa altura yo también. Con la mano derecha encontré una palanca y la bajé y la máquina se apagó. Sin el zumbido me empecé a sentir mejor, me agaché y la besé en la boca que por lo visto era lo más adecuado para las circunstancias porque ella me agarró del cuello y entró a tirar para abajo. Largué la galera y usé las dos manos libres para las dos manzanas esta vez sin blusa ni nada.

—Linda noche.

—Más o menos, ya vas a ver. Me desvestí en tiempo record, me le tiré encima y le dije algo así como piba sos lo más lindo que he visto en mi vida y te aseguro que no mentía, porque era linda y tibia y a mí ya me parecía que yo era payador y rey del mundo todo en uno, ¿y sabes lo que me dijo ella?

—Pero cómo voy a saber. ¿Qué te dijo?

—Me dijo “Mandrake, amor mío, no me digas piba, decimé Narda”.

—Traf, déjate de macanas.

—No son macanas. Yo, que no estaba para andar pensando en sutilezas, arremetí con todo, aunque tuve la sensación de haberme volteado a una piantada.

—¿Era casta?

—Qué iba a ser. Tal vez fuera iluminada pero casta no era. Se las sabía todas. Y entre los grititos y las piruetas me seguía diciendo Mandrake.

—Y vos le decías Narda.

—Qué me importaba. Era linda, ya lo creo, y era incansable y tentadora. En cuanto yo aflojaba un poco y me adormilaba abrazándola, ya me recorría con los dedos y la lengua y se me reía metiéndome el hocico en el cuello y me mordisqueaba y yo volvía a la carga y rodábamos hechos un nudo sobre la cama dorada. Hasta que por ahí en una de esas volteretas se avivó que la máquina estaba apagada. Se sentó en la cama y pegó un alarido y yo pensé qué tanto lío. Es como si vos te pones a aullar porque se te apagó el calefón.

—Pero eso no sería un calefón, digo yo.

—No, no era. Yo quería seguir con la farra y traté de agarrarla para que se volviera a acostar, pero gritó más fuerte y a los gritos me preguntó qué estaba haciendo yo ahí. Le dije pero qué mala memoria tenés mi querida y ella seguía a los gritos que quién era yo y que qué hacía en su cuarto y que me fuera inmediatamente y trataba de taparse con algo.

—Plantada es poco —comenté.

—AH, eso pensé yo, pero resulta que no, que un poco de razón tenía la pobre.

Se quedó un rato callado y después se acordó que yo estaba ahí:

¿Te dije que me había desvestido en tiempo record? Bueno, me vestí más ligero todavía, no sé cómo, porque aunque no entendía lo que pasaba, tuve la impresión de que el asunto se estaba poniendo más fiero de lo que yo suponía. Y mientras me prendía la camisa y me sujetaba los pantalones y metía el moño en un bolsillo todo al mismo tiempo, pensé que realmente me hubiera venido bien ser Mandrake para hacer un pase magnético y aparecer todo vestido. Y ahí mismo supe que yo era Mandrake.

iPero che!

¿No te das cuenta? —me dijo un poco fastidiado, como si uno pudiera darse cuenta de algo en toda esa mescolanza—. Yo estaba vestido de Mandrake y tengo, tenía bigote, y el pelo negro un poco aplastado y Las Mil habían confiscado las re vistas de historietas.

—Y la Lapislázuli las había leído y se había enamorado de Mandrake, eso lo entiendo. ¿Pero por qué gritaba si creía que vos eras Mandrake?

—Espera, espera.

—Porque qué más quería, con la nohecita que estaba pasando?

—Espera te digo, a vos no se te puede contar nada.

El cenicero estaba lleno de puchos de negro sin filtro. Yo hace dieciocho años que dejé de fumar y en ese momento lo lamenté.

—Me terminé de vestir y salí rajando con la capa y la galera en la mano y sin el bastón ni los guantes mientras la rubia se envolvía con una sábana, de seda dorada aunque no lo creas, y me amenazaba con la tortura y la muerte por descuartizamiento. No sé cómo no me perdí entre tanto mármol. Hasta la puerta de entrada se oían los gritos. En la calle, ni un taxi. Corrí dos o tres cuadras, en lo oscuro, por un barrio silencioso en donde seguro que vivían cinco o seis de Las Mil porque cada casa ocupaba por lo menos una manzana. Después de una avenida más ancha que la de los porteños, cuando empezaba la villa miseria, encontré un taxi. El chofer era un viejo amarillento que quería charlar. Yo no. Tal vez me hubiera puesto amarillento, no te digo que no, pero no quería charlar. Subí los escalones de a tres, no había ascensor en ese hotel mugriento, entré en el cuarto, me saqué el frac, me afeité el bigote, me puse una peluca rubia, ya te dije que en esos viajes mi equipaje da para todo, y anteojos y una gorra y un saco a cuadros y un pantalón marrón y empecé a meter cosas en la valija. Y en eso apareció el flaco, que se había tomado un interés especial en mis asuntos no gracias a mi personalidad arrolladora sino gracias a las posibilidades de mi billetera, y me encontró revoleando calzoncillos.

—Decimé, Traf, ¿por qué te escapabas de un puñado de mujeres que eran estupendas y además acostables por lo que veo?

Iba por la mitad del sexto café y estábamos solos en el Burgundy. Se hacía tarde pero yo ni miré el reloj porque no pensaba irme hasta no haber escuchado el final. Leticia sabe que a veces, a veces, llevo a cualquier hora y no le importa, siempre que siga siendo a veces.

—Vos no estuviste en Veroboar —dijo Trafalgar—, ni te gritoneó el Gobernador, ni conociste al flaco hambriento y asustado o al tipo que fusilaron por dos docenas de revistas, un mecánico asmático que tenía conjuntivitis purulenta y le faltaban dos dedos de la mano izquierda y quería ganarse unos mangos extra para estar dos días sin trabajar en el puerto. Ni viste la casa de la Lapislázuli. Miseria, mugre y barro y olor a enfermedad y a podrido por todos lados. Eso es Veroboar. Eso y mil mujeres espantosamente ricas y poderosas que hacen lo que quieren con el resto del mundo.

—No se puede confiar en las mujeres —dije.

Tengo cuatro hijas: si alguna me oye, me estrangula. Sobre todo la tercera que también es abogada, el Señor nos asista. Pero Trafalgar me salió al cruce:

—Por algunas cosas que he visto, en los hombres tampoco.

Tuve que estar de acuerdo y eso que no he viajado tanto como Trafalgar Medrano. México, algo de Estados Unidos, Europa y esas cosas y veraneo en Punta del Este. Pero no he estado en Seskundrea ni en Anandaha-A.

—Puede ser que te parezca que estuve digamos demasiado prudente, pero ya vas a ver que tuve razón. Me daba cuenta que si la rubia del Gobierno Central me agarraba, me descuartizaba seguro.

Terminó el café y abrió otro paquete de negros sin filtro.

—El flaco me dio algunos detalles en cuanto le dije que estaba en un lío aunque no le aclaré qué clase de lío. La posición de las Mil no es hereditaria, no son hijas de familias notables. Salen del pueblo. Cualquier chica que sea linda pero muy linda y consiga, cosa que no es fácil ni mucho menos, reunir una suma determinada antes de empezar a arrugarse, puede aspirar a ser una de Las Mil. Si llega, repudia familia, pasado y clase. Las otras la educan, la pulen y después la largan. Y lo único que tiene que hacer de ahí en adelante es pasarla bien, ser cada vez más rica porque todo el mundo trabaja para ella y gobernar Veroboar. No tienen hijos. Ni hijas. Se supone que son vírgenes e inmortales. La gente sospecha sin embargo, que no son inmortales. Yo sé que no son vírgenes.

—La tuya no era.

—Las otras tampoco, me juego la cabeza. No tienen hijos, pero hacen el amor.

—¿Con quién? ¿Con Los Mil?

—No hay Los Mil. Supongo que, en secreto, entre ellas. Pero oficialmente una vez al año, todo planificado en la Secretaría ésa de Comunicación Privada. Hacen una solicitud y mientras esperan que les contesten las demás las felicitan y les mandan regalitos y les hacen fiestas. De la Secretaría siempre les dicen que sí cómo no y entonces se van a sus casas, despiden a los sirvientes, arreglan el escenario, conectan la máquina y se acuestan. Con la máquina. La que yo apagué. La máquina les da dos cosas: una, alucinaciones visuales, táctiles, auditivas y todo, que responden al modelo que eligieron y que ya está programado en el artefacto. El modelo puede existir o no, puede ser el portero del ministerio o un engendro imaginado por ellas o, en mi caso, un personaje de historieta de las malditas revistas que yo mismo le vendí al mecánico. Y dos, todas las sensaciones del orgasmo. Por eso la Lapislázuli estaba en el séptimo cielo con lo que creía que eran los efectos de la máquina y pensaba, me imagino yo, que la ilusión de acostarse con Mandrake era perfecta. Cómo no iba a ser perfecta, pobre mina, si yo había llegado justo a tiempo. El romance electrónico dura unos días, el flaco no sabía cuántos, y después vuelven muy campantes a gobernar y a pasarla como reyes. Como reinas.

—¿El flaco te contó todo eso?

—Sí. No como te lo cuento yo a vos sino lleno de adornos mitológicos y explicaciones fabulosas. Mientras yo metía las cosas en la valija. Hasta me ayudó. La cerré y salí corriendo porque ahora ya sabía que las papas quemaban y por qué, y el flaco atrás mío. Ya rne llamaba la atención tanto coraje. Pero mientras bajábamos los tres pisos se puso a contarme boqueando que tenía una hija más linda y más rubia que Ver. Eso dijo.

—¿Ver?

—El sol. Y que estaba ahorrando para que llegara a ser una de Las Mil. Me paré en seco en el primer piso y le dije que estaba loco, que si la quería que la casara con el vendedor de tortas fritas o con el remendón y se sentara a esperar que le diera nietos. Pero estaba loco y ni me oyó y si me oyó no me hizo caso: me preguntó si yo era rico. Cuando te digo que en los hombres tampoco se puede confiar.

—Le diste la guita.

—Seguí bajando la escalera a los saltos y el flaco me consiguió un taxi.

—Le diste la guita.

—No hablemos del asunto. Me metí en el taxi y le dije al chofer que no sé si era viejo o amarillento o las dos cosas o ninguna, que le pagaba doble si me llevaba volando al puerto. Me llevó volando y le pagué doble. Yo iba mirando para atrás todo el tiempo a ver si la Lapislázuli me había largado los perros.

—No te había largado nada.

—Cómo que no. Les gané por un pelo. Prendí los motores pero todavía estaba pegado al suelo cuando llegaron con sirenas y focos y ametralladoras. Empezaron a tirar y ahí despegué. Los deben haber fusilado a todos por dejarme escapar. O quizá los descuartizaron en lugar mío.

—Qué salvada.

Tomó el café y manoteó la billetera.

—Deja —le dije—, invito yo. Para festejar tu vuelta.

—Para festejos quedé —dudó antes de guardar la billetera—. Me desvié un poco y me fui a Naijale II. Ahí podía vender cualquier cosa. Y comprar por chirolas una planta de la que los químicos de Oen sacan un perfume que no se puede comparar con ninguno de ninguna otra parte. Cómo estaría yo que no bajé la mercadería y no compré nada. Me fui a un hotel como la gente y pasé una semana comiendo bien y durmiendo como podía. Aparte de eso lo único que hice fue ir a la playa y ver televisión. No tomé alcohol, no miré mujeres y no leí revistas de historietas. Y te aseguro que en Naijale II las tres cosas son de primera calidad. Después me vine. Hice un viaje infernal, durmiendo a los saltos, equivocándome de ruta a cada momento, meta hacer cálculos que a lo mejor no sirven para nada porque no sé cuánto dura un embarazo en Veroboar. No se lo pregunté al flaco y si se lo hubiera preguntado él me hubiera hablado del embarazo de su mujer que debe ser una vieja arrugada y más escuálida que él, ¿y cómo sé yo si Las Mil tienen una misma fisiología que las mujeres comunes? ¿Cómo sé si no las alteran? ¿Cómo sé si pueden o no quedar embarazadas? ¿Y si pueden, cómo sé si la Lapislázuli quedó embarazada esa noche? ¿De Mandrake? ¿Cómo sé si Las Mil no son máquinas ellas también y si no la han fusilado o algo peor a la hija del flaco igual que a toabas las que aspiraron a ser como ellas, cuestión de quedarse con la plata y seguir haciendo el amor con otras máquinas?

—Vos estuviste en la cama con ella, Traf. ¿Era una mujer?

—Sí. Creo que sí.

—Lástima —le dije—. Si fueran máquinas no tendrías por qué volver a Veroboar.

Pagué, nos levantamos y nos fuimos. Cuando salimos, había dejado de llover.

SENSATEZ DEL CIRCULO

Encoré n'y a il chemin qui n'aye son issuë.

Montaigne

¿Han visto esas casas del boulevard Oroño, sobre todo las que miran al este, esas casas secas, frías, serias, pesadas con rejas pero sin jardines, con alo sumo un patio embaldosado como la vereda? En una de esas casas vive Ciro Vázquez Leiva, Cirito. Excelente tipo, un poco cansino, pasablemente rico, casado con una mujer abrumadora y exasperante, Fina Ereñú. Cada vez que Fina se va a Salta a ver a la hija y a los nietos, y por suerte se va lo suficiente a menudo como para que él no enmudezca del todo, Cirito deja de ir a la noche al jockey y ahí es cuando algunos amigos de esos que interpretan correctamente las señales, van a la casa fría y seca y juegan al poker en el comedor. Reuniones exclusivamente masculinas y hasta un poco solemnes en las que se toma whisky con moderación y uno que otro café o litros de café si está Trafalgar Medrano como el jueves pasado.

No es que yo haya estado allí porque como les digo las mujeres sobran, pero Coro suele encontrarse en lo de Raúl con el Payo Gamen que sí estaba. Cirito tiene una suerte infernal. Por lo menos eso es lo que dicen los amigos que no quieren reconocer que lo que pasa es que obligado por las circunstancias ha desarrollado un infinito sentido de la oportunidad y una habilidad infinita para distorsionar la verdad lo necesario, apenas lo necesario. Y esa noche a

pesar de que juegan con tanta moderación como toman whisky, ganó montones de plata. Sobre todo a costa del Payo y del doctor Flynn, el médico, no el abogado. Trafalgar Medrano que es más circunspecto, salió mano a mano. Después de una revancha catastrófica el Payo dijo basta y Flynn dijo sos un animal Cirito, y Trafalgar Medrano dijo ¿no hay más café? Había. Los otros se sirvieron whisky y Cirito acomodaba las cartas. El Payo dijo que al día siguiente él iba a llevar un naipes nuevo y alguien propuso que fuera español a ver si al truco Cirito seguía arrasando con todo.

—Trae el naipes que quieras —dijo Cirito que estaba contento—, español o chino o lo que sea.

—Los naipes son chinos —dijo el Payo.

—Puede ser —dijo Flynn que es culto—, pero fueron los árabes los que los trajeron a occidente. Viterbo dice que a fines del siglo XIV los árabes los llevaron a España y que se llamaban naib.

—Y ese Viterbo quién es —preguntó el Payo.

—Y que —siguió Flynn— los oros son la burguesía, las copas el clero, las espadas el ejército y los bastos el pueblo.

—Como siempre y como en todas partes —dijo Cirito.

—Conocí a unos tipos que eran todos todo eso y nada al mismo tiempo —dijo Trafalgar.

—Sé —dijo el Payo—, ¿y entonces quién hacía las revoluciones, eh?

—No había —dijo Trafalgar—. Ni revoluciones ni nada.

—Contá —dijo Cirito.

Observación retórica porque a Trafalgar, cuando empieza a contar algo así despacito y como quien no quiere la cosa, no hay quien lo pare.

—¿Alguno de ustedes estuvo en Anandaha-A?

Nunca nadie como era de esperar. No es fácil andar por los lugares por los que anda él.

—Es horrible —dijo—. El mundo más horrible que se puedan imaginar. Cuando es de día parece que es de noche y cuando es de noche uno prende la luz más potente que tiene y apenas si alcanza a verse las manos porque la oscuridad se lo traga todo. No hay árboles, no hay plantas, no hay animales, no hay ciudades, no hay nada. El terreno es ondulado, con montañitas chatas. El aire es pegajoso; hay algunos ríos finitos y haraganes y la poca gente que vive allí, y a primera vista uno duda de que se le pueda llamar gente, saca unas hojas grises o unos gusanos, no sé, del fondo de los ríos, los machaca entre los dedos, los mezcla con agua y se los come. Un asco. El suelo es frío y húmedo, como de barro apisonado. Nunca hay viento, nunca llueve, nunca hace frío, nunca hace calor. Un sol color borravino hace siempre el mismo recorrido en el mismo cielo sucio sin que a nadie le importe y no hay lunas.

—Te habrás divertido una barbaridad —dijo el Payo Gamen.

—Bastante —confesó Trafalgar—. Hace un par de años yo había ganado un vagón de guita vendiendo bombitas de luz en Prattolva donde acaban de descubrir la electricidad y como algo sabía del sol inútil de Anandaha-A, se me ocurrió que podría ganar otro vagón vendiéndoles lámparas, linternas, esas cosas que se comieran la oscuridad. Pero claro que lo que yo no sabía era que los tipos ésos no tenían intención de comprar nada pero nada. Fui a Prattolva con otra carga y al volver bajé en Anandaha-A cerca de lo que parecía una ciudad chica y que no era una ciudad ni chica ni grande sino un campamento pero algo es algo. El recibimiento no pudo ser más efusivo: los del campamento habían empezado a aburrirse como pingüinos y yo

era la gran novedad. No sé por qué a la gente se le da por estudiar cosas tan desagradables. A menos que sea lo de siempre: la esperanza de ganar algo, actitud a la que adhiero y que me parece muy loable. Y así era como había en el campamento doce o quince personas todas con títulos rimbombantes y que por suerte también se daban maña para cocinar, arreglar una canilla, tocar la armónica o contar cuentos verdes. Y simpáticos y corteses todos. Estaba este geólogo sueco, Lundgren, que se desilusionó mucho cuando supo que yo no jugaba al ajedrez pero que se le pasó cuando le dije que le iba a enseñar las tres variedades del sintu, la combativa, la contemplativa y la fraternal que se juegan en el sistema de Ldora, una en cada uno de los tres mundos. Al lado de eso el ajedrez parece tatetí. Y se las enseñé y me ganó un solo partido, a la combativa. Yo prefiero la fraternal. Estaba el doctor Simónides, un griego chiquito y calvo que hacía de todo, hasta psicoanálisis, y que se divertía con todo. Había un químico, no sé muy bien para qué, el doctor Carlos Fineschi, especialista en aguas fluviales, decime vos. Un ingeniero, Pablo María Dalmas. Una antropóloga, Marina Solim. Un sociólogo, un astrofísico, ingenieros mecánicos, todo eso. La Liga de las Naciones, tanto como para tratar de convencerlo a Dios Padre que somos buenos y nos queremos. Y estaba Veri Halabi que no sé de qué nacionalidad era pero qué cosa tan linda, por favor. Casi tan linda como las matriarcas de Veroboar pero con el pelo negro. Experta en lingüística comparada, no hay derecho. A los cinco minutos uno se daba cuenta que todos estaban metejoneados con ella y Fineschi más que todos porque lo que es Marina Solim que es eficiente y maternal y simpática como ella sola, no tiene para nada un físico que invite a los ensueños eróticos. Pero entre que la Halabi era macanuda pero no te las mandaba decir y que el doctor Simónides los arrinconaba y los convencía de cualquier cosa, la gente se llevaba bien y estaba tranquila. Y si habían empezado a aburrirse era porque habían terminado lo que tenían que hacer o lo que faltaba podía hacerse acá en los gabinetes de la universidad o sobre la mesa de la cocina de casa. Menos Veri Halabi que seguía descubriendo cosas pero que no sabía lo que significaban, pobre chica.

Y Trafalgar enchufó la cafetera eléctrica otra vez y se quedó esperando. El es así: cuando le contó a Páez el asunto de las máquinas para hacer el amor casi lo vuelve loco y eso que el Gordo es más bien pachorriento. Después volvió a la mesa y se tomó el café y los otros ni chistaban esperando el próximo capítulo.

—El primer día nomás me quisieron sacar del mate la idea de vender algo. No les hice caso porque los doctores sabrán mucho de ciencia, no digo que no, pero de vender y comprar nada, viejo, nada. Marina Solim me agarró y me contó que los habitantes de Anandaha-A eran prácticamente una especie extinguida, desgraciadamente según ella, aunque con franqueza era difícil entender qué les veía pero si es por eso también fue difícil entender lo que pasó después. Me dijo Marina que eran de un primitivismo lindante con la bestialidad. No construían herramientas, vivían a la intemperie, se habían olvidado del fuego si es que alguna vez habían sabido prender fuego, ni siquiera hablaban. Se vestían, hombres y mujeres iguales, con unas fundas astrosas abiertas a los costados que las sacaban, eso creía Marina, a los muertos, porque tejerlas no las tejían ellos. Comían, dormían tirados en cualquier parte, hacían sus cosas y hasta se acoplaban a la vista de todos, casi no habían chicos ni mujeres preñadas, y se pasaban el día echados sin hacer nada. Y bailaban.

Flynn se sorprendió con eso del baile y dice el Payo que intentó una conferencia sobre el baile como expresión refinada, así mismo dijo, refinada, de un sistema de civilización etcétera pero que Trafalgar no lo dejó hablar mucho.

—Si querés —le dijo— te doy la dirección y el teléfono de Marina Solim. Es chilena pero vive en París y trabaja en el Museo del Hombre. Vas y le preguntas y te vas a caer de espaldas con lo que te cuente.

—Yo lo único que digo es —empezó Flynn.

—Eran como animales, yo los vi —dijo Trafalgar—. Los del campamento, que no se llamaba campamento sino Unidad Interdisciplinaria de Evaluación, decían que eran feos, pero a mí me parecieron muy bellos. Claro que yo he visto muchas más cosas que los doctorcitos y las doctorcitas y sé qué es lo feo y qué es lo lindo. No hay casi nada que sea feo, en eso Marina y yo estamos de acuerdo. Muy altos y muy flacos, de piel blanca y pelo negro, caras afiladas y

ojos muy grandes, muy abiertos. Ojos de sapo decía Veri Halabi que los odiaba. Los otros no los odiaban; peor, les eran indiferentes, menos a Marina Solim. Al principio, me contó el doctor Simónides, habían tratado de hablar con ellos, pero ellos como si no los vieran ni los oyeran. Después se habían dado cuenta que o no tenían o habían perdido la capacidad de comunicarse y empezaron a tratarlos como animalitos: les llevaban comida y les hacían chasquidos con la lengua y los dedos. Pero los tipos nada: ni miraban, ni olfateaban, ni daban vuelta la cabeza cuando ellos se acercaban, ni comían y eso que Dalmas hacía unos chupines de locura. Entonces decretaron que eran bestias y se desentendieron de ellos. Hasta Marina Solim se descorazonó un poco porque lo único que podía hacer era sentarse cerca de ellos y pasarse las horas mirando lo que hacían que no hacían nada.

Vivir nada más, si vivir es respirar y comer y cagar y acoplarse y dormir.

—Y bailar —dijo Flynn.

—Y bailar. Hasta que en una de éstas Lundgren y Dalmas que a veces trabajaban juntos encontraron algo. ¿Saben lo que encontraron? Un libro, eso encontraron.

—Ya sé —dijo el Payo—, las Memorias de una Princesa Rusa.

—Qué imaginación tenés, che. No. Algo muy distinto aunque claro que tampoco era un libro.

—En qué quedamos —dijo Flynn que ya les dije que es culto pero que también es impaciente.

—Algo como un libro. Unas hojas muy delgadas, casi transparentes, de un metal que parecía aluminio brillante, perforadas en uno de los lados más largos, el izquierdo y sujetas allí con aros del mismo material pero grueso, filiforme y soldado no se sabía cómo o tal vez cortados de una sola pieza. Y cubiertas de algo que cualquiera podía darse cuenta que era escritura. Lo encontraron cavando al pie de una colina. Revolvieron alrededor buscando algo más pero no había nada. Y ahí a Lundgren que él sí tiene imaginación porque si no no hubiera podido aprenderse las tres versiones del sintu y hasta ganarse un partido a la combativa el muy cretino que todavía me pregunto cómo hizo porque en el sintu no hay casualidades, se le ocurrió cavar directamente en la colina. Casi se mueren todos: no eran colinas, eran ruinas. Cubiertas desde hacía miles y miles de años por el barro duro de Anandaha-A. Ni tiempo de festejar tuvieron, ocupados en sacar cosas. Cada colina era una casa o mejor un complejo de varias casas que se comunicaban. Había no sólo utensilios sino aparatos, máquinas, muebles, más libros, vajilla, vehículos, adornos. Bastante fané estaba todo pero reconocible aunque no identificable. Se dieron la gran panzada sobre todo Marina

Solim y la preciosidad de la Halabi. Dalmas y los ingenieros mecánicos se rompieron las cabezas estudiando las máquinas y los artefactos pero no sacaron nada en limpio. Clasificaron todo y lo acondicionaron para traerlo y Marina empezó a reconstruir una civilización como decía ella, prodigiosa, y la única que seguía en banda era Veri Halabi que por muy experta que fuera en lingüística comparada no entendía nada. Trabajaba mañana tarde y noche y se ponía de mal humor y Simónides le daba palmaditas en el hombro, literales y figuradas. Solamente pudo descifrar el alfabeto, los alfabetos porque había cinco aunque todos los libros según Fibeschi que les hacía la reacción de no sé quién, eran de la misma época. Les aviso que eso de la misma época para ellos significaba cuatro o cinco siglos. En fin, dejaron de revolver en las colinas salvo para sacar los libros que Veri Halabi decía que necesitaba, porque las cosas se repetían más o menos en todas y ellos ya no podían abarcar más. La chica seguía trabajando, los demás hacían lo que podían o lo que les daba la gana y ahí llegué yo.

Parece que se acordó del café y ofreció a los demás pero el único que aceptó fue el Payo porque Flynn tenía un vaso con whisky y Cirilo es poco lo que toma.

—A todo esto Marina dividía su atención entre la civilización prodigiosa y los monos flacos que bailaban. El día que oyeron por primera vez la música casi se infartan porque no se la esperaban y fueron a ver qué pasaba. Armados, por si acaso. Todos menos Veri Halabi que de entrada les había tomado repugnancia y que dijo que esa música era irritante. Y cada vez que

la oía cerraba todo y se quedaba adentro y si le parecía que oía algo se tapaba los oídos. Eso me lo contó Simónides después. Para cuando yo llegué estaban acostumbrados a la música y al baile y les gustaba. Me contó Marina que de repente, no todos los días sino de vez en cuando y a intervalos irregulares, sin que hubiera ninguna señal ni pasara nada, sacaban palos, cuerdas, unos instrumentos muy simples que ella describió y que yo vi pero ni me acuerdo, y algunos tocaban música y todos los demás bailaban. Bailaban horas y horas sin cansarse y era increíble la resistencia que tenían, tan flacos y arruinados, alimentados a gusanos molidos y agua. Pero bailaban a veces todo el día, a veces toda la noche. ¿Ustedes han probado bailar una noche entera sin parar? Bueno, ellos podían. Bailaban en la oscuridad más completa, sin verse, sin empujarse, sin caerse. O bailaban de día, eso que era día bajo el sol púrpura. O bailaban parte del día y parte de la noche. Y de pronto, porque sí, la música se terminaba y se tiraban por ahí mirando vaya a saber qué y se quedaban sin hacer nada horas o días. Impresionante. Les juro que era impresionante.

A esa altura de la noche y del cuento a nadie le parecía necesario seguir tomando nada pero Trafalgar no abandonaba la cafetera eléctrica. Hacía frío y Cirito se levantó a prender la calefacción mientras Flynn y el Payo esperaban y Trafalgar pensaba a lo mejor en los días oscuros de Anandaha-A.

—El baile también me gustó, como me gustaban ellos aunque no les haya podido vender nada —siguió cuando lo vio entrar a Cirito—. Y a los del campamento también les gustaba. No digo a Marina Solim que es una tipa dispuesta a que todo le guste, ni a Lundgren que aprendió el sintu y eso ya habla en favor de la buena disposición de cualquier individuo, ni al sociólogo que acepta lo que venga y compone en seguida un cuadro sinóptico y que no me acuerdo cómo se llama pero sí que se pasa las horas fumando Graven A y escribiendo a máquina. A todos les gustaba y cada vez que oían la música se iban a mirar. Todos menos Halabi. La música era aguda, áspera, casi hirviente y con un ritmo que si la oyen los rockeros se suicidan de la envidia. Era. La pucha, no es fácil describir una música. No era inhumana. Miren, creo que si alguien la tocara en una de esas confiterías bailables los mocosos se pondrían a bailar encantados de la vida. Eso. Era una música que transformaba todo en música, aunque Lundgren decía que era trágica y sí, era trágica. Parecía que era la primera vez que te dabas cuenta que estabas vivo y que habías estado vivo mucho antes y que quizás ibas a volver a estarlo pero te ibas a morir en cualquier momento y tenías que bailar para que las piernas y los brazos y las caderas y los hombros no se re confundieran en un solo cuerpo rígido, inmóvil. Pensé que era por eso que ellos bailaban. En vez de fabricar cosas, bulones o ciudades o sistemas filosóficos, bailaban para darse cuenta y decir que estaban vivos. Se lo pregunté a Simónides y me dijo que ésa era justamente una de sus teorías sobre el baile. Las otras eran que el baile era un lenguaje, que era un rito de adoración, que era la memoria de algo perdido. A raíz de eso último, como el sociólogo y como Marina Solim, él se había preguntado si estos habitantes de ese mundo oscuro y casi muerto no se reían de los descendientes de los que habían construido y habitado eso que ahora estaba en ruinas. Pero Veri Halabi se había puesto furiosa. Violenta, inexplicable y desproporcionadamente furiosa, me dijo Simónides, y había dicho que pensar que esas bestias pertenecían a la misma raza que los dueños de los alfabetos era casi sacrílego. La dejaron en paz porque sabían que la tensión de un trabajo que no podía resolver la tenía a mal traer. Pero no Simónides. El doctorcito calvo no se engañó nunca. En ese momento no sabía lo que pasaba, no podía saberlo, pero sí sabía que ahí se cocinaba algo más que el amor propio de una experta en lingüística comparada, linda y quisquillosa.

—A lo mejor le gustaban los tipos que bailaban y no lo quería confesar —dijo el Payo Gamen. —Payo, sos un genio —dijo Trafalgar.

—¿Le gustaban? —preguntó Cirito alarmadísimo.

—¿Gustarle? —dijo Trafalgar—. Ahora les cuento cómo pasaron las cosas. Lo primero que le había llamado la atención a Simónides fue que la Halabi dijera que la música era irritante y no quisiera ir a ver qué era ya aquella primera vez. Y se había quedado sola en el campamento zurciendo medias me imagino o memorizando el capítulo cuarto de algún tratado de lingüística comparada porque todavía no habían encontrado los libros. El doctor almacenó el dato en su cerebritito chismoso porque ése era su oficio: fijarse en lo que hacían y decían los demás, juntarlo todo, sacar conclusiones y mantener una charla con su víctima para explicarle que

tenía que elaborar sus frustraciones o cualquiera de esas cosas que dicen estos tipos. No digo que no sea útil, al contrario, y la prueba está en que todo andaba como la seda, hasta el pobre Fineschi que aparte de babearse cuando la miraba a la morochita, estaba razonablemente contento. Y fuera del trabajo que tenía que hacer cada uno, el baile era la atracción principal. El único inconveniente era que había función muy de vez en cuando. Y cuando había la Halabi se ponía nerviosa así que empezó a encerrar se apenas se oía la música y los otros se iban a ver. En eso encontraron las ruinas y todos se pusieron a laburar como enanos y ella más que todos. Las cosas se fueron resolviendo, menos lo de la escritura, y para cuando yo llegué los tipos de Anandaha-A habían empezado a bailar cada vez más seguido. Cuando vi el espectáculo me quedé embobado y creo que hasta soñé y de ahí en adelante no me perdí uno. Simónides me contó sus teorías, Marina también, jugué al sintu con Lundgren que para mí que hizo trampa aunque en el sintu no se puede hacer trampa, me tiré discretos lancecitos verbales, como todos, con la Halabi que si uno la sacaba de la lingüística y de su odio por los nativos era muy sociable y sonriente, y me resigné a no vender nada pero me quedé.

El comedor estaba tibio y lleno de humo y el Payo se sacó el saco. Cirito tenía puesto un suéter viejo roto en los codos, que si Fina lo ve se nos muere. En la sala que da a la calle el reloj dio las tres pero ellos no lo oyeron.

—Una vez —dijo Trafalgar— nos pasamos casi todo el día viéndolos bailar. Había solamente dos músicos, uno que soplabá y otro que raspaba y golpeaba. Todos los demás bailaban. Era una obsesión: no nos podíamos mover de donde estábamos. Fuimos a almorzar muy tarde y Marina que fue a verla nos dijo que la Halabi dormía encerrada en su cuarto. Me pareció raro y a Simónides también porque últimamente la chica dormía muy poco, enloquecida como estaba por descifrar los libros. Volvimos a seguir mirando el baile y cuando no dimos más nos fuimos a dormir y ellos seguían bailando y el cuarto de Veri Halabi seguía cerrado y tenía la luz apagada. Simónides se asomó y me dijo que sí, que dormía pero que estaba muy inquieta. Me contaba algunas cosas el doctor, no sé por qué; será porque ellos también necesitan alguien que los oiga. Al día siguiente, a pesar de haber dormido tanto, la mina tenía unas ojeras hasta acá y estaba pálida y demacrada. No digo que estaba fea porque para eso hacía falta mucho, pero estaba menos linda. Ese día no hubo baile. Al otro no pudo más y le contó a Simónides que había soñado horas y horas con los textos y Simónides le dijo que claro y que no tenía nada de raro. Que no le entendía, dijo ella, con los textos descifrados y traducidos. Pero que no, que no podía ser, que todo era un disparate y se empezó a poner histérica. Simónides se la llevó a la cama, no con intenciones libidinosas sino terapéuticas, lo que es la ética profesional, mi Dios. La estuvo charlando un rato y la tranquilizó y entonces ella le dijo que encerrada y todo seguía oyendo la música y que tapándose los oídos seguía oyendo la música y que casi se había puesto a bailar. Y que para no bailar se había acostado y se había dormido enseguida y había soñado adivinen con qué, acertaron, con la música y los tipos bailando. Y que como pasa en los sueños los tipos bailando se habían convertido en las letras desconocidas de los cinco alfabetos solamente que el sueño ella las conocía y las podía leer. Simónides le dijo lo que le hubiera dicho cualquiera: que a veces, pocas veces pero sucede, soñando uno encuentra la solución a un problema en el que ha pensado tanto que ya ni siquiera lo puede ver claramente mientras está despierto. Pero ella le dijo, ella a él fíjense, que estaba loco y que abriera el cajón de su escritorio, el de ella. El doctor lo abrió y se encontró con un montón de papeles escritos por la Halabi: era la traducción que ella había soñado y que al despertarse había ido corriendo a anotar no sabía por qué si total estaba convencida que no era más que una pesadilla. Simónides no alcanzó a leer todo, una lástima. Se acordaba de algunas cosas nomás. Había por ejemplo la descripción de un círculo.

—¿La descripción de qué? —saltó Flynn.

—De un círculo.

Flynn le quiso tomar el pelo:

—Figura geométrica formada por los puntos interiores de una circunferencia si no me equivoco.

—Lamento comunicarte que te equivocas. Te voy a decir lo que es un círculo según el protocolo de la sensatez de Anandaha-A.

Aquí interrumpieron todos porque nadie entendía eso del protocolo de la sensatez. Pero Trafalgar Medrano no sabía lo que quería decir. Simónides tampoco y en ese momento Veri Halabi tampoco. Estaba en los textos y eso era todo.

—Un círculo —dijo Trafalgar— se forma en el reino cuando el candil se apaga en el juego sensible.

—Momento, momento —dijo Flynn—. Si en un mundo oscuro como ése vos prendes una luz, en cierto modo se forma un círculo, pero no se forma cuando apagas la luz, ¿estamos?

—¿Me dejas terminar? Yo no te estoy explicando nada. Te cuento lo que decían los textos que leyó Simónides y que eran la traducción que hizo en sueños Veri Halabi en base a un alfabeto quintuple que ella no conocía.

—Qué lío —dijo el Payo.

—Un círculo —empezó de nuevo Trafalgar— se forma en el reino cuando el candil se apaga en el juego sensible de cada recinto lejano. Como el cuarzo ignora el aullido del animal salvaje y si llueve sobre el páramo es improbable que las raíces lo sepan, todos los recintos vienen a tocarse por las aristas hasta que el conocimiento borra lo construido. Su medida depende no de las rocas sino del torrente.

—Y eso qué quiere decir —preguntó Cirito.

Flynn se sirvió más whisky.

—No sé —dijo Trafalgar—. Simónides tenía una teoría, él siempre tenía teorías para todo y creo que a veces no se equivocaba. Casi triunfante me dijo que Anandaha-A era un mundo de símbolos. Yo me permití sugerirle que todos los mundos funcionan a símbolos así como todos los triciclos funcionan a pedal pero él me dijo que hay mucha diferencia entre de símbolos y a símbolos. Me parece que tiene razón. Y decía que apagar el candil es dejar la mente en blanco, no pensar en nada, y que eso es algo que se dice muy fácilmente pero que es difícil de hacer como que es nada menos que eliminar lo consciente y dejar paso a lo inconsciente, qué tal. Que el reino es la calidad, la esencia de ser hombre, y el juego sensible es la conciencia y cada recinto lejano es cada individuo. Cuando el candil está prendido los recintos están lejos unos de otros, cada uno está solo. Lo del cuarzo y el animal salvaje y la lluvia y el páramo y las raíces significa, según Simónides, que aunque el universo funciona aparentemente dividido en partes infinitas o no tan infinitas según se mire, es todo único y uno, indivisible y el mismo en todos sus puntos. ¿Entienden?

—No.

—Yo tampoco. Sigo. Entonces, como el universo es uno y único en todos sus puntos, si cada individuo deja en suspenso la conciencia y apaga el candil, todos se encuentran, no están solos, se unen y lo saben todo sin necesidad y a pesar de las grandes creaciones intelectuales. Y el saber es tanto más profundo cuanto más total sea el esfuerzo de cada individuo y no cuantos más individuos haya. Eso vendría a ser lo de la medida.

—Ingenioso —dijo Flynn.

—Mierda —dijo el Payo—, no entiendo un pito.

Cirito no dijo nada.

—Y así por el estilo —siguió Trafalgar—. Había un texto sobre cómo proyectar estatuas pero Simónides no sabía si era proyectar en el sentido de dibujo previo a la tarea de esculpir o proyectar a través del espacio. También un diálogo entre Dios y el hombre en el cual por

supuesto el único que hablaba era el hombre. Una lista de las voluntades nocivas: no me pregunten, Simónides tampoco sabía lo que era y si tenía una teoría se olvidó de contármela. Teoremas, un montón de teoremas. Un diario de viaje. Un método para doblar pero no sé doblar qué. Y pilas de cosas más. Pero todo eso se perdió. Simónides anotó lo poco que recordaba y por ahí debo tener una copia que me regaló. Porque mientras él leía a Veri Halabi le dio el gran ataque, se levantó y empezó a romper papeles y hasta le quitó a Simónides los que él tenía en la mano y los hizo trizas.

—Qué loca —dijo el Payo.

—Aja —dijo Trafalgar—, eso es lo que uno piensa cada vez que alguien hace algo que uno no entiende. Pero espérate un poco y decime después si estaba loca. El doctorcito largó todo y se ocupó de ella y le dio algo para dormir. Me comentó que no había habido tal ataque, que simple y desdichadamente en ese momento el juego sensible había terminado de invadirla y ella había abandonado el reino. Preferí no pedir explicaciones pero le pregunté si no era posible reconstruir los textos y me dijo que no, que eran papel picado y que de todos modos no eran textos que corrieran el peligro de perderse. También le pregunté si él creía que eran la traducción correcta de los libros de metal y me miró como si yo le hubiera preguntado si él creía que dos más dos son cuatro y me dijo que claro que sí. Y que les cuento que al día siguiente la Halabi se levanta fresca como una lechuga y se dedica a seguir trabajando en la traducción.

—¡Pero cómo! —dijo el Payo—. ¿No la había hecho ya y la había roto? ¿Otra vez la hacía?

—No. Era la misma vez. Ella no quería creer que lo que había roto fuera la traducción, y despierta, trabajaba haciendo funcionar la lógica, el razonamiento, la información, es decir fuera del reino, en el juego sensible, sin saber ya y sin tratar de formar un círculo. Entonces la vida sigue como siempre y aquí no ha pasado nada y durante dos días no hay bailes. Al tercero a Romeo Fineschi Montesco se le ocurre proponernos a todos que demos un paseo. Un paseo en ese mundo de porquería, imagínense. Pero claro que si va y la invita a Julieta Halabi Capuleto sola, se queda de araca porque ella le dice que no. Fuimos. Dalmás, Lundgren, Marina, Simónides, yo, Fineschi, la Halabi, otros dos ingenieros y hasta el sociólogo. Muy divertido no fue porque ya les dije que las atracciones naturales de Anandaha-A son lamentables. Hablábamos pavadas y Simónides describía monumentos y parques imaginarios con voz de guía de turismo hasta que se cansó porque mucho apunte no le llevábamos. El único que la pasaba posta era Fineschi que charlaba hasta por los codos con la Halabi supongo que de temas tan románticos como el grado de saturación salina del agua del Danubio inferior, íbamos volviendo cuando empezó la música y Veri Halabi gritó. Fue un grito como para poner los pelos de punta, de bestia acorralada como dicen los escritores de ciencia ficción.

—Y otros que no escriben ciencia ficción —acotó Flynn.

—No lo dudo. Yo aparte de ciencia ficción y policiales no leo más que Balzac, Cervantes y el Corto Maltes.

—Muy lejos vas a llegar con esa mescolanza absurda.

—¿Dónde absurda, dónde? Son de los pocos que tienen todo lo que se le puede pedir a la literatura: belleza, realismo, diversión, qué más querés.

—Acábenla, che —dijo el Payo—. ¿Por qué gritó la mina?

—Se grita por dolor o miedo o sorpresa —dijo Flynn—. Con menos frecuencia por alegría. Aunque creo que no era éste el caso.

—No era. Gritó. Un grito largo que parecía que le venía de los talones y que le raspaba la garganta. Se quedó un momentito parada ahí como una estaca con la mandíbula que le llegaba a las rodillas y los ojos como el dos de oros y después salió corriendo para el lado del campamento. La música sonaba muy aguda, urgente, pero nosotros en vez de ir a ver la seguimos, Fineschi al trote y los demás caminando apurados. Simónides fue a verla y la

encontró sentada en la cama como idiotizada. Esta vez no se había encerrado ni se tapaba los oídos. El doctorcito lo echó a patadas a Fineschi. que no hacía más que joder tratando de hablar con ella, la miró un rato, le tomó el pulso, hizo esas cosas que hacen los matasanos y la dejó sola. Ella, como si nada. Todos estábamos un poco apabullados y la música seguía y algunos se fueron a ver. Los otros nos quedamos y comimos. Fineschi se paseaba y fumaba una pipa que se apagaba cada dos por tres. Los demás volvieron, comieron y todos nos sentamos en una especie de sobremesa tétrica. De vez en cuando Simónides iba a verla y al volver no decía nada. En eso, cuando estábamos por ir a acostarnos, apareció ella en la puerta. La música seguía y la chica se puso a hablar. La macana fue que no entendimos nada. Hablaba y hablaba en un idioma desconocido en el que había muchas más vocales que las que parece que tiene que haber. La escuchábamos sin movernos y cuando Fineschi quiso acercársele, el doctorcito no lo dejó. Habló durante toda la noche.

—No puede ser —dijo Flynn.

—Vos qué sabes. Habló durante toda la noche y nosotros la escuchamos durante toda la noche. Fineschi lloraba de a ratos. Marina Solim estaba sentada al lado mío y me agarraba del brazo y no me soltó hasta que no se le acalambró la mano. Cuando amaneció, que eso sí es una figura literaria como para meterla en este cuarto porque ahí no amanece, se levanta el solcito violeta y está menos oscuro y eso es todo, cuando amaneció la música seguía sonando y ella seguía hablando. Y de repente dejó de hablar pero la música no paró. Yo estaba entumecido y hasta tenía frío y seguro que los demás también, pero cuando Veri Halabi salió nos levantamos y nos fuimos detrás de ella. Caminaba como si tuviera que ir a depositar guita al banco y fueran las cuatro menos un minuto y nosotros atrás, para donde estaba la música. Allá al pie de una de las colinas cavadas, junto al río negruzco, los tipos de Anandaha-A bailaban con tantas ganas que parecía que acababan de empezar. Y Veri Halabi corrió y se metió entre ellos y bailó y mientras bailaba se arrancaba la ropa y sacudía la cabeza hasta que el pelo negro le tapó la cara como a todos y ya no la podíamos distinguir. Pasó una hora más y locos de sueño y de cansancio y con la sensación de que había pasado algo más inevitable que la muerte, retrocedimos hasta el campamento. Simónides y Dalmas tuvieron que arrastrarlo a Fineschi que no quería irse. Nos acostamos y nos dormimos todos, Simónides el último porque anduvo repartiendo pastillas y le dio una inyección al Montesco. Yo dormí diez horas y fui uno de los primeros en despertarme. Marina Solim se puso a hacer café y el sociólogo fumaba pero no escribía a máquina. Después apareció Simónides y de a poco todos los demás. Tomamos café y comimos sandwiches de salchichas. Y la música que había seguido sonando y no se por qué porque dormí como un tronco, yo sabía que había sonado todo el día, la música se apagó con la última miga de la comida. Fineschi anunció que iba a buscarla a la chica y allá fuimos de nuevo todos en procesión pero fue inútil.

—¿No estaba? —preguntó el Payo.

—Sí que estaba. Al principio no la vimos. Los nativos se habían sentado o tirado por ahí como siempre mirando fijo a alguna parte. Era difícil distinguirla. Ahora estaba vestida con una funda abierta a los costados y sentada en el barro con las piernas cruzadas, entre dos mujeres y un hombre, tan parecida a ellos, con los ojos muy abiertos, sin pestañear, muda y más bella que antes porque se había vuelto bella como los señores de Anandaha-A, miraba frente a ella pero no nos veía. La llamamos y yo estuve seguro de que nos estábamos portando como unos estúpidos. No nos oía. Simónides agarró al sociólogo y a Lundgren y fue a buscarla. Yo lo sujeté a Fineschi. En cuanto le pusieron las manos encima empezó otra vez la música y todos se levantaron y bailaron, ella también, y bailando rechazaron a los tres hombres que salieron a reculones del torbellino y ya la perdimos de vista. En tres días hicimos cinco intentos más. No hubo caso. Finalmente fue Fineschi, y eso me sorprendió, el que dijo que teníamos que darnos por vencidos.

El Payo dijo no ves que estaba loca y Cirito dijo quién sabe y Trafalgar tomó más café.

—No estaba loca —dijo—. Había vuelto a su casa, al círculo. Vean, si lo pienso mucho no tengo más remedio que decir que sí, que se volvió loca. Pero si me acuerdo de ella bailando, diciéndonos bailando que la dejáramos en paz porque había dejado de buscar, de resistirse, de estudiar, pensar, escribir, razonar, acumular y hacer, reconozco con algo de satisfacción, una

satisfacción triste porque yo no llevo el prodigio en mi sangre, que ella había atravesado el reino de punta a punta y n daba fresca y linda en el torrente. Simónides lo explicó de otra manera y Marina Solim lo apoyó con datos muy concretos. Los tipos que bailaban eran de veras los descendientes de los que habían dejado las ruinas. Anandaha-A conoció quizás una estrella amarilla y caliente y un cielo limpio y una tierra fértil y allí se fabricaron cosas y se escribieron poemas mucho antes que nosotros nos diéramos el lujo del estegosaurio y el escafites. Tal vez tuvieron joyas, conciertos, tractores, guerras, universidades, caramelos, deportes y material plástico. Deben haber viajado a otros mundos. Y llegaron tan alto y tan hondo que cuando la estrella murió ya no les importaba nada. Después de visitar mundos muertos, vivos o por nacer, después de dejar su simiente en algunos de ellos, después de curiosearlo todo y saberlo todo, no sólo dejaron de interesarse por la muerte de la estrella sino por el resto del universo y les bastó con la sensatez del círculo. No conservaron más que la música que bailaban y que era todo lo que Simónides había supuesto y mucho más. No sabemos qué más pero si alguien nos lo dijera no lo entenderíamos. Y Veri Halabi reconoció a los suyos pero la luz del juego sensible le impedía verlos y entrar en el reino donde hay posibilidad de apagar el candil, y tironeada entre la luz y la urgencia nostálgica de algunas de sus células que tenían el sello de los argonautas de Anandaha-A, los odiaba. Cuando la luz se apagó a fuerza de música y ella habló todas las palabras de su raza, las que había aprendido en sueños, ya no los odió ni los amó ni nada. Le bastó con volver.

Dice el Payo que se quedaron callados todos. Incluso Flynn que es discutidor y le gusta llevar la contra, no encontraba nada que decir. Cuando Cinto comentó que Fina había llamado por teléfono para avisarle que se quedaba en Salta una semana más y hablaron de otras cosas y tomaron más whisky y Trafalgar más café, Flynn admitió que Trafalgar podía tener razón, que el asunto, si se lo pensaba bien, parecía descabellado, pero que él tenía la impresión de que no era tan extraño. Cirilo dijo:

—Me gustaría ir a Anandaha-A.

—Te lo regalo —dijo el Payo.

—¿Era tan linda Veri Halabi? —preguntó Flynn.

—Ahora es más linda —dijo Trafalgar.

DE NAVEGANTES

A las diez menos cuarto sonó el timbre. Era un jueves de una de esas primaveras insidiosas que nos caen encima a los rosarinos: el lunes había sido invierno, el martes verano, el miércoles se había puesto oscuro por el sur y caliente por el norte y ahora hacía frío y todo estaba gris. Fui a atender y era Trafalgar Medrano.

—Sonamos —le dije—, no tengo café.

—Ah, no —me contestó—, a mí no me vas a correr con la vaina. Voy a comprar.

Al rato volvió con un paquete de un kilo. Entró y se sentó a la mesa de la cocina mientras yo calentaba el agua. Dijo que iba a llover y yo dije que era una suerte que hubiéramos hecho podar las ligustrinas la semana anterior. Vino la gata y se le refregó contra las piernas.

—Qué haces —le dijo Trafalgar; y a mí—: No sé cómo hay gente que puede vivir sin gatos. En la corte de los reyes católicos por ejemplo, no había gatos.

Le serví el café:

—Qué sabrás vos de la corte de los reyes católicos.

—Vengo de allá —me contestó, y se tomó media taza.

—Déjame de embromar. Qué tal está el café.

—Asqueroso —me contestó.

No me extrañó. Un poco porque a Trafalgar, como no sea el café que hace él mismo o Marcos en el Burgundy o dos o tres elegidos más en el mundo, todos los cafés le parecen asquerosos; y otro poco porque yo hago algunas cosas medianamente bien pero el café no va incluido en la lista. La gata se le subió a las rodillas y entrecerró los ojos pensando si valía o no la pena quedarse.

—Paciencia, tómatelo lo mismo —y le serví otra taza mientras dejaba que el mío se enfriara—. ¿Cómo hiciste para viajar al siglo quince?

—No veo para qué voy a viajar al siglo quince. Además el viaje por el tiempo es imposible.

—Si viniste a sacudirme la estantería ya te puedes ir yendo y me dejás el café como tributo. Yo amo el viaje por el tiempo, y mientras yo piense que se puede, se puede.

La gata había decidido quedarse.

—El café es un regalo —dijo Trafalgar—. Te voy a explicar por qué no se puede viajar por el tiempo.

—No. No quiero saberlo. Pero no me digas que si venís de la corte de los reyes católicos no viajaste por el tiempo.

—Qué poca imaginación tenes.

Eso tampoco me sorprendió.

—Está bien —le dije—, contá.

Y puse la cafetera sobre la mesa.

—Tal vez el universo sea infinito —dijo.

—Espero que sí. Pero hay quienes andan diciendo que no.

—Te lo digo porque esta vez anduve por unos lugares bastante raros.

Eso sí me sorprendió. Si hay algo que a Trafalgar, acostumbrado a viajar por las estrellas, le resulta raro, es que es raro de veras.

—Con decirte —siguió y se sirvió más café—. ¿No tenes una taza más grande? Gracias. Con decirte que ni los príncipes mercaderes andan por ahí.

—Y ésos quienes son.

—Yo les digo los príncipes mercaderes, te imaginarás por qué. Ellos se llaman a sí mismos los Caadis de Caá. Son como los fenicios pero más sofisticados. Sé que no andan por ahí

porque la última vez que estuve con uno de ellos, creo que fue en Blutedorn, descubrí, intercambiando itinerarios, que no tienen nada marcado en ese sector.

—¿Qué pasa? ¿Es peligroso, siniestro, todo el que entra se pierde o se vuelve loco o no aparece más?

Me desilusionó.

—Queda demasiado lejos. Los príncipes mercaderes no son idiotas: mucho gasto para ganancias problemáticas. Yo tampoco soy idiota pero soy curioso y me sobra la plata. Venía de vender tractores en Eiquen. ¿Te conté alguna vez de Eiquen? ¿Un mundo chiquito, todo verde, que se mueve muy despacio alrededor de dos soles gemelos?

—Déjame de Eiquen. ¿Cómo fuiste a parar a la corte de Isabel y Fernando?

—Es que a lo mejor Eiquen es una encrucijada, o una bisagra. Decime, ¿y si el universo fuera simétrico?

Me gustó la idea. A la gata también.

—Ahora vas a ver por qué —dijo Trafalgar—. Dejé los tractores en Eiquen, cobré más de lo que te puedes imaginar, y en vez de venirme de vuelta, seguí viaje. No te olvides que soy curioso. Quería saber lo que había más adelante, es un decir, y de paso ver si podía comprar algo, porque para vender ya no me quedaba nada. Y tenía guita, y estaba cansado. Fue un viaje largo. Dormí, comí, me aburrí, y no encontré nada interesante. Ya estaba por volverme cuando vi un mundo que podía estar poblado y decidí bajar —miró con tristeza lo que quedaba del café—. De una cosa estoy seguro: si esa vez no me falló el de la zurda, no me falla más.

—¿Por qué? ¿Qué te pasó?

—Hace más café. Pero ponele menos agua. Y que no hierva. Y moja el café antes con unas gotas de agua tibia.

—Me gustaría escribir mis memorias —le dije—, pero no me animo. Algún día voy a escribir las tuyas y entonces me voy a vengar —me puse a preparar más café.

La gata le debe haber echado una de SMS miradas porque siguió contando:

—Era un mundo azul, gris, verde. Me acerqué más y a medida que iba bajando empezaba a ver Europa, África, el Atlántico, y por menos de un segundo se me llegó a ocurrir que estaba de vuelta. No sé si te das cuenta de lo perturbador de la situación, para decirlo suavemente. Un montón de cosas fuleras me pasaron por la cabeza y hasta llegué a pensar que me había muerto en algún momento, entre Eiquen y la Tierra. Me tranquilicé como pude y fui a controlar y me encontré con que era el tercer planeta de un sistema de nueve. Dije estoy loco y pedí más datos y por suerte no estaba loco ni me había muerto: el espectro no era totalmente el mismo. Entonces me puse a mirar con más calma y había pequeñas cosas, algunos detalles que no coincidían. Era un mundo muy parecido a éste, casi idéntico, pero no era éste. No me digas que la cosa no se ponía tentadora. Yo por lo menos, pasé del julepe a la tentación. Di la vuelta y me vine para acá, quiero decir enfilé para la parte de ese mundo que se parecía a ésta si la había. Porque si en ese mundo existían otra Europa, otro Mediterráneo, otra África, tenían que existir otra América del Sur, otra Argentina, otra Rosario. Acerté a medias. Existía el continente, pero estaba vacío como faltriquera de pobre, o por lo menos eso me pareció. Hasta bajé al lado del Paraná, del otro Paraná, entendeme. No le faltaba nada para ser una pesadilla: yo sabía dónde estaba pero nada era como tendría que haber sido. No había nadie, no había nada. Me asustó una víbora, oí un par de rugidos, hacía frío, así que levanté vuelo de nuevo. Me daba pena: un mundo como el nuestro y desperdiciado. Pero me volví a equivocar. Sobrevolé Europa y estaba poblada. Bajé en España. En Castilla. Era verano. Este café está un poco mejor que el otro. No digo que esté bien —me atajó—, está un poco menos intomable.

—Cretino —le dije—, podrías ser más amable con la futura autora de tus memorias.

No hizo más que sonreírse apenas y seguir tomando el café que según él para mucho no servía.

—Bueno, ¿y?

—¿Y qué?

—¿Ahí fue donde Isabel y Fernando salieron a recibirte?

—No. Se armó un lío espantoso, eso sí. Imagínate, en Castilla en mil cuatrocientos noventa y dos, una máquina que baja del cielo.

—Espérate un momento. Me querés decir de veras que.

—¿No ves que no tenes imaginación? Un mundo casi igual a éste, ¿entendés? Casi igual. El contorno de Africa por ejemplo, era distinto. Había unas penínsulas y unos archipiélagos bastante grandes, que acá no existen. Y en historia tenían el reloj atrasado cinco siglos. Detalles. Había otros, ya vas a ver. Si no me seguís interrumpiendo, claro. Se armó un lío, como te digo. Tuve que esperar casi toda la mañana hasta que llegara algún tipo con autoridad, mientras los que se habían reunido decidían si me linchaban o si me canonizaban. Final mente vino la soldadesca, que no contribuyó a apaciguar las cosas. Yo seguí encerrado a ver qué pasaba. Cuando vi aparecer a antorchados, empurpurados, endamascados y emedallados, abrí y bajé. Di explicaciones. El asunto me divertía así que inventé un cuento según el cual yo era un viajero de alguna vaga región del este, había estado en Catay, y allí el emperador me había regalado la máquina que volaba. Al principio no tuve mucho éxito, pero me puse místico y terminamos todos de rodillas, no sabes cómo me quedó la ropa entre la tierra y el calor, dando gracias al Altísimo y a toda la corte celestial. Cerré el cacharro y puse a andar los mecanismos de seguridad: si alguien se acercaba demasiado iba a recibir un patadón como para tumbar un camello. La próxima parada quedaba en la corte, me anunciaron. Ni te cuento lo que fue el viaje, con el calor, la sed, el caballo que me dieron y del que se tuvo que bajar un militarote mal engestado y ya sabes que yo muy deportivo no soy, pero al fin llegamos. Esa misma tarde aparecí en la corte.

—¿Vestido así, con uno de tus trajes grises formales, camisa y corbata?

—Pero no. Lo que llevaba puesto en el viaje podía pasar por un traje de ceremonia en Catay, pero en palacio me endosaron un disfraz azul labrado, con encajes, que no se prendía con botones sino con tiritas y que me ajustaba por todos lados. A todo esto sin poder darme un baño cosa que no me extrañó después de haber olido a los empurpurados y endamascados —suspiró—, y sin poder fumar y sin poder tomar café. Cuando me acuerdo me pregunto cómo no me volví loco de veras.

La gata dormía o hacía como que dormía y el café bajaba peligrosamente.

—Me venía bien ser extranjero, ¿sabes? Yo era muy extranjero, ellos no sabían cuánto, pero creían que lo suficiente como para perdonarme las metidas de pata. Me dieron un curso acelerado de protocolo. No entendí nada pero salí a flote.

—¿Cómo te gustaría que se llamara ese capítulo? ¿"Mis indiscreciones en la corte"?

—A mis indiscreciones vos disculparás pero las voy a pasar por alto y vamos por partes. La ciudad no valía nada: era un laberinto de callecitas angostas y sucias, algunas empedradas, la mayoría no. Cuando pasamos los suburbios empecé a ver casas importantes, con rejas y balcones y estatuas de santos pero todas cerradas como panteones y las calles seguían siendo una mugre y estrechas hasta que se abrían en algunas más anchas. Ni un árbol, ni una planta, ni un yuyo. Burros, caballos, perros, vacas, gallinas, pero ni un gato. Un ruido infernal, eso sí. Parecía que todo el mundo gritaba, que todos discutían y se peleaban. Supongo que hubiera tenido que sentirme importante pero me sentía ridículo y ya no estaba divertido, nada divertido. Adelante iban los soldadotes espantando a los curiosos, que se apartaban pero volvían como moscas y más de uno recibía un planazo en la jeta. Con todo eso avanzábamos

tan despacio que creí que no íbamos a llegar nunca. Y en eso llegamos. El palacio estaba casi tan sucio como las calles, pero con más lujo. Vi algunas cosas que me reconciliaron con las molestias que me estaba tomando causa de mi curiosidad: tapices, mesas labradas, cuadros, rejas, y una belleza de ojos negros que más de quince años no podía tener, vestida con un traje enorme, entre anaranjado y marrón y con un cuello rígido de encaje.

La gata se desperezó, bostezó, se paró sobre las rodillas huesudas de Trafalgar, y se volvió a acostar con la cabeza para el otro lado. Trafalgar esperó a que terminara el proceso y le acarició la cabeza detrás de las orejas.

—Doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte.

—Ranchita para los íntimos —comenté—. Entre los que terminaste por contarte, apuesto cualquier cosa.

—Salí. Estaba casada con un señorón de la corte. Un viejo hediondo de esos que parecen gordos pero lo que pasa es que son flacos con panza, chueco, tartajeante, con no más de dos o tres dientes podridos en la boca, lleno de arrugas, de mocos, y de pelos en las partes menos indicadas. Y ella, desgraciadamente, tenía nomás quince años.

—¿Por qué desgraciadamente? ¿Qué más que rías vos?

—Para ella, digo. ¿Sabes que casi me la traigo? Debo estar loco yo.

—Siempre he sostenido algo parecido.

—Apenas alcancé a verla esa tarde de refilón y porque ella se asomó a mirar. Tené en cuenta que yo era la figurita del día. Y del mes y del año, sin exagerar. Pero me miró a su gusto y yo sabía que ella me estaba mirando y ella sabía que yo sabía. Los otros me metieron en un salón, más tapices, más muebles negros labrados, más cuadros, cruces, reclinatorios y mugre, y me ofrecieron un sillón incómodo, una obra de arte pero incómodo, y un bols con agua y una servilleta. Me mojé las puntas de los dedos tratando de imaginarme que me estaba dando una ducha, pero lamento informarte que no estoy muy fuerte en autosugestión. Me quedé sentado y en eso todos se apartaron un poco y ahí empezó el baile.

—¿Te recibieron con un baile?

—Pero no seas gansa. Hablo metafóricamente. Y vos deberías saber que en la corte de los reyes católicos no había lugar para esas frivolidades. Tené en cuenta que estaban ocupadísimos echando a los moros, echando a los judíos, descubriendo América y todo eso.

—Párate, párate, cómo América.

Trafalgar tiene una paciencia infinita. Cuando quiere.

—Qué año te dije.

—Dijiste cinco siglos de atraso.

—Para ser exactos te dije mil cuatrocientos noventa y dos.

—A la flauta.

—Eso.

Y sin que me lo pidiera puse a calentar más agua. La gata ronroneaba en sordina, no como doña Francisca María Juana no sé qué sino en sordina, como ella suele hacer las cosas.

—Empezó metafóricamente el baile. Lo que quiere decir que entraron unos tipos vestidos de negro y con cara de vinagre que me tomaron examen. Había también un frailecito de

morondanga al que no le di importancia y te digo desde ya que hice mal. No sé cómo no me llamó la atención que al lado de tanto personajón dejaran entrar a un curita común y corriente, metido en un hábito viejo y que miraba siempre para otro lado como si no entendiera nada. Pero tené en cuenta que yo estaba trabucado. No, la cosa ya no me parecía divertida pero era emocionante. Ahí pensé que el universo es infinito y simétrico y no me digas que no puede ser porque puede. Y también pensé que me había encontrado con un buen sustituto del viaje por el tiempo. Lástima que lo arruiné.

—Ya sé. Les dijiste la verdad y no te creyeron y te entregaron a la Inquisición y doña María Francisca te salvó y el marido se enteró y.

—Pero vos sos loca, cómo les voy a decir la verdad. Y se llamaba doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte, para que sepas. No, no les dije la verdad. Ellos sabían mucho protocolo y mucho catecismo, pero yo algo de historia y geografía he leído y les llevaba quinientos años de ventaja. No será mucho pero me bastó. Cuando los vi estuve a punto de pararme y saludar y hasta pensé en hacer una reverencia, mira vos, no muy profunda pero adecuadamente cortesana. Y ahí nomás lo pensé y dije que se mueran, éstos lo que quieren es joderme, seguro, y lo mejor va a ser que los matones de entrada. Puse mi mejor cara volteriana.

—Vos no te pareces a Voltaire, vos te pareces a Edmundo Rivero pero en buen mozo.

—Se agradece. Los miré sobrador y canchero entonces y ellos saludaron y yo ni contesté: entrecerré los ojos, incliné apenas la cabeza y esperé. No se anduvieron con vueltas. Querían saber, y si yo1 no se los decía o les mentía ya iban a averiguar la verdad por los medios que creyeran conveniente, primero, si yo era un enviado del Maligno; segundo, si era cierto que venía de Catay; tercero, si podían previos exorcismo, bendición, misas y otras macanas, visitar la carroza volante; cuarto, qué mierda quería; quinto, si pensaba quedarme a vivir en Castilla; y sexto y último, cómo me llamaba.

—Bastante completa la encuesta. Qué les dijiste.

—Les largué un espiche que duró como media hora y con el que quedaron impresionados todos menos el frailecito de morondanga. Para empezar me acordé de Suli Sul O Suli, la hija de un granjero de Eiquen, bendita sea su alma por varias razones y bendito sea su cuerpo por varias otras razones, que me había regalado un adorno que yo llevaba colgado del cuello. Era de un metal parecido al oro pero más pesado y duro, muy trabajado y de un tamaño digamos respetable, algún día te lo voy a mostrar, estoy seguro que te va a gustar. Lo importante es que tiene forma de cruz. Lo saqué, cambié la cara de canchero por otra de infinita lástima con un toque de autoridad de directora de escuela y les pregunté si ellos podían creer que un enviado del Maligno llevaría eso sobre su corazón. Primer tanto a mi favor. En cuanto a Catay, mezclé las nociones de geografía de tercer año con los viajes de Marco Polo y me anoté el segundo tanto. Y podían visitar mi carroza volante y lo de los exorcismos no necesitaba mi autorización sino que era un pedido, una exigencia, dije, de mi parte, porque como era un regalo de infieles yo estaba algo preocupado. Tres para mí. Y así por el estilo: no quería nada, no aspiraba a los bienes de este mundo, pero me gustaría rendir homenaje a sus majestades. Posiblemente me quedara a vivir en Castilla, tierra de la que habían salido mis antepasados, pero como era un viajero impenitente, a veces me iría a recorrer mundo sin olvidar nunca de traer parte de las maravillas que encontrara, para donar a las órdenes religiosas más ilustres del país. A esa altura de las cosas los tipos se meaban y el frailecito seguía mirando para cualquier lado con un rosario de madera entre los dedos y yo pensaba qué tipo boludo y resulta que el boludo era yo.

—¿Y cómo les dijiste que te llamabas?

—Les dije mi nombre, qué querés que les dijera. Total, Trafalgar no iba a significar nada para ellos hasta trescientos años después, si es que iba a haber una batalla de Trafalgar y un almirante Nelson. Lo adorné un poco, eso sí: le puse un de antes del Medra no, agregué dos nombres y el apellido materno de mi vieja castellanizado. Quedó que ni mandado hacer. La prueba está en que las caras de vinagre se dulcificaron, y como yo ya sabía que me los había

metido en el bolsillo me levanté y condescendí a charlar mano a mano con todos ellos. Al rato me comunicaron que me iban a alojar en palacio lo cual era un honor y yo lo lamenté porque estaba seguro que no había baños, como que no había, y me consolé pensando que en ese momento no había no digo baños sino ni un inodoro y ni una mísera cámara aséptica en toda Castilla, así que puse cara de emoción.

—Al final resulta que no sos un caradura como yo creía sino un cara de goma.

—Depende. Cuando me dejaron solo que quiere decir que me dejaron con tres sirvientes que corrían por todos lados y para mí que no hacían nada, me tiré en una cama que tenía un montón de cortinas pero era comodísima, y me dormí.

—Cómo podes dormir en medio de las cosas que te pasan, es algo que no me explico.

—Si no pudiera quedarme dormido cuando hace falta, hace rato que hubieran dejado de pasarme cosas.

—¿Hago más café?

—Estaba por preguntarte qué estás esperando. Como a /as dos horas vinieron a despertarme con mucho aparato y me trajeron la ropa esa que te dije, todo encima de un almohadón. Hasta un sombrero había, mi Dios. Y una espada. Los zapatos eran los dos para el mismo pie y casi pegué el grito pero me di cuenta a tiempo que faltaba una punta de años para que los hicieran distintos. Me puse todo y así entré a la sala del trono o lo que fuera.

—Contá, contá cómo fue.

—Un aburrimiento, lleno de anuncios, marchas, contramarchas, golpes de bastón y yo qué sé. Y todos tenían un olor a chivo que volteaba. Y hacía calor. Y yo ya me estaba pudriendo de la monarquía española.

—Castilla y Aragón.

—Lo que sea. Del protocolo ni me acuerdo, pero ¿querés que te diga una cosa? Isabel era bastante linda, no tan linda como doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte y más jovata pero linda. De cara por lo menos, de lo demás ni idea con todo ese traperío infecto. Fernando tenía un tic y abría y cerraba los ojos cada cinco segundos. De haber sido uno de los muchachos del café, le hubieran puesto letrero luminoso, seguro. Y adivina quién estaba al costado del trono.

—El curita de morondanga.

—Justo.

Se oyó un siseo en el jardín y sonó un trueno pero la gata no se inmutó.

—Llueve —dijo Trafalgar—, ¿no te decía yo? La combinación de lluvia y café me hacer recordar a la festividad de los rayos en Trudu. ¿Sabes lo que es Trudu?

—No, pero supongo que será algo donde siempre llueve y donde en vez de agua, de las canillas sale café.

—¿Trudu? No. Para empezar no hay canillas y para seguir llueve una vez cada diez años.

—Regio para cultivar arroz. —Aunque te parezca mentira cultivan arroz, claro que no el que vos conoces. Y además la lluvia.

—¡No me interesa! —le pegué el alarido tan fuerte que la gata abrió los ojos y hasta hizo un comentario por lo bajo—. Quédate con Trudu, te lo regalo, pero seguí con tu presentación en la corte y con el curita y con Isabel y con Fernando.

—A Fernando lo puedes ir archivando sin remordimientos de conciencia. Ahora, Isabel — volvió a sonreírse y dos sonrisas de Trafalgar en una sola mañana son un record— era bastante linda, sí, pero todo un macho con los huevos muy bien puestos. Se le veía en los ojos y en que aunque tenía una boca más que pasable, la podía afinar hasta que parecía una cuchillada. Y los hombros bien echados para atrás, el cuello largo y las manos fuertes. Yo dije esta mina me va a dar un disgusto.

—¿Y el curita?

—Ahí tenés, fue el curita el que me dio el disgusto aunque por el momento la iba de mosquita muerta. Esa vez sí ya me llamó la atención que apareciera siempre en las reuniones importantes, que estuviera tan cerca del trono y que nadie pareciera darle bola. Alcancé a pensar que seguramente no era lo que parecía pero con tanto cuidado como tenía que tener con lo que decía y hacía, lo dejé para después. No te olvides en lo que estaba metido. Tuve que volver a contar mis aventuras, invocando para mis adentros a Marco Polo, a Edgar Rice Burroughs, a Ítalo Calvino y a los anales de geografía. Me salió muy bien: estaban todos pendientes de lo que yo decía, se asustaban cuando había que asustarse y se reían cuando había que reírse. La volví a ver a doña Francisca María Juana.

—De Abramonte Soler y Torrelles.

—De Soler y Torrelles Abramonte, vos harías peor papel que yo en la corte, y al vejete que babeaba y bufaba alternativamente. Fernando cerraba y abría los ojos cada vez más seguido y movía la nariz y posiblemente las orejas. Isabel en cambio llegó a ablandar la boca y sonreírme y parece que eso era flor de privilegio. Y hablando de privilegios, hasta comí esa noche con sus majestades, lo que no es poco decir.

—Qué tal la comida.

—Pobrona. Frugal, que queda más elegante. Y de los modales de sus majestades en la mesa mejor no hablemos. De los míos tampoco porque sin tenedores no es mucho lo que se puede hacer en materia de gestos finolis. El curita no estaba, menos mal. Pero fue ahí donde me hablaron de Colón. Para entonces yo ya me estaba empezando a acostumbrar y me sentía como una figurita en un compendio de historia, pero eso ya era demasiado. Y más cuando pregunté si podía conocerlo y me dijeron que al día siguiente lo esperaban en la corte donde los iba a poner al tanto de cómo iban los preparativos para la expedición. No sé si fue la comida que además de escasa era un mazacote o la perspectiva de conocerlo personalmente aunque no fuera el verdadero, que en realidad sí era, pero tenía como un peso en el estómago. Suerte que no duró mucho la cena porque según parece había que acostarse temprano. Cosa que hice. Temprano y acompañado.

Otro trueno, más siseos, más café.

—Como yo ya me lo maliciaba, o a lo mejor eran nomás las ganas que tenía, despaché a los sirvientes, me saqué el traje ridículo ése, me comí las uñas pensando en café, cigarrillos, un libro de Chandler, Jackaroo, televisión, cualquier cosa, y esperé. Vino como a la medianoche cuando yo ya había apagado las velas pero todavía no quería darme por vencido y dormirme. Me enteré que el viejo tenía un cargo que lo obligaba a ir de inspección a los cuarteles, a los mercados o no me acuerdo adonde, antes que amaneciera, y para eso se acostaba a las seis de la tarde, y se levantaba a las once y media, la encerraba con llave y se iba.

—Y cómo hizo para salir.

—¿Vos te crees que se ha inventado la llave que sirva para tener encerrada a una mujer? Haceme el favor. Y tenía cómplices, claro. Dejó de guardia a una vieja que al lado del marido parecía miss mundo, y se me vino derecho a la cama.

Se quedó callado.

—Trafalgar, no te me pongas discreto. —Por esta vez lo siento pero sí, voy a ser discreto.

—¿Y yo cómo hago para escribir tus memorias?

—A lo mejor algún día te cuento. Lo único que te digo es que yo no fui el primero en ponerle cuernos al viejo. Eso en vez de enojarme, vos sabes que yo soy un libertino confeso y por lo tanto me gustan castas y pudorosas, me alegró, porque no había derecho a que la chica no se vengara de los manoseos de semejante marido. Sabía vengarse, te aseguro. Cuando amaneció, la vieja golpeó la puerta y ella se fue toda apurada. Digo yo, ¿te pensás que estás en Castilla en el siglo quince que no haces más café?

—Te va a quitar el apetito tanto café.

—Guita a que no. Te invito a almorzar.

—No, te invito yo.

—Vamos a ver.

—Qué vamos a ver ni qué cuernos. Te quedas y listo. Y hablando de cuernos, seguí.

—Pasé la mañana de bacán, cada vez más desesperado por fumar y tomar café, pero de bacán. Rodeado de señoronas y señorones, contando mis aventuras, paseando por el palacio, y por los jardines que no valían nada. Después de almorzar me entrevisté de nuevo con Isabel que me mandó llamar y ahí estaba otra vez el curita. Como siempre solo y con cara de infeliz pero bien ubicado. Me había olvidado de él, calcula, con la noche que había pasado, pero ya empezó a preocuparme y tal vez fue por eso que no me agarró sin perros o que por lo menos si perdí, perdí sin hacer papelones. Tuvimos con Isabel una larga conversación sobre filosofía, religión, política y, agárrate, matemáticas. Me defendí como un león. ¿Te acordarás lo que te dije de ella? Con todo, la había subestimado. Inteligente, pero muy inteligente. Y además informada sobre todo lo que había para saber en ese momento. Y sobre todo dura como corazón de usurero. No sé si me anoté tantos a favor pero que empatamos, empatamos.

—Usté porque es culto, don Medrano.

—No me vino mal saber algunas cosas porque para algo estaba ahí el curita.

—Ya sé. Era de la Inquisición.

—Peor. Con esos cinco siglos de ventaja pude desenvolverme bien y estuve de acuerdo con ella en todo haciendo como que daba mis propias razones aunque las tripas se me retorcieran con las barbaridades que estaba diciendo. Cuando justificábamos acaloradamente la reconquista, anunciaron a Colón.

—Aia. Qué te pasa.

—Estoy emocionada.

—Yo también estaba.

—Cómo era, qué te dijo, qué hizo.

—Estaba loco. Se me cortó la respiración, pero después lo pensé mejor.

—Claro —dije—, todos ellos estaban locos.

—Todos ellos quiénes.

—Tipos como Colón. Como Héctor, como Gagarin, como Magallanes, Bosch, Galileo, Durero, Leonardo, Einstein, Villon, Poe, Cortés, Cyrano, Moisés, Beethoven, Freud, Shakespeare.

—Para, para que vas a volver loca a toda la humanidad.

—Ojalá. Vos ya sabes lo que yo pienso de la cordura.

—A veces estoy de acuerdo con vos. Pero te digo que estaba loco: iba a hacer cualquier cosa, cualquiera, engañar, matar, arrastrarse, sobornar, estafar, lo que fuera, con tal de meterse en el mar con sus tres barquitos. Que allá eran cuatro: la Santa María, la Pinta, la Niña y la Alondra.

—Anda, den serio?

—En serio. Había detalles, ya te dije. Y ahí, pensando en los barquitos y en lo que iban a tener que pasar esos pobres desgraciados, se me ocurrió la gran idea, pucha que soy otario.

—¿Qué idea? Ay, Trafalgar, ¿Qué hiciste?

—Cambié el curso de la historia, nada más que eso. No me di cuenta en ese momento: solamente le tuve lástima. Lo admiraba, le tenía un poco de miedo no por desconfianza como al curita sino por lo heroico, por lo agónico que había en el hombre, pero por sobre todo eso sentí compasión. Peligrosa la compasión. Pensé pobres tipos, ¿para qué van a sufrir meses en el mar, muñéndose de hambre, de superstición y de escorbuto, si yo los puedo llevar a América en media hora.?

—Qué bárbaro. Pero claro, ¿cómo no ibas a pensar en eso?

—Sí. Claro que no lo podía decir directamente, o mejor, sospeché que como estaba el curita delante, lo más hábil era no decirlo directamente Así que pedí permiso para conocer los barcos y me fue graciosamente concedido por su majestad. Abrevio: pasé dos días más de bacán y dos noches más de amante de doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte, y al tercer día nos fuimos a Palos de Moguer. Como el curita vivía más o menos pegado a la pretina de Isabel, no vino con nosotros, para mi tranquilidad.

—Los barcos, ¿cómo eran los barcos?

—Si eran así los que descubrieron América acá, no me explico cómo llegaron. Me llevó a verlos todos por fuera y por dentro el Almirante. Ya era Almirante. Y Visorrey y Gobernador General de las tierras que iba a descubrir y le tocaba un décimo de las riquezas que iba a encontrar. Como te digo, me daba lástima y por eso estaba más convencido que nunca que los tenía que llevar yo. Se lo propuse frente a un botellón de vino, no te imaginas qué buen vino pero yo extrañaba el café, y aunque sabía ya todo de mí y de mi carroza volante del Catay, no quería encarar el brete. No tenía mucho entusiasmo por el tema, y se largó a hablar de Ptolomeo y de Phnio y de) Imago Mundi, de astronomía, de cosmografía y de cómo llegar a Cipango por el oeste. El Preste Juan andaba mezclado con los cuadrantes, Eneas Silvio con las tablas de navegación de Kordesius. Me habló bien de Garci Fernández y mal de Fray Juan Pérez y bien y mal del rey de Portugal y bien de Isabel. Yo seguía insistiendo en llevarlo a América, quiero decir a Cipango en mi carroza volante, y él no decía que sí. Entonces volvimos a la corte y allí expuse mis intenciones y el curita no me miró ni una sola vez. A Isabel le hicieron falta tres segundos para darse cuenta de las ventajas de una expedición fulminante. Fernando no sé porque no hablaba. Y el curita ni mu. El Almirante seguía sin convencerse: puso mil inconvenientes y se los rebatí uno a uno. Pensé que no quería que yo le robara la gloria del viaje pero no era eso, si él no sabía si iba a haber gloria o no. Yo sabía, pero él no. Y lo que quería por sobre todo no sé si sería la gloria, lo que quería era demostrar que tenía razón. Terminé poniéndome a sus órdenes y me autodesigné piloto de la carroza. Pero mis fintas mucha importancia no tenían desde que Isabel había decidido que sí.

—Entonces América no se descubrió el doce de octubre de mil cuatrocientos noventa y dos.

—Claro que no, allá no. La descubrimos el veintinueve de julio de mil cuatrocientos noventa y dos. Pero antes tuvimos que pasar por las ordalías inquisitoriales, con inspección, cánticos, incienso y misas. Y no te imaginas lo que fue la despedida de doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte que se creía que me iban a devorar los monstruos de finis térras, la pobre, tenía una cabecita muy despierta pero era muy ignorante, qué querés.

Soñó un rato con doña Francisca María y demás y yo me fui a vaciar el cenicero esperando que reaccionara.

—Metimos a las tripulaciones de los cuatro barquitos en el cacharro.

—¿Cabían?

—¿No te dije que había vendido quinientos tractores en Eiquen? Quinientos diecinueve. Sobraba lugar. Los tipos estaban muertos de miedo y rezaban o se hacían los valentones pero pálidos se habían puesto. Y todo alrededor, aguantándose el calor del mediodía porque yo quería llegar a América de mañana, los reyes, la corte, el clero, el ejército y el pueblo. Yo les había explicado que muy cerca no convenía estar, pero fue una lucha para conseguir que se alejaran, hasta que cuando vi que la curiosidad podía más que los soldados, prendí los motores y regularon como ovejas. Adentro, un silencio de muerte. Claro que cuando levantamos empezaron los gritos. Menos mal que había un tipo macanudo, Vicente Yáñez, el capitán de uno de los barquitos, y dos o tres matones demasiado brutos o demasiado de avería como para tener miedo, de esos que más vale no encontrarse de noche por Ayolas o Convención, que los amenazaron a todos con despedazarlos si no se dejaban de armar lío. Volé bajito, sobre el mar, con todas las mirillas en transparencia para que no se perdieran nada. Pero yo del viaje ni me acuerdo. Con el pretexto de manejar me encerré a tomar café y fumar, por fin. Lo único que me faltaba era el diario. Ahí sí me ven los caras de vinagre sí que me entregan a la Inquisición.

Pensé en una América descubierta por cien atorrantes barbudos y analfabetos, un loco y un hombre de otro mundo a bordo de una nave interestelar: la locura es una gran cordura, como dice Bernard Goorden.

—Pusimos cuarenta y cinco minutos porque fui despacio —dijo Trafalgar—. A las nueve menos diez de la mañana desembarcamos en San Salvador porque yo me hacía ilusiones de respetar la historia como si con ese pedacito de verosimilitud pudiera arreglar lo que había hecho. El Almirante y Yáñez casi no podían creer que ya estábamos al otro lado del mundo y entre los tres nos dio un trabajo bárbaro hacérselo comprender a los otros y eso que habían visto las costas y el océano. Bajamos, tomamos posesión, hubo discursos y rezos y mientras el Almirante lloraba y escribía informes, Yáñez y yo recorríamos el lugar y nos metíamos en el mar. Cazamos, pescamos, comimos y a la tarde los lleve a recorrer el mar de las Antillas que también Caribe llaman. Estuvimos dos en Cuba y tres en Haití. Como no había restos de barcos, no construimos fuertes. Al quinto día arreamos a todos entre Yáñez y yo porque el Almirante no servía para mucho obsesionado con sus demostraciones de Cipango por el oeste, y me lo lleve a dar la vuelta al mundo.

—Pobre Magallanes.

—Ni me hablés, esa es una de mis preocupaciones menores. Aunque supongo que cuando vine el rompecabezas que dejé habrá tendido a recomponerse solo. Fulero el rompecabezas. No solo di la vuelta al mundo lo más pegado al suelo o al agua que podía, sino que subí y subí hasta mostrarles a todos que sí, que su mundo era redondo, y de paso que era una joya que nadie se merecía y de paso también que eso a donde habíamos estado no era Cipango sino América aunque yo no dije América. Ya habrían dejado de tener miedo y los trastornos eran ahora de otro tipo. Sanitarios, para decir la verdad. Pero volvimos a Castilla por el este y nos recibieron en palacio y hubo festejos que sumados a los cuernos que entre Doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte y yo le poníamos al marido, me dejaban hecho bosta.

—¿Y el curita?

—Por ahí andaba como siempre pero yo empecé a vigilarlo y me enteré sin preguntar, porque el instinto me decía que no convenía hacer averiguaciones y yo por el instinto tengo un respeto bárbaro como que me ha sacado de más de una, me enteré de quien era el curita.

—Disculparas pero no estoy muy fuerte en Historia.

—Te presto una biografía de Doña Isabel y vas a ver. Pero bueno se hace tarde y tenemos que resolver lo del almuerzo.

Debía ser cierto que era tarde porque la gata estaba bien despierta.

—Para seguir enquilombando la historia hicimos cinco viajes más: llevamos colonos; no conquistadores, fíjate bien, colonos. Llevamos animales, arados, muebles, barcos, maestros, médicos, cronistas, albañiles, herreros, ebanistas, de todo. Eso sí, soldados, los menos posibles. Curas tuve que llevar muchos, más de los que hubieran sido necesarios y convenientes.

—Entonces, allá, ¿en eso se transformó la conquista?

—No sé en qué se transformó porque tuve que salir rajando. Lo único que sé es que deslicé gloria y honores para el lado del Almirante, aunque algo me cayó encima a pesar mío, y que sugerí el asiento de ciudades a fundar y hasta dibujé los planos con lo que me acordaba de cada una de ellas. Tal vez allá si ya empezaron a existir y si van a seguir existiendo, Buenos Aires, Lima, La Habana, Santiago, Nueva York, Quito, son obra mía, indirectamente pero mía. Brasil y toda América del Norte de eso estoy seguro, ya están a medio colonizar por Castilla y Aragón. ¿Te das cuenta de lo que hice?

—¿Estás arrepentido?

—No.

—¡Cómo que no!

—Y, no, te digo que no. Un poco inquieto, pero no arrepentido. Inquieto porque no sé quién va a inventar el teléfono y quién va a ganar la segunda guerra mundial, y porque no sé para qué lado van a agarrar otros factores que si lo pensás, no son nada desdeñables, mayas, aztecas, incas por un lado, para no acordarnos más que de los más importantes. Portugal, Inglaterra, Francia por el otro. Inglaterra sobre todo. ¿Qué te parece que hará en su momento la homónima de mi reina?

—Te hubieras quedado y hubieras seguido enredando las cosas por lo menos para asegurarte de que todo iba a ser completamente distinto.

—¿Te parece? No, a mí no. En primer lugar, aunque hubiera querido quedarme, que no quería, hubiera necesitado media vida por lo menos, y tampoco hubiera podido.

—Gracias al curita.

—Imaginación no tenés pero lo disimulas. Gracias al curita. Y en segundo lugar, enredando demasiado las cosas no hubiera conseguido nada como no fuera terminar con la esperanza de que dentro de quinientos años haya allá otro Trafalgar Medrano que a lo mejor es curioso y llega hasta acá y mete la pata y cambia el curso de la historia, que tal como va hasta ahora un cambio no vendría nada mal.

A mí también estuvo a punto de fallarme el de la zurda. Una mujer que se llamara como yo, ¿tendría una gata de albañal con aires de princesa? ¿Se iba a sentar dentro de cinco siglos en su cocina a escuchar el relato de un viaje que había hecho un hombre que se llamara Trafalgar Medrano a un mundo verde y azul en un sistema de nueve alrededor de una estrella del otro lado de un universo infinito, simétrico y aterrador?

—Voy a tomar un poco de café yo también —dijo.

La gata saltó al suelo. ¿Y esa mujer se preguntaría si cinco siglos antes había habido una mujer que?

—Dale de comer que tiene hambre —dijo Trafalgar.

—Callate —le contesté—. Déjame pensar.

—Ya vas a tener tiempo de pensar. Dame café a mí también y te cuento cómo terminó todo.

Le di carne picada a la gata y le di su café a Trafalgar y me tomé yo el mío que estaba demasiado caliente.

—Dos meses estuve allá —dijo—. Tiempo suficiente para que entre mi carroza volante y yo empezáramos a colonizar un continente entero. Ya llegaba el otoño a Castilla y Aragón y acá era primavera, quiero decir allá, ya me comprendes, cuando una mañana un poco como ésta pero más desconsolada, al salir de mis habitaciones me encontré con el curita. Me di cuenta que me había estado esperando y me olió mal. No el curita sino lo que se me venía encima. El curita era uno de los pocos tipos pulcros que andaban por la corte. El hábito o la sotana o como se llame eso, estaba muy usado y brillante en los codos y hasta remendado, pero no te volteaba con el olor. No tenía olor. Doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte tampoco: y como ella había algunos que no olían. No es que se lavaran; cuestión de glándulas sería, me supongo.

—Bueno, pero ¿y el curita?

—Ya te dije que no olía.

—No te me hagas el difícil. Qué quería.

—Que me fuera, qué iba a querer. El curita tenía sus aspiraciones. Había favorecido los planes del Almirante no porque creyera que se podía llegar a Cipango por el oeste, y ni qué decir que ni se soñaba que en el oeste hubiera otro continente, sino por si acaso. Un buen jugador de sintu a la combativa podría llegar a ser el coso ése. Lo que él quería era el poder, y el poder oculto, que están satisfactorio como el otro y mucho menos peligroso.

—Pero si ya lo tenía ¿por qué no se quedó tranquilo?

—El poder, no sólo en Castilla y Aragón sino en todos los mundos posibles. Aprende humildad y desinterés vos. Y para eso yo le molestaba. Porque él se había limitado a bordar intrigas pero yo había hecho cosas importantes y visibles. Yo no sólo había favorecido la expansión del reino, y qué cacho de expansión, sino que había actuado con eficiencia sobrenatural y las almitas mezquinas y no convencidas como la suya, se sienten muy mal cuando tienen que mirar de frente a lo sobrenatural.

—Nunca entenderé la sed de poder.

—Sos medio sonsa vos, no hay nada que hacer. Allí en el corredor me habló por primera vez. Tenía una vocecita igual a la sotana: vieja y remendada. Me dio los buenos días aunque ya no era hora como para buenos días, y me preguntó si no creía yo que la verdadera sabiduría consistía en servirse de las fuerzas del adversario en provecho propio. Yo no estaba para mesas redondas a esa hora, sin desayunar y después de una noche más bien agitada, pero tenía que saber lo que se traía entre manos y le dije que sí, que en ciertos casos podía ser una actitud acertada. Se sonrió y me dijo que observando mis manejos, así me dijo, observando mis manejos, él había hecho precisamente eso. Yo empecé a caminar para donde sabía que había algo de comer, y él al lado mío. Y entonces me dijo que tenía que advertirme que ya no me necesitaba. Como yo no le contesté, me largó esto: "Ha llegado el momento de que se vuelva por donde vino, señor de Medrano." Ahí me paré y le dije que eso lo decidía yo. "Ah, no, no, no", me dijo, y me explicó que si yo no me iba inmediatamente, él denunciaba como adúltera a doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte, como adúltera de mantener relaciones carnales con un subdito de Satanás. Me di cuenta que el tipo tenía todos los ases en la mano y que yo estaba frito, porque si él podía demostrar eso, y podía, todo lo que habíamos hecho se venía en banda, pero alcancé a pelear un poco más. Inútil. El curita tendría el hábito remendado pero para mí que tenía guita escondida en el colchón: había comprado a mis sirvientes y a algunos de los que habían embarcado conmigo en los viajes. Yo no sólo me acostaba con una mujer casada sino que bebía extraños brebajes negros y echaba

fuego por la boca y la nariz cuando estaba solo. Con esos testigos, y algunos otros que siempre se podía conseguir con poca plata o con mucho miedo al infierno, la Inquisición se iba a dar por satisfecha. Me rendí y le pregunté qué quería. Quería que me fuera, eso era todo. Si yo me volvía ese mismo día a los avernos de donde había salido, él no iba a mover un dedo para perderme ni tampoco para echar abajo la conquista, digo, la colonización, porque no le convenía eso. ¿Y ella?, le pregunté. Hídale importaba tres pitos. Como te dije, no era la primera vez que retozaba con otro, y al curita, que lo sabía, la moral y las buenas costumbres le interesaban mucho menos que mover los hilos del trono. Así que me fui.

—Una lástima.

—No sé. Era un buen momento para desaparecer. El Almirante ya no iba a morir pobre y abandonado sino cubierto de gloria y honores y oro. Nadie iba a matar y hacerse matar buscando El dorado, y toda América iba a hablar español algún día.

—¿Estás seguro?

—No, claro que no, pero puedo darme el lujo de presumirlo. De modo que inventé a toda máquina una expedición a Australia para ver qué se podía hacer por aquel lado, pensé seriamente en meter de contrabando en el cacharro a doña Francisca María Juana de Soler y Torrelles Abramonte y decidí que no, dije hasta luego a todo el mundo y espérenme para la hora del té y chau piba y me fui. El que quería a toda costa ir conmigo a Australia era Yáñez, pero como estaba a cargo de una gobernación en el nuevo mundo, le hice ver que lo de él era más importante y se quedó. Y ella habrá llorado hasta encontrarme un sustituto y yo habré pasado a la leyenda como el héroe tragado por lo desconocido y el curita se sentará secretamente en el trono que gobierna todo un continente.

Nos quedamos callados, Trafalgar y yo. Después fui a ver si seguía lloviendo, y sí, seguía lloviendo, pero estaba empezando a aclarar por el sur. La gata salió al jardín, inspeccionó la cuestión clima y volvió a entrar con las patitas mojadas y yo protesté. Trafalgar seguía sentado a la mesa de la cocina frente a una taza vacía.

—En el viaje tuve tiempo de pensar muchas macanas —dijo mientras yo registraba la heladera—. Espero que el curita haya conseguido lo que quería y no se meta con ella. Y que el viejo se haya muerto de peste negra. Y que Yáñez sea Visorrey de América del Norte. Y que algún día, bueno, vos sabes.

—Aja —le dije—. ¿Qué preferís? ¿Riñoncitos al vino blanco con arroz o fideos a la manteca negra y un bife de hígado con perejil?

Una decisión para dentro de quinientos años no es broma:

—Riñoncitos —dijo.

EL MEJOR DÍA DEL AÑO

—¡Eh! —dijo Trafalgar Medrano—. ¿Ya no saludas a los amigos?

—¿Y vos qué haces acá? —le pregunté.

Yo, que había tenido que ir al centro, me había corrido hasta la biblioteca Argentina a ver si lo encontraba a Francisco. Que no estaba.

—¿A qué viene uno a una biblioteca? —dijo Trafalgar—. No será a jugar al codillo, ¿no?

Es que uno no espera encontrárselo a Trafalgar en la biblioteca Argentina. Y no es que no sea un buen lector. Lo es, un poco caóticamente. Aunque él insiste en que hay un rigor lógico, implacable dice él, en combinaciones como Sófocles-Chandler, K-eternauta y Mansfield-Fray Mocho.

Y cuando salimos, claro, me invitó con un café.

—Acá a la vuelta —empecé yo.

—No —dijo Trafalgar—, vamos al Burgundy.

Caminamos cuatro cuadras casi sin hablar, apurados entre la gente apurada, y nos metimos en el Burgundy. Marcos nos hizo una sonrisa y se acercó.

—Café —dijo innecesariamente Trafalgar.

Marcos me miró entre desolado y burlón: en el Burgundy no sirven gaseosas.

—Y bueno —dije—, café. Pero chico y livianito.

Trafalgar suspiró un si es no es indignado y puso un paquete de negros sin filtro sobre la mesa.

—¿Qué estuviste leyendo en la biblioteca? —le pregunté.

Sacó un papel del bolsillo, lo desdobló y leyó:

—“Tres Ensayos sobre el Tiempo”, de Mulnő. “Times Time” de Woods. Y “Réalité et Irréalité du Temps”, de L'Ho.

—No me digas. Qué sacaste en limpio.

—Que nadie sabe un pito del tiempo.

Marcos se acercó y dejó las tazas, una grande para Trafalgar y una chica para mí, sobre la mesa. Y dos vasos de agua fresca. Me tomé la mitad del mío porque no estaba muy entusiasmada con la perspectiva del café.

—No sé para qué querés andar investigando el tiempo. A mí me parece que lo mejor que se puede hacer con el tiempo es llenarlo de cosas y dejarlo que pase.

—Sí, pero ¿y si el tiempo fuera una cosa y no una dimensión? ¿Y si en realidad no pasara?

—No entiendo —dije.

—Yo tampoco.

—Entonces resignate y anda a la biblioteca Argentina a leerlos a los líricos griegos como Francisco. Total, los médicos no entienden por qué se enferma y por qué se cura la gente y los electricistas no entienden la electricidad y los matemáticos no entienden el cero. Además, ¿para qué querés vos entender el tiempo?

—Curiosidad nomás —y se quedó callado pero no me engañó.

El Burgundy es un sitio tranquilo, menos mal. Y Trafalgar es un tipo tranquilo. A través de los doce rectángulos de vidrio biselado de la puerta se veía pasar a la gente y uno se preguntaba por qué no se quedaban quietos. Marcos se vino con otro café doble porque Trafalgar se había tomado el primero de un trago, caliente como estaba y amargo como a él le gusta.

—Marcos —le dije—, algún día voy a escribir un cuento en el que aparezcan usted y el Burgundy.

—Por favor no, señora! A ver si el bar se pone de moda y se me llena de gente.

—Difícil. En el mejor de los casos van a empezar a venir mis amigos y mis tías.

—Entonces sí, pero por si acaso no lo publique —y se fue.

—Podrías —dijo Trafalgar— escribir un cuento con cada uno de mis viajes.

—Ni loca —le contesté—. En primer lugar los cuentos propuestos por los demás nunca sirven: los cuentos lo eligen a uno no uno a los cuentos. Y en segundo lugar tus viajes son siempre iguales: te pasan un montón de cosas raras, te le tiras, generalmente con éxito, a la más linda que anda por ahí, ganas pilas de guita, ¿y en qué la gastas? En café amargo y cigarrillos negros y discos de Pugliese. ¿Por qué no te compras un Mercedes último modelo o te vas a Europa de bacán?

—Es más cómodo un remise y no tenes que pagar seguro ni cochera. Y a Europa voy de vez en cuando. Pero no me interesa mucho.

—Claro. Entre Friburgo y Anandaha-A vos te quedas.

—Con Friburgo —saltó—. Pero si llegas a verlas catedrales, no son precisamente catedrales pero en fin, hechas de papel que no es precisamente papel, de Tippanerwade III, el gótico te parece una caricatura. Y al lado de los constructores de mausoleos.

—Que tampoco serán precisamente mausoleos.

—Son. Al lado de los constructores de mausoleos de Edamsonallve-Dor los egipcios eran una manada de infradotados, qué querés.

—¿Por ahí anduviste añora?

—No. Hace como tres meses que no viajo. Llegué de Karperp y me quedé todo este tiempo haciendo fiaca.

—Qué habrás vendido en Karperp no quiero ni pensarlo.

—Instrumentos de música. Cuerdas, nada de vientos ni de percusión. Y les compré toneladas de madera.

—Pobres karperpianos.

—No se llaman karperpianos. Se llaman neyiomdavianos.

Creí que me estaba macaneando, pero me dijo:

—Es un sistema de trece alrededor de una estrella que se llama Neyiomdav, ¿estamos? Cada uno de los trece tiene un nombre distinto, no se llaman Neyiomdav I, Neyiomdav II y así, sino que como acá, cada mundo tiene su nombre, pero los que viven ahí toman el gentilicio de la estrella.

—¿Los de los trece mundos?

—Hay solamente dos que están habitados. Karperp de donde me habían pedido violines y laúdes y guitarras y cítaras y violas y todo eso, y Uunu, que yo no sabía que estaba habitado.

—¿Cómo no sabías?

—Nadie me había dicho nada. Pero después de entregar los instrumentos y mientras cargaba las maderas, hacemé acordar que te regale una caja de madera de estoa que puede servir para cigarrillos o botones o esas cosas que a ustedes las mujeres les gusta guardar en cajas. Finita como una tela de araña pero no se puede romper ni con un hacha. Y no se quema tampoco.

—No será madera entonces. Y gracias, seguro que te voy a hacer acordar.

—Es madera. De nada. Mientras cargaba las maderas me quedé unos días en casa de un amigo que vive a orillas de un río en el que se puede nadar, navegar y pescar.

—Vos no nadas ni navegas ni pescas.

—Nadar no me disgusta. Pescar y navegar no me interesa. Pero sí de vez en cuando tirarme al sol y no hacer nada. El fue el que me habló de Uunu, al pasar. Y me intrigó porque no parecía con ganas de darme muchas explicaciones. Solamente me dijo que ellos no se acercaban porque después les costaba mucho recuperarse. Le pregunté si era insalubre y me dijo que al contrario, que era un lugar muy acogedor, con un clima espléndido, buena gente, paisajes a piacere y comodidades para alojarse. No insistí porque la discreción es una virtud en todos lados y supuse que en Karperp también.

Marcos pasó al lado nuestro porque había entrado más gente, y le dejó otra taza llena a Trafalgar. No hice ademán de pedir más café y eso que la mía estaba miserablemente vacía.

—Te imaginarás —siguió— que ahí mismo decidí acercarme a Uunu y ver qué había para comprar. Así que una semana después, con el cacharro hasta el tope, los neyiomdavianos son tranquilos y no se apuran aunque vengan degollando y tardaron diez días en cargarlo todo, me despedí y me fui. Derecho a Uunu.

—Ganas de meterte en líos.

—Sí, pero al principio me pareció que me iba a quedar en las ganas nomás y hasta pensé que Rosdolleu no sabía lo que decía.

—¿Ese quién es, tu amigo el de Karperp?

—Aja. Es presidente de una institución, mezcla de ministerio y cámara de comercio y me sospeché que había una cuestión de competencia, porque te aseguro que Uunu era una joya.

—Después descubriste que no.

—Siguió siendo una joya, a pesar de todo. Se portaron como señores, me facilitaron todo, me buscaron un lugar fresco y al reparo cuestión de poder dejar el cacharro abierto y que la madera se ventilara sin necesidad de usar los acondicionadores, una maravilla. Me aconsejaron un hotel ni muy lejos ni muy en el centro, y cuando supieron que yo era comerciante me consiguieron una entrevista con un capo, Dravato dra Iratoni que por el nombre parecía japonés pero no era y que me habló al hotel y me invitó a comer a su casa esa misma noche. El hotel era estupendo, cómodo, no muy grande, con habitaciones llenas de luz y color y baños con todas las chucherías posibles.

—Che, ¿no podría ir yo a veranear a Uunu?

—No te lo aconsejo.

Saludó a alguien que salía y fumó un rato sin decir nada. ¿Habría café en Uunu?

—¿Había café en Uunu?

—Sí, había. Bueno, relativamente.

—¿Cómo relativamente? O había o no había. —Había y no había, ya vas a ver. ¿Qué te estaba diciendo yo?

—Que el hotel era regio y que esa misma noche ibas a comer con el japonés.

—Ah, sí. Tenía una casa que reíte de Frank Lloyd Wright. El living se metía en el bosque, o mejor, el bosque se metía en el living, y el comedor estaba suspendido sobre el lago. Pensé, al entrar, que me gustaría vivir ahí. Claro, al poco tiempo me aburriría, pero por un par de semanas no estaría mal. Y tenía tres hijas deliciosas y un yerno simpático, comerciante como él, y una mujer grandota y sonriente, y él no era tan grandote pero era sonriente. Lo pasé muy bien.

—¿Con cuál de las tres hijas te acostaste? —Con ninguna. ¿Qué tenes en el mate vos? —Lo que tienen todos. Y además te conozco. —Esta vez le erraste fiero. Aunque confieso que no fue mi virtud sino las circunstancias las que me obligaron a la castidad. Comimos una carne muy blanda y muy picante, con una especie de puré de batatas y una torta de cereales y tomamos vino. Después sirvieron el postre y ahí fue donde empezó todo.

—¿En el postre?

—Con el postre. Tengo que decirte que la vajilla era de exposición. El dueño de la casa no sería japonés pero los platos y los vasos y las jarras parecían de porcelana japonesa de la más fina, de color amarillo pálido con un borde marrón. El postre llegó servido en cuencos de madera del mismo color del borde de los platos, con una cuchara de madera. Y me lo comí con gusto porque estaba riquísimo. No sé lo que era. unas frutas como nísperos aunque sin carozos, un poco agrias, metidas en lo que parecía agua pero era muy dulce, como almíbar.

—Gran cosa. Yo hago postres mejores.

—No digo que no.

Eso, en Trafalgar, es un elogio.

—Pero esto tenía un gusto muy especial y cuando terminé las frutas me tomé el almíbar con la cuchara. Pasaba la cuchara sobre la madera pulida y a medida que el líquido bajaba yo sentía algo muy raro.

—Gualicho —dije.

No me hizo caso:

—Sentía, despacito al principio y como una patada en el estómago después, sentía que yo ya había hecho ese gesto antes, que alguna vez había raspado con una cuchara de madera el fondo pulido de un cuenco de madera y que.

—Pero oíme, eso nos suele pasar a todos.

—Si lo sabré yo —dijo Trafalgar, y dejó que Marcos retirara la taza vacía y dejara otra llena—, con todos los lugares por los que he andado y todo lo que he hecho. Generalmente no es cierto, nunca hiciste antes lo que crees que estás recordando. Unas pocas, muy pocas veces sí es cierto, y si no te acordás en el momento, te acordás después. Pero esto era mucho más intenso, tanto que creí que me iba a descomponer. No oía lo que se hablaba, no veía la mesa, ni las caras, ni las ventanas que daban al lago. No era yo, no era mi memoria, era todo mi cuerpo el que se acordaba del cuenco y del gesto y mirando la madera reconocía hasta las vetas del fondo —sacó un lápiz y me las dibujó en la parte de atrás de una tarjeta que pescó

en el bolsillo—. ¿Ves? Y acá hacían una curva para abajo y después subiendo por el borde se hacían finísimas y desaparecían.

Puse la tarjeta parada contra el vaso de agua:

—¿Y entonces qué pasó?

—Nada. Reaccioné como pude y seguí conversando. Tomamos licores y café, sí, porque había café, y fumamos y escuchamos música y ya era más de medianoche cuando el yerno de dra Iratoni me llevó en auto al hotel. Cuando me quedé solo en la habitación volví a acordarme del asunto del cuenco de madera y me puse a pensar como un desaforado, porque estaba seguro, sabía, que alguna vez en alguna parte yo había comido de ese cuenco. No hubo caso. Repasé toda mi vida, me puse furioso, me fumé un atado entero de cigarrillos y no hubo caso. Me saqué la ropa, me bañé, me acosté y me dormí. No —dijo cuando yo abrí la boca—, no soñé con el cuenco ni con las hijas de dra Iratoni. Dormí como un tronco hasta el mediodía. Me desperté con hambre. Pero se me pasó en cuanto me senté en la cama. A propósito, ¿no querés comer un sándwich o algo?

—No. Seguí contando.

—Se me pasó el hambre y el sueño y todo, porque no estaba en la misma habitación en la que me había acostado. Esta era más chica, cómoda pero no tan alegre, no estaba en un primer piso sino en un décimo o por ahí, no daba a un parque sino a otro edificio alto y no entraba el sol por ningún lado. Me levanté y me vestí ligero y con desconfianza. El baño tampoco era tan lujoso como el del otro hotel, es decir, yo creía que estaba en otro hotel, pero.

Tenía ganas de preguntarle qué quería decir eso, pero yo sé cuándo se puede interrumpirlo a Trafalgar y cuándo no.

—También tenía sus comodidades. No me paré a bañarme ni a afeitarme. Me lavé, me volví a la habitación y cuando iba para la puerta se me ocurrió la espantosa idea de que me habían secuestrado y la puerta estaría cerrada con llave. Estaba cerrada con llave pero la llave estaba puesta del lado de adentro. La di vuelta con un poco de aprensión y abrí la puerta. Era un hotel, sin duda. Había un pasillo y puertas numeradas de los dos lados. La mía era la mil doscientas cuarenta y siete. Busqué el ascensor, lo encontré, bajé. Doce pisos. El hall era más chico que el otro, más mezquino, como si hubieran querido aprovechar el espacio al máximo.

Aquí hizo una pausa y tomó café y fumó y no supe si decir algo que se me había ocurrido o no decirlo, de modo que me quedé callada.

—Había un conserje relamido que me preguntó “¿Señor?” “Escúcheme”, le dije yo ya un poco con rabia, “yo tomé una habitación ayer en el Hotel Continental; ¿me puede decir dónde diablos estoy ahora?” “En el Hotel Continental, señor”, me contestó. Me quedé mudo. “No puede ser”, grité, “la habitación es distinta y esto también”. El conserje seguía muy tranquilo. “¿Qué día ingresó el señor?”, preguntó. Le dije la fecha, día, mes, año y agregué la hora. “Ah, eso lo explica todo”, me largó. “¿Cómo que lo explica todo?” Tenía ganas de darle un mamporro mientras él revisaba unos papeles. “La habitación ciento treinta y dos no existe, señor, no por lo menos en este momento, porque el primer piso ha sido dedicado a contaduría y oficinas diversas”. Y se puso a atender a dos tipos que acababan de llegar. Pensé seriamente en sallar por encima del mostrador y romperle la cara, pero en primer lugar no iba a conseguir nada con eso y en segundo lugar ¿qué había querido decir con que en ese momento por lo menos la habitación ciento treinta y dos, que era la que yo había ocupado el día anterior, no existía?

Decidí tomar otro café y lo llamé a Marcos pero cuando vino le pregunté si me podía hacer un jugo de naranjas y me dijo que sí.

—Entonces me volví a la pieza mil doscientos cuarenta y siete y revisé mi equipaje. Todo estaba en orden; me pareció que todo estaba en orden. La barriga me hizo acordar que era

más de mediodía y yo no había comido nada, así que pospuse el problema, bajé, me metí en el restaurante y pedí lo primero que vi en la lista. Y ahí me acordé del cuenco de madera. Otra vez sentí una sensación física de urgencia pero me puse a comer un pescado a la cacerola un poco insulso que me llevaron y pensé que lo mejor sería ir a lo de dra Iratoni y consultarlo sobre lo que me había pasado. Terminé de comer, no pedí postre, tomé café, salí a la calle y me quedé en la vereda duro como una estatua. Era otra ciudad. Se parecía a Nueva York. Y la del día anterior se había parecido a Welwyn. Peor: los autos eran distintos y la gente se vestía de otro modo. Antes de entrar a asustarme con la posibilidad de no encontrarlo a dra Iratoni, cosa que estaba a punto de sucederme, llamé un taxi que pasaba, subí y le dije al chofer Paseo de las Agujas doscientos veinticinco, y a qué no sabes con qué me encontré.

—Mira, te podes haber encontrado con cualquier cosa: con un cocodrilo en la banadera, con que el Paseo de las Agujas no existía, con que el chofer era el conde Drácula, yo qué sé.

—El que no existía era el chofer.

Marcos me trajo un jugo de naranja como los que a mí me gustan, sin colar, sin hielo y con muy poca azúcar.

—Trafalgar —le dije—, a veces me deprimís. ¿No podrías irte como todo el mundo a Capilla del Monte o a Bariloche y después venir a contar que llovió tres días y que perdiste en el casino y que te encontraste con cinco tipos de Rosario?

—Hay viajes en los que no pasa nada, te aseguro. Todo anda bien, no sucede nada raro y la gente hace y dice lo que uno espera. No supondrás que te voy a traer al Burgundy para contarte una pavada como ésa, me imagino.

—Sería muy tranquilizador —dije—. Hace un rato pensaba que vos sos un tipo tranquilo, y lo sos. Pero lo que no sos es tranquilizador. Por lo menos no cuando te largas con esas cosas. Dale, seguí con el taxi fantasma.

—Era un taxi automático, manejado a distancia, o tal vez un robot, no sé. No arrancó, sino que me informó por un altoparlante que estaba junto al cuentakilómetros, que el viejo Paseo de las Agujas era impracticable para vehículos. Le dije que me llevara lo más cerca posible del lugar. Entonces recién arrancó. Atravesó la ciudad, que seguía siendo gemela de Nueva York y no de Welwyn, y paró en pleno campo. Quise bajar pero la puerta estaba trabada. Pagué, es decir puse la plata en una alcancía, y ahí se abrió la puerta y bajé. Era un parque, no muy bien cuidado, que llegaba hasta el borde del lago. Nada de bosque. Caminé por un senderito lleno de piedras y de yuyos hasta el lugar en el que me acordaba que estaba la casa de dra Iratoni.

—Y que ya no estaba —dije yo.

—No, no estaba y yo ya me lo venía sospechando de antes.

—Decime, ¿no habías dormido un par de siglos como Rip van Winkle?

—También lo pensé. Hubiera sido una solución incómoda pero en fin, tranquilizadora como decís vos. Me volví caminando a la ciudad. Cuando llegué era casi de noche. En los suburbios tomé otro taxi, también automático, me hice llevar al puerto y busqué el cacharro. ¿Y querés creer que no sé si lo encontré o no? En el lugar en que tendría que haber estado había una montaña de chatarra —puso la cara que hubiera puesto el Buonarroti o que yo me imagino que hubiera puesto el Buonarroti si llega a ver la Pietá rota a martillazos—, y podía estar en esa pila. A ratos me parecía que sí, a ratos que no. Quedé tan tirado que no sabía ni lo que tenía que hacer. Es decir, sabía lo que tenía que hacer pero no sabía cómo: tenía que encontrar a alguien que me explicara lo que me había pasado, pero también me acordaba de la poca importancia que le había dado el conserje del hotel a la parte de mi problema que él conocía y eso me irritaba y al mismo tiempo me sugería que a lo mejor todo se iba a arreglar fácilmente. Fui al bar del puerto, comí unos sandwiches que parecían de cartón, tomé un café bastante malo y le di manija a la mufa hasta que fue bien de noche. Cuando salí del bar, en vez de ir a la parada de taxis me las tomé para la ruta y me puse a caminar sintiendo mucha lástima de

mí mismo. Por ahí me pareció que amanecía, el cielo se puso de un gris feo e incluso tuve una sensación de irrealidad y hasta de inseguridad, como si fuera a perder el equilibrio, pero no hice caso y seguí caminando. Se puso oscuro de nuevo. Me cansé. Me senté en la banquina, caminé un par de kilómetros o quizá más. No pasaba un alma y eso empezó a extrañarme porque había visto más temprano que era una ruta muy transitada. Cuando salió el sol de veras vi allá lejos la ciudad y tuve la esperanza de que hubiera vuelto a ser Welwyn. Se me pasó el cansancio y apuré el paso. Vi los restos de un camión incendiado al borde de la ruta que, aunque el día anterior había sido lisa y nueva, estaba bastante destruida, llena de grietas y de baches. Me acerqué a la ciudad. Que por supuesto no era Welwyn. Tampoco era Nueva York. Era una ciudad bombardeada.

—Ya sé lo que pasaba —dije.

—Por algo te gusta Philip Dick a vos. Te aviso que a mí también. Pero una cosa es leer una novela o escuchar cuando a uno se lo cuentan, y otra es estar metido en el asunto. Yo no estaba esa mañana para conformarme con explicaciones.

El Burgundy estaba muy concurrido. Casi como si yo, no, yo no, casi como si Philip Dick lo hubiera puesto de moda, pero Marcos no se olvidaba de Trafalgar. Yo seguía con el jugo de naranjas.

—Empecé a ver casamatas, trincheras, restos de más camiones y hasta de tanques. Y cadáveres. El campo estaba quemado y no quedaba ni un árbol y por allí había pedazos de paredes o algún tapial en donde quizás habría habido casas alguna vez. Alguien gritó más allá de la banquina. Me di vuelta y vi a un tipo alto y flaco que me hacía señas desesperadamente. "¡Cuidado! ¡Agáchese!", me gritó y se tiró al suelo. Yo no tuve tiempo. Aparecieron dos camiones militares, frenaron al lado mío, se bajaron cinco soldados armados y me agarraron a patadas.

—Retiro eso de que quería ir a veranear a Uunu —dije.

—A mí me han pasado muchas cosas jodidas —dijo Trafalgar y yo estuve silenciosamente de acuerdo—, pero nada como que te volteen a culatazos al borde de un camino, después de una noche sin dormir, unos tipos de uniforme escarlata que no sabes de dónde han aparecido y sin que sepas por qué ni tengas tiempo de reaccionar y defenderte.

—¿Uniformes escarlata? Qué anacronismo.

—Las metralletas y las bazukas que llevaban no eran ningún anacronismo, te lo puedo asegurar.

—Entonces lo de defenderte era pura retórica.

—Y, sí. Primero me molieron a golpes y después me preguntaron quién era. Manoteé los documentos pero me pararon en seco y el que mandaba llamó a un soldado que me registró. Miraron todo, el pasaporte, el documento único y hasta el carnet de conductor y medio se sonrieron y el mandamás dijo desde arriba del camión que me fusilara en el acto.

—Debe ser la decimooctava vez que te salvas de un fusilamiento.

—Según mis cálculos, la tercera. Una en Vero-boar, una en OlogämyiDäa, una en Uunu. Me salvé porque alguien empezó a los tiros. Y esta vez sí me largué al suelo y quedé como quien dice en situación crítica. El alto flaco que me había gritado se venía contra los soldados encabezando una tropa de salvajes. Los soldados se atrincheraron detrás de los camiones y también empezaron a los tiros y yo en el medio. Los salvajes se acercaban: caían como moscas pero se acercaban. Eran muchos más que los de colorado y terminaron por ganarles. Mataron a casi todos y se quedaron con un teniente y dos sargentos, heridos pero vivos. Y a mí me levantaron del suelo y me llevaron con ellos.

—Estoy empezando a desconfiar: de soldados a salvajes no sé dónde ibas a estar mejor.

—Parecían salvajes por lo rotosos y barbudos, pero no eran. Patearon a los muertos fuera de la ruta, les quitaron las armas, ataron a los prisioneros, a mí no, subimos al camión y agarramos como locos por el medio del campo a los barquinazos y a de volcar cada diez metros. Llegamos enteros, no sé cómo, a un casi pueblo o ex pueblo, y fuimos a parar a una casa medio derruida. Uno de los sargentos murió en el camino. El teniente iba bastante herido pero aguantaba y el otro sargento estaba más o menos bien. Los metieron en un sótano. A mí me dieron de comer un guiso inmundos pero si hubiera sido caviar no me lo hubiera mandado con más ganas y el alto flaco que se llamaba ser Dividís se sentó conmigo a preguntarme también, pero más suavemente, quién era yo. Se lo conté. Se sonrió un poco, como el conserje, solamente que a éste no me dieron ganas de pegarle, y me dijo que claro, que esas cosas podían pasar y que no me preocupara, mira vos, y que desgraciadamente ellos no tenían cartas de ritmos para informarme con seguridad. Yo no sabía lo que eran las cartas de ritmos pero tenía ganas de tomar café y pregunté si no había. Otros tipos que andaban por ahí como vigilando o con curiosidad, largaron la carcajada, y uno que debía ser mi alma gemela, suspiró y cerró los ojos. No, me dijo ser Dividís, hacía mucho que no había café. Saqué los cigarrillos y cuando vi las caras de asombro y envidia convidé a la redonda. Se abalanzaron como náufragos: me dejaron uno solo, que me fumé mientras el flaco me explicaba, desgraciadamente no lo mío sino la situación general. Para lo mío no hubo tiempo.

Tomó café muy despacito, contra su costumbre:

—Eran maquisards, guerrilleros, aunque ellos se llamaban muy melodramáticamente a sí mismos Señores de la Paz, no quiero pensar lo que serían los señores de la guerra, y sus jefes tomaban el título de ser. Peleaban, como podían, contra los Capitanes. Los Capitanes formaban la casta militar que gobernaba el mundo a su manera. Nada original, por otra parte. Los Señores estaban muy esperanzados últimamente porque los Capitanes estaban dividiéndose en grupos que peleaban entre ellos, cosa nada original tampoco. Cada facción de los Capitanes tenía un ejército uniformado de un color distinto. Los Colorados acababan de vencer a los Amarillos y patrullaban la zona matando fugitivos y de paso, Señores. “¿Quién va ganando?”, pregunté. No tenían idea. Ellos confiaban en desangrarlos porque los Capitanes se debilitaban peleando unos contra otros por el poder absoluto con esa propensión que tienen los tipos tironeados por la muerte a creer que el poder absoluto los va a salvar de algo. Y los atacaban con la vieja técnica de aparecer en donde menos los otros se lo esperaban. Además y a pesar de que los Capitanes pagaban bien y castigaban mejor, había muchas desertiones y los soldados se pasaban en manadas a las filas de los Señores. Pero yo, que conozco un poco de historia, no era tan optimista. Ellos no sabían nada con seguridad: no había diarios ni radios ni comunicaciones de ninguna especie y los vehículos de tierra, agua y aire estaban en manos de los Capitanes aunque ellos les robaban lo que podían. Solían mandar espías o mensajeros a otras zonas y a veces llegaban hombres de lejos con noticias que ya no valían nada. Ser Dividís había nacido cuando la dictadura de los Capitanes empezaba a hacerse poderosa y se acordaba un poco, no mucho, de un mundo sin guerra. Me contó atrocidades, se exaltó, y después de un discurso que creo que no estaba dirigido a mí ni a sus hombres sino a sí mismo, me preguntó de qué lado estaba yo. Le dije que del de ellos, claro, mira si me iba a poner a discutir —lo pensó—. Además, de haber tenido que elegir, hubiera estado con ellos. Simpatizo con las causas perdidas. Que por ahí son las que a la larga ganan y llegan al poder, se hacen fuertes, aparece otra causa perdida y empieza todo de nuevo. Empecé a preguntarle a ser Dividís por qué en Uunu yo encontraba cada día un mundo distinto cuando se armó otra vez la rosca. Eran los Colorados.

Terminó el café y apartó la taza y puso los brazos sobre la mesa, con el cigarrillo entre las manos juntas:

—No te voy a contar la batalla. No se puede. Cuando viviste una, la descripción, el recuerdo, todo lo que se puede decir, todo lo que leíste en el diario o viste en el cine, no pasa de una escena de kindergarten. Esta vez ganaron ellos, los Colorados. Yo tenía una escopeta que alguien me había puesto en la mano y disparaba desde una ventana. Eso duró bastante, no tanto como me pareció en el momento, pero bastante. Los Colorados nos tenían rodeados y se acercaban cada vez más. Simpatizo con las causas perdidas pero no soy estúpido. Cuando vi que la cosa se ponía fiero me di vuelta para ver si podía escaparme por algún lado llevando

la escopeta y las pocas balas que me quedaban. Ser Dividís estaba en lo mismo que yo. Hizo señas a los que quedábamos, corrieron una mesa, levantaron el piso y rajamos por un subterráneo que salía al bosque. Desgraciadamente en el bosque estaban esperándonos los Colorados: por lo visto si los Señores tenían infiltrados en los ejércitos, ellos también los tenían entre los hombres de los Señores. Bajaron a casi todos, incluso a ser Dividís y lo lamenté porque parecía un buen tipo, chiflado pero buen tipo. Quedamos cuatro que conseguimos escapar de milagro entre los árboles. Al final nos dejaron en paz. Los otros tres dijeron que en medio día de marcha podíamos llegar a Irbali siempre que no hubiera más soldados en el camino como era muy probable: también estaban chiflados. Supongo que Irbali sería alguna otra ciudad, pero dije que no, que yo me quedaba ahí.

—No me suena muy prudente.

—Todo el mundo estaba en guerra, qué más daba dónde estuviera uno. Y yo quería andar cerca del puerto, si existía, así que se fueron y me quedé solo en un bosque, con una escopeta en la mano, una docena de balas en el bolsillo y la guerra por todas partes.

—Sí, claro que entonces lo mejor era que te quedaras quieto y esperaras.

—Eso hice. Hasta el momento no me habían dejado decidir. Pero cuando se fueron y pude ponerme a pensar después de un segundo de pánico, vi que era lo mejor. No sabía qué iba a pasar aquel día siguiente en Uunu, pero por qué iba a perder las esperanzas. Me subí a un árbol, encajé la escopeta en una rama hueca, me acomodé como pude en una horqueta y esperé. Cuando se hizo de noche bajé, agarré la escopeta y empecé a caminar para el lado de la ciudad. Llegué muy cerca más pronto de lo que me imaginaba: algo se incendiaba allá y no me extrañó. Resolví esperar al amanecer. Según mis cálculos, si cada día había encontrado un mundo distinto, el siguiente no tenía por qué ser la excepción. Ya veríamos qué pasaba. Eso sí, esperaba o más bien deseaba desesperadamente que algún día volviera el mundo de dra iratoni y yo pudiera irme con mis maderas. Me hice el firme propósito, que no cumplí, de volver a Karperp, pedirle disculpas a Rosdolieu por haber creído que me mentía, y después dormirlo de un tortazo por no haberme explicado lo que pasaba y andarse con evasivas elegantes. Me escondí como pude entre las plantas bastante lejos de la ruta, puse la escopeta a un lado, me acosté y me dormí.

—“En cama de seda y pluma / Duermo mi madre mi sueño.”

—Como si hubiera sido cama de seda y pluma. Había pasado una noche sin dormir y un día de soldado desconocido. Era suficiente: necesitaba un descanso.

—No quiero apurarte pero compréndeme: me muero por saber qué encontraste al día siguiente.

—El cuenco de madera —dijo Trafalgar.

Me había olvidado del cuenco y no me lo esperaba:

—¿El cuenco?

—Sí. O por lo menos, un cuenco. Me desperté y lo primero que vi fue que la escopeta había desaparecido y se me ocurrió que me iban a fusilar los amarillos o los colorados o los violetas. Lo segundo fue descubrir que tenía hambre, un hambre espantoso. Además la barba crecida me picaba la cara y tenía la ropa a la miseria y estaba harto, ¿entendés?, harto.

—No se enoje —dijo Marcos que llegaba con más café y más jugo de naranjas—, así no se va a ninguna parte.

—Cierto —dijo Trafalgar—. Una vez me enojé en Indaburd V con el presidente de la corporación de fabricantes de veltra, y me perdí una venta fantástica.

—¿Ha visto? —dijo Marcos y se fue muy satisfecho.

—Qué es eso de veltra —dije yo.

—Si en vez de vidrios tuvieras veltra en las ventanas de tu casa, no necesitarías calefacción ni acondicionadores, y tampoco rejas ni persianas ni cortinas.

—A mí las cortinas me gustan: son cálidas y decorativas —dije, y me acordé de Uunu—. ¿Cómo fue que te encontraste con el cuenco ese día en Uunu?

—Hay que ver que el presidente de la corporación de fabricantes de veltra era un viejo idiota.

—Trafalgar, te mato.

—¿Vos también?

Y se sonrió. Así que lo dejé en paz mientras se tomaba el café que por suerte para él en Rosario no es relativo.

—Lo único que quería yo cuando aclaró —dijo Trafalgar— y vi que era una mañana horrible, gris y fría, era comer. Que me fusilaran los colorados o los verdes, bueno. Pero que me fusilaran con la panza llena. Me imaginaba las suculentas últimas comilonas de los condenados, con café, cigarros y cognac, y las tripas se me retorcían de indignación. Así que caminé para el lado de la ciudad decidido a que me mataran, aunque suponía, y eso me gustaba pero no me gustaba, que el mundo sería otro y posiblemente los Capitanes ya no existieran. Me hizo falta muy poco, cuando llegué a la ciudad, para darme cuenta de que los Capitanes todavía no existían. Y tampoco había café.

Por si acaso, se tomó el que tenía delante.

—Ya no era Nueva York ni la ciudad bombardeada pero lamentablemente tampoco era Welwyn. Era un conjunto de chozas de ladrillo burdo, posiblemente cocido al sol, sin mezcla, con techos de paja y cortinas de ramas en las puertas y sin ventanas. Había corrales para los animales y fogones en un espacio central despejado. Me recibieron bien: con mucha curiosidad y mucho parloteo pero bien. Hombres y mujeres tenían taparrabos de piel y los chicos andaban desnudos, con ese frío. Yo, claro, caí como una bomba, aunque ellos no sabían lo que eran las bombas.

—¿Se había terminado la guerra y el mundo había quedado así?

—Todavía no había empezado la guerra. Faltaban siglos para la guerra de los Capitanes, ¿te vas dando cuenta?

—La pucha si me doy cuenta —dije— ¿pero por qué nadie te lo había advertido?

—Eso fue más un error de mi parte que de la de ellos. Pero como te digo me recibieron bien. Se me acercaron con curiosidad pero sin desconfianza, me toquetearon y me olieron, charlando y riéndose. Eran los buenos salvajes perfectos: si los ve el hermano Jean Jacques se pone a llorar de emoción. Yo no entendía lo que decían y ellos no me entendían a mí. Pero como dice Raúl hay tres gestos que sirven en cualquier parte. Me llevaron a una de las chozas y me dieron de comer. Sacando la comida en lo de dra Iratoni, fue lo mejor que comí en Uunu. Carne asada y granos cocidos con pedacitos de grasa que eran casi chicharrones y unas frutas verdes muy jugosas. Café, claro, ni pensar. Lamenté haberles dado los cigarrillos a los hombres de ser Dividís en el momento en que por costumbre metía la mano en el bolsillo, y ahí estaba el paquete apenas empezado. No sé cuántos tenía en la casa derruida de los Señores de la Paz, pero probablemente nueve o diez. Y me acordé que al volver aquella noche, la primera de lo de dra Iratoni, yo había puesto en otro bolsillo del saco un paquete entero y un paquete recién empezado, y al día siguiente, en el nuevo hotel, me había vestido con ese traje, que seguía llevando. Había fumado, es cierto, en Nueva York y con los Señores, pero rebusqué y encontré en un bolsillo también el paquete entero, estaba cantado. Fumé, cosa que les llamó muchísimo la atención. Estaba rodeado de mocosos, de hombres y de mujeres más o

menos jóvenes, que de pronto se apartaron para dejar que se acercara un viejito encorvado. El viejito estaba todo cubierto de pieles y tenía, supongo que como distintivo de autoridad, zapatones también de piel. Vino y se sentó frente a mí y empezamos a hablar con el alfabeto de los mudos. No me preguntó quién era, que es una pregunta complicada para hacer con gestos, pero me preguntó de dónde había llegado. Le dije que del cielo y le pareció muy bien. Le di las gracias por la comida y la hospitalidad y le dije que estaba contento. El me agradeció a mí por mi agradecimiento y ya éramos muy amigóles. También le dije que estaba cansado y en eso, como vi que los hombres tenían el pelo largo pero no barbas, le dije que me quería afeitar. Para qué. Te imaginarás que no me trajeron una Phillips y ni siquiera una Techmatic. Charlaron un poco y se apareció una matrona trayendo unas piedras brillantes de tanto uso. Reculé bastante asustado pero ya era tarde —se puso pensativo—. Me han afeitado en muchas partes de este mundo y de otros. En Londres por ejemplo y en Venecia y en Hong Kong; y también en Oen, en Enntenitre IV, en Niugsa y en la Ciudad de los Seres que algún día te tengo que contar lo que es. Pero nadie me afeitó nunca tan bien, tan suavemente y a fondo, tan prolijamente, tan maternalmente como la gorda esa vestida con un taparrabos, adornada con collares y pulseras hechas con los dientes de algún animal, casi desdentada, muerta de risa y con dos piedras como todo instrumental. Los demás también se reían porque yo tenía un miedo bárbaro de que me cortara la yugular o la nariz o las dos cosas, pero para cuando terminara de explicar con gestos que había cambiado de idea ya ya no quería que me afeitaran, podía estar muerto y enterrado. Le hice entender a la gorda que el bigote no y eso también le extrañó y también se rieron. Afiló la piedra chata contra la otra, me mojó la cara con una cosa que parecía caldo y empezó. Cuando llegó a la mitad yo ya estaba más tranquilo y cuando terminó la agarré de las dos manos y se las sacudí de abajo para arriba y me reí, la solté y le di una palmadita en la espalda y todo el mundo contento. No me vas a creer pero fue el día más pacífico que pasé en Uunu. Comí, dormí, me llevaron de paseo y hasta me acerqué al lugar en el que tendría que haber estado el puerto.

—Que no estaba, ni la casa del japonés ni nada.

—Nada. Salvo el lago, que quizás era más grande Y el bosque, que era casi una selva. Fue un día estupendo. No se puede decir que fuera perfecto porque tuvimos un visitante.

—Casi jugaría plata a que fue un tiranosaurio.

—Le errabas por poco. Un tigre dientes de sable siempre que los tigres dientes de sable hayan sido como yo me los imagino. Parece que había andado rondando y comiéndose a la gente y a los animales, y a la tardecita salió una partida como venían haciendo desde hacía un tiempo según me explicó el viejito en una conversación que nos dio bastante trabajo a los dos, lo encontraron y lo azuzaron hasta una trampa que tenían preparada. Pero el tipo era ducho en cuestión de trampas y se zafó. No atacó porque estaba bien comido, pero rodeado por todos lados, escapó para el lado de la aldea. Llegó hasta el borde del terreno que ocupaban las chozas y hubo un griterío y una desbandada y en eso aparecieron los hombres de la aldea que venían persiguiéndolo y lo mataron a lanzazos y a hachazos. Fue una carnicería. Quedaron todos heridos y uno muerto. Pero con una sofisticación inesperada en los buenos salvajes, primero venía el festejo y después el duelo. Hubo una comilona con canto y baile a la que asistieron los heridos y el muerto en calidad de agasajados. Despellejaron al tigre y nos comimos la carne: el plato fuerte eran las vísceras maceradas en algo como vinagre, y el corazón, picadito muy chico, del que todos comimos un pedazo.

—Comerse al enemigo vencido —dije yo—. ¿Qué opinaría de eso el hermano Jean Jacques?

—Vaya a saber. Estaba duro el tigre, imagínate, carne recién muerta, de animal acosado y acostumbrado a correr y a trepar. No era faisán precisamente, ni mucho menos. Carne oscura y fibrosa, pero nada insípida y sin una gota de grasa. ¿Te dije

—Sí, pero no era el mismo. Era de otra madera, era más hondo, no tenía las mismas vetas. Y además no sentí nada: no era el mismo, te digo.

—Pero si te creo. Lo que yo quiero saber, y ya mismo, es si alguna vez encontraste el cuenco aquél.

—Lo encontré —dijo—, pero no ahí. Me quedé con el cuenco en la mano y hasta se lo pedí de regalo al viejito que me lo dio con grandes cortesías. Lo perdí después, claro, por la misma razón que había perdido la escopeta y que había recobrado los cigarrillos y los documentos. Y a propósito, me fumé el último antes de acostarme a dormir.

—Estoy aterrada —le dije—. ¿Qué encontraste al día siguiente?

—Alégrate que ya viene lo mejor.

Lo que vino fue más café en manos de Marcos. A Marcos no le interesan los viajes de Trafalgar. Sospecho que no le cree. Y le interesan otras cosas: el Burgundy, los hijos, el primer nieto para dentro de tres meses, la mujer que se llama Clarisa y que fue reina de la belleza 1941 en Casilda, los caballos de carrera y, algo en común con Trafalgar, el tango.

—Me desperté en el hotel Continental —dijo Trafalgar con la nariz metida en la taza.

—Cuál.

—El primero. Sucio, con el traje impecable, bien afeitado y sin el cuenco ni la escopeta pero con los documentos y un paquete y medio de cigarrillos en los bolsillos del saco. Me levanté, me asomé a la ventana, y estaba en la ciudad que se parecía a Welwyn y mi habitación era la ciento treinta y dos del primer piso y daba a un parque. Me pasé la mano por la cara y me dio una inmensa ternura por la gorda. Me bañé, me puse otro traje y bajé a tomar el desayuno. Litros de café.

—No lo dudo.

—Y unos buñuelos crocantes y más café y cigarrillos. Después agarré un teléfono y lo llamé a que al picadillo de corazón lo sirvieron en un cuenco de madera?

—No, no me lo dijiste. ¿Era el mismo cuenco en el que habías comido los nísperos sin semillas en lo de dra Iratoni?

—No, no era el mismo.

—¡Pero en qué quedamos!

—Cuando vi llegar el cuenco me sentí muy bien, como si ya no tuviera preocupaciones y mira que las tenía. Fue como encontrarse con un viejo amigo perdido y casi creí que ya estaba todo solucionado, que si eso era lo que yo había recordado aquella noche, todo lo demás ya no tenía importancia. Macanas, claro, pero yo estaba festejando la muerte del tigre y comiéndole las tripas y tomando el jugo fermentado de algo y vos sabes que con todo eso a uno le entra cierta irresponsabilidad. Sobre todo después de haber visto cómo muere un tigre dientes de sable. Como el cuenco estaba lleno y yo me serví mi partecita pero seguía quedando mucho, lo vigilé mientras pasaba de mano en mano hasta que se vació. Lo dejaron por ahí y yo me levanté y fui a buscarlo. Lo limpié.

—Con una cuchara de madera para completar la reminiscencia.

—Cucharas de madera en la edad de piedra, vamos.

—Y, sí —le dije—, las cucharas son casi tan antiguas como los cuchillos.

—No exageremos —dijo Trafalgar.

—Neolítico —porfié—, en el neolítico ya había cucharas.

—Puede ser. Pero no en Uunu de Neyiomdav. Lo limpié con los dedos. No era el mismo. Se le parecía mucho, eso sí.

—Cómo no se le iba a parecer. Todos los cuencos de madera se parecen. No puedes introducir grandes modificaciones en algo tan simple.

—Sí, pero no era el mismo. Era de otra madera era más hondo, no tenía las mismas vetas. Y además no sentí nada: no era el mismo, te digo.

—Pero si te creo. Lo que yo quiero saber, y ya mismo, es si alguna vez encontraste el cuenco aquél.

—Lo encontré —dijo—, pero no ahí. Me quedé con el cuenco en la mano y hasta se lo pedí de regalo al viejito que me lo dio con grandes cortesías. Lo perdí después, claro, por la misma razón que había perdido la escopeta y que había recobrado los cigarrillos Y los documentos. Y a propósito, me fumé el último antes de acostarme a dormir.

—Estoy aterrada —le dije—. ¿Qué encontraste al día siguiente?

—Alegrate que ya viene lo mejor.

Lo que vino fue más café en manos de Marcos. A Marcos no le interesan los viajes de Trafalgar. Sospecho que no le cree. y le interesan otras cosas: el Burgundy, los hijos, el primer nieto para dentro de tres meses, la mujer que se llama Clarisa y que fue reina de la belleza 1941 en Casilda, los caballos de carrera y, algo en común con Trafalgar, el tango.

—Me desperté en el hotel Continental —dijo Trafalgar con la nariz metida en la taza.

—Cuál.

—El primero. Sucio, con el traje impecable, bien afeitado y sin el cuenco ni la escopeta pero con los documentos y un paquete y medio de cigarrillos en los bolsillos del saco. Me levanté, me asomé a la ventana, y estaba en la ciudad que se parecía a Welwyn y mi habitación era la ciento treinta y dos del primer piso y daba a un parque. Me pasé la mano por la cara y me dio una inmensa ternura por la gorda. Me bañé, me puse otro traje y bajé a tomar el desayuno. Litros de café.

—No lo dudo.

—Y unos buñuelos crocantes y más café y cigarrillos. Después agarré un teléfono y lo llamé a dra Iratoni, con miedo, no te vas a creer, pero lo llamé. Solamente cuando le oí la voz supe de veras que estaba de vuelta en el Uunu al que había llegado. Me invitó de nuevo a comer a su casa y le dije que no gracias, que quería verlo esa misma mañana. Entonces me dio la dirección de un club o círculo de comerciantes, y me dijo que me esperaba ahí. Tomé un taxi con chofer, fui al puerto, inspeccioné el cacharro y las maderas y encontré todo bien, tomé otro taxi y me fui al club. Allí tuve que aguantar casi una hora de presentaciones y conversaciones con otros comerciantes que estaban con dra Iratoni, hasta que conseguí llevármelo a un saloncito y agarrarlo por mi cuenta.

—Ultimo capítulo —dije—, y menos mal porque se me hace tarde.

—Quédate a comer en el centro —dijo Trafalgar.

—No puedo. Además si me quedo vos vas a alargar la crónica hasta que terminemos con el postre, en cambio así no tenes más remedio que contarme todo ahora. Y si nos llegan a servir el postre en cuencos de madera me da un ataque. Así que seguí.

—Le conté todo a dra Iratoni —dijo— y me escuchó con mucha formalidad como el conserje, como ser Dividís, pero como ellos, no se preocupó en lo más mínimo. Me dijo, eso sí, que lamentaba no haberme dicho nada, pero que él había supuesto que yo estaba al tanto porque si había dicho en Karperp que iba a Uunu, ya me habrían advertido. Cuando le dije que no, que en Karperp me habían insinuado algo y me habían dicho que no era conveniente que fuera y que por eso mismo yo había ido, se sorprendió enormemente, quedó con la boca abierta y con

la mandíbula colgando. ¡Cómo! Si un tipo quiere ir a una parte, ¿por qué no lo dice? Y si le dicen que no vaya, ¿por qué va?

¿O por qué no insiste y pide explicaciones y después decide si va a ir o no? Un neyiomdaviiano no entiende nuestros tira y afloja.

—Deben ser unos tipos macanudos.

—Te aseguro que sí. Un poco inquietantes. Pero sigo creyendo que sí, que son macanudos. Dicen lo que piensan, o te hacen una invitación sutil, que a mí me sonó a reticencia, para que vos digas lo que pensás, y dicen lo que van a hacer y hacen lo que han dicho que van a hacer. No es tan fácil como parece.

—Poco lugar para la neura debe haber ahí.

—Vos sabes que lugar para la neura siempre hay, en todas partes. Pero me parece que nosotros le damos más comodidades que los neyiomdavianos. Le hice entender algo de eso a dra Iratoni y entonces él me explicó lo que pasa en Uunu y yo voy a tratar de explicártelo a vos pero no sé si voy a poder.

Terminó el café y tomó aliento como para un salto con garrocha.

—El tiempo no es sucesivo —dijo—. Es concreto, constante, simultáneo y no uniforme.

Ahí la que tomó aliento fui yo.

—Dios por ejemplo —dijo Trafalgar— lo percibe así, y eso lo admiten todas las religiones. Y en Uunu es perceptible así para todos, aunque con una inmediatez menor, por un capricho de su ubicación en el espacio. Espacio que por supuesto no podría existir sin su coexistente el tiempo.

—Así no vamos a ninguna parte —dije—. A mí dame ejemplos contantes y sonantes porque yo no leo a Einstein ni a Langevin ni a Mulnó.

—Imagínate el tiempo —dijo Trafalgar— como una barra infinita y eterna, es lo mismo, de un material que tiene distintos grados de consistencia tanto a lo largo de su duración como de su longitud, ¿estamos?

—Estamos.

—Ahora, una vez por día, o mejor una vez por noche, en Uunu se produce un infundibulum cronosinclástico.

—¡Ah, no! —protesté—. Eso es de Vonnegut.

—Sí. Y dra Iratoni no lo llamó así sino de otro modo, más descriptivo pero más complicado, tanto que no me lo acuerdo bien. Pero vos conoces el infundibulum cronosinclástico. Cuando se produce abarca y envuelve a todo Uunu y entonces afloran, no se me ocurre otro modo de decirlo, las partes de esa barra temporal que en ese momento tienen más consistencia, y por eso si hoy es hoy, mañana puede ser de aquí cien años o a dos mil o a hace diez mil quinientos.

—Ya entiendo —le dije—. Creo, por lo menos. Pero los habitantes de cada época ¿no se ven lanzados de una a otra y tienen que vivir cada día un momento distinto de su propia historia? ¿Cómo no lo encontraste a dra Iratoni el día siguiente aunque su casa no existiera, o cómo no estaba en el segundo hotel Continental el conserje del primero?

—No, no. Cada uno sigue con su vida en la época en la que ha nacido y en la que vive, gracias a la adaptación al medio. Un medio fulero, coincido con vos, pero no más fulero que otros. Las épocas no se mezclan, ninguna invade a la otra. Coexisten. Son simultáneas. Si vos

naces en Uunu, seguís viviendo muy piolamente tu vida día a día y sabes que al mismo tiempo están pasando otras cosas de otras épocas. Con un pequeño esfuerzo de la conciencia sincrética del tiempo que no sé qué es pero que dra Iratoni da por sentado que todos tenemos, vos podés percibir en un día cualquiera de tu vida, la época que en ese día preciso tiene mayor consistencia a partir del infundibulum cronosinclástico anterior. Cosa que nadie en Uunu se molesta en hacer, o casi nadie. Se los impide el hecho de que justamente todas las épocas están ahí como quien dice al alcance de la mano. Lo hacen o lo han hecho los historiadores o los filósofos o los sociólogos para demostrar algo, siempre discretamente y sin molestar ni meterse. O algunos chiflados o maniáticos que en Uunu son casi inexistentes así que no hay líos por ese lado. No sé si la sensatez de los neyiomdavianos de Uunu no viene de eso, de que conocen la consistencia del tiempo y de que saben que si quisieran podrían disponer de él.

—Pero esperate —le dije—, ¿entonces vos fuiste rebotando de aquí para allá, del futuro a los Capitanes y al neolítico porque eras extranjero y no estabas adaptado?

—Yo nací en Rosario, no en Uunu. No tengo conciencia sincrética del tiempo o si la tengo la tengo atrofiada. Y para colmo tengo la avidez, la angustia del tiempo. En mí el tiempo no es algo natural, parte de mí mismo, sino casi una matadura. En mí y en todos nosotros. Llegué a Uunu y quedé inerte por eso, flotando, digamos. Y cuando se venía al infundibulum cronosinclástico, allá iba yo a la parte más consistente de esa unidad temporal eterna e infinita.

—No quiero pensar mucho en el asunto. Es muy simple y muy complicado.

—Bastante. Y muy molesto. Ahora fijate que a la primera noche, cuando yo me acosté en la pieza ciento treinta y dos del hotel Continental y dra Iratoni y su familia se fueron a dormir en su casa, para mí, que no soy un nativo adaptado, siguió la mañana de muchos años después y amanecí en un hotel Continental que iba a existir en una ciudad distinta, con taxis robots y rascacielos. Al día siguiente, cientos de años después, bajo la tiranía paranoide de los Capitanes, y al otro la edad de piedra. Pero al siguiente, cuando volví a despertarme en la habitación ciento treinta y dos, dra Iratoni y familia despertaron a la mañana después de esa noche en la que yo había estado comiendo en casa de ellos.

—¡Pero cómo! ¿Y esos tres días en los que vos anduviste de un lado para otro en la historia de Uunu?

—Para ellos no existieron, o mejor dicho, no transcurrieron, porque existir siempre existen. Para ellos el infundibulum cronosinclástico de mi primera noche en Uunu fue un acontecimiento de todos los días que sus conciencias sincréticas del tiempo pueden ignorar. A mí me arrebató a cien o doscientos años después y allí hubo otro infundibulum cronosinclástico que me llevó a varios siglos después en donde hubo otro que me llevó a miles de años atrás y así hasta devolverme al mundo de dra Iratoni, por suerte. El me explicó además que tarde o temprano eso se iba a producir, y me mostró las cartas de ritmos que vienen a ser algo así como la tabla de logaritmos pero más gruesa que la guía de teléfonos de Tokyo y que predicen para dónde y a cuándo se mueven las partes más consistentes del tiempo cada noche.

—Me equivoqué —dije—, es más complicado de lo que yo creía. Pero decime, entonces ellos saben tanto lo que ha pasado como lo que va a pasar.

—Claro. Desde el punto de vista del conocimiento es muy útil. Y si necesitas algo que no se ha descubierto, te pones en trance o lo que sea temporal sincrético y lo averiguas porque las cartas de ritmos te indican cuándo va a ser más consistente esa época en la que vos supones que ya se sabe la cosa. Ahora, desde el punto de vista personal, con el buen sentido y la tranquilidad que tienen para todo, a nadie se le ocurriría espiar en el futuro para ver cuándo y cómo se va a morir o algo por el estilo. Creo que eso sería muy mal visto, no digo delictuoso pero sí como para descalificar a cualquiera.

—No, lo que yo te quiero decir es que si saben que va a venir algún día la dictadura de los Capitanes que por lo visto es bastante siniestra, ¿por que no hacen algo para modificar las cosas ahora y que eso no suceda?

Trafalgar me miró muy serio:

—¿Te aguantas otra vuelta de tuerca? —Y, sí, qué querés que haga.

—Te dije que te imaginaras el tiempo como una barra infinita y eterna de distintas consistencias, ¿no?

—Sí.

—Bueno, es posible que haya infinitas barras, infinitas y eternas, etcétera.

—Ay, no.

—Pensá en los universos arborescentes.

No dije nada: pensé en los universos arborescentes.

—Lo que en realidad coexiste no es el tiempo, un tiempo, sino las infinitas variantes de tiempo. Por eso los neyiomdavianos de Uunu no hacen nada por modificar el futuro porque no hay un futuro, no hay nada que modificar. Porque en unas de esas barras, de esas variantes, de esas ramas, los Capitanes no llegan al poder. En otra, el que llega al poder es ser Dividís. En otra Welwyn no se convierte en Nueva York. En otra no existe Ira Iratoni, en otra existe pero es un maestro de escuela solterón, en otra existe y es lo que es y como es pero no tiene una casa metida en el bosque y en el lago que si la ve Frank Lloyd Wright se suicida de la envidia, en otra yo no llego nunca a Uunu, en otra Uunu está deshabitado, en otra.

—Está bien —le dije—. Basta.

Marcos vino a traer café y yo le pedí uno chico para mí.

—¿En serio? —dijo Marcos—. ¿No quiere otro jugo de naranjas? ¿O un jugo de pomelos?

—No, en serio, un café. Necesito algo más fuerte que un jugo.

Marcos se rió y me dijo que me iba a traer un whisky doble y yo le dije que si me lo traía no volvía a pisar el Burgundy y él se rió otro poco. '

—Falta algo —le dije a Trafalgar—. Qué pasó con el cuenco de madera.

—Ya te cuento. Cuando Ira Iratoni terminó le dije que me iba ese mismo día y él me contestó que le parecía lo más prudente. Pero que me invitaba a almorzar a su casa y yo acepté. Le hice mandar flores a madame Ira Iratoni y fui y me encontré con toda la familia y lo pasé muy bien otra vez y el postre se sirvió en una fuente de cristal y no en cuencos de madera. Fui al hotel, pagué, saqué el equipaje y me fui al puerto y apronté el cacharro. El amigo Ira Iratoni fue a despedirme con dos compinches metidos en el comercio, de los que me había presentado esa mañana, me regaló unas botellas de vino de Uunu y largué amarras. Vendí la madera en Anidir XXII donde regatean como beduinos pero como allí la madera es artículo de lujo, como va a ser acá dentro de poco, los hice morder el freno y pagar lo que yo quería y me vine.

—¿Y el cuenco?

—Ah, el cuenco. Mira, yo pensaba volver a viajar una semana después. Pero a los tres días de llegar me los encontré a Cirito y a Fina en un concierto y me invitaron a comer al día siguiente. Vos sabes que yo a lo de Cirito prefiero ir cuando Fina no está, pero insistieron y tuve que decir que sí. Fui, y comimos en el jardín porque hacía bastante calor, casi como hoy. Cirito se dio el gusto de hacer un asado y sirvió la carne en tablillas de esas que vienen con una canaleta al costado y con cubiertos rústicos. Para no desentonar había redondeles de raffia para apoyar los platos, y el postre vino en cuencos de madera. No eran nísperos sin semilla

sino crema de chocolate con merengue arriba. Y cuando raspé con la cuchara rústica, de madera, el fondo del cuenco.

—Ya sé.

—Acertaste. Entonces, recién entonces comprendí lo que me había dicho dra Iratoni y adiviné mucho más. Creo que no sólo todos, en todas partes, tenemos conciencia sincrética del tiempo, sino que también en todas partes coexisten las infinitas variantes de lo que ha sucedido y va a suceder y sucede, y que quizás en algunos puntos y en algunos instantes se entrecruzan y crees recordar algo que no has vivido nunca o que podrías haber vivido o que podrías vivir y no vas a vivir, o como en mi caso con el cuenco, que llegas a vivir si se da la casi imposible coyuntura, no me animo a llamarlo casualidad, de dos entrecruzamientos en los que estás presente. Es un recuerdo, porque en alguna o en algunas variantes del tiempo ya lo viviste o lo estás por vivir, que es lo mismo. Y no es un recuerdo, porque a lo mejor en tu línea de variantes eso no ha sucedido ni va a suceder nunca.

—Vamonos —le dije—, paga y vamonos que por hoy tengo bastante.

Y mientras Marcos iba a buscar el vuelto, Trafalgar apagó el penúltimo cigarrillo, miró la tarjeta en la que me había dibujado las vetas del cuenco, se la metió en el bolsillo otra vez y me dijo:

—No te olvides que cada día es el mejor del año. No sé quién lo dijo pero estuvo bien.

—Ya me imagino a qué viene el consejo —le contesté.

Marcos trajo un montón de billetes en un platito, lo dejó sobre la mesa, saludó con la mano y se metió detrás de la barra.

En la calle seguía haciendo mucho calor.

—Te acompaño hasta la parada del ómnibus —dijo Trafalgar.

LA LUCHA DE LA FAMILIA GONZÁLEZ POR UN MUNDO MEJOR

—Ganancias excesivas, eso diría yo. Y en todo sentido, porque Edessbuss es un mundo amable donde todos encuentran motivo de risas y diversión en todo. Casi casi le entran ganas a uno de quedarse a vivir ahí, pero si uno conserva un poco de sensatez, cosa que no es fácil después de una semana de juerga, se da cuenta que divertirse dos semanas o un año o tres meses está muy bien, pero que divertirse toda la vida, para el que no nació ahí debe ser tan aburrido como laburar treinta años de oficinista en Ortauconquist o en la Tierra. Sí, disfraces, un cargamento de disfraces, caretas, antifaces, papel picado, serpentinas y globos, qué cosa. He vendido y comprado muchas cosas disparatadas en todos estos años, pero hasta entonces no había andado por ahí con cajones de máscaras y de lanzaperfumes. Yo ya conocía Edessbuss porque les compro la arcilla que vendo en Dosirdoo IX donde fabrican las porcelanas, las lozas y las cerámicas más finas de todo aquel sector, pero nunca me había quedado más de un día o dos, lo suficiente para la compra y la carga. Gente simpatiquísima, siempre de buen humor, fáciles para hacer amistad. Tengo un par de excelentes amigos allí, El Dueño de los Vientos Fríos y El Domador Más Recio de la Pálida Estrella Pálida. Sin contar a La Duquesa de Bizcocho ni a La Chica Esplendorosa, que son dos tipas formidables. No, no, se

llaman así, no son títulos ni sobrenombres. A los doce años cada uno elige su nombre definitivo y como tienen sentido del humor e imaginación y todo está permitido, los resultados son estupendos. Y eso no es todo. Conocí al Gigante Azul y Glauco, al Endemoniado por las Mujeres, al Ángel Arcángel Ultraángel, a La Salvaje Capitana de las Nubes de Tormenta, al Inventor de un Color Nuevo Cada Día, a la Emperatriz Obesísima, en fin, usted no lo creería. Claro, lo que pasó esta vez fue que hubo un inconveniente en Control de Vuelos en el puerto y me pidieron que suspendiera la partida, si podía, mientras ellos planificaban no sé qué de entradas, salidas y permanencias. Me quedé, por supuesto. Una semana de juerga, como le digo. Ahí me enteré que la cosa no había sido siempre tan fácil. Edessbuss fue un mundo inhóspito, casi muerto. En serio: es el único que gira alrededor de Edess-Pálida, una estrella asesina. Desprende tanta energía que quemaba plantas, animales, ríos y gente. Durante generaciones y generaciones, cientos, miles de años, los edessbussianos vivieron en tugurios semisubterráneos, peleando contra el calor, las sequías, las pestes, las inundaciones, el hambre, hasta que finalmente, con el ingenio aguzado al máximo por tanta desgracia, inventaron el Techo. No, le dicen el Techo pero es una pantalla, una cubierta anti-energía que rodea todo el mundo. Cuál es el principio teórico y cómo lo colocaron, eso no sé. Todos los que vamos a Edessbuss y somos muchos, la mayoría a divertirse y algunos como yo a hacer negocios, la atravesamos sin inconvenientes, ni nos damos cuenta. La energía de Edess-Pálida no pasa, es decir pasa hasta cierto punto: lo necesario para convertir a Edessbuss en un jardín lleno de lagos y de flores y de pájaros. Y entonces, como no podía ser menos, entonces desde hace quinientos años los edessbussianos se toman la revancha por todo lo que tuvieron que pasar los que vivieron antes del Techo. Todo el mundo se ríe, canta, baila, hace el amor, juega, inventa diversiones y bromas. Y yo fui la víctima de una de esas bromas. Pero no les guardo rencor. Una porque no se puede, son demasiado buenos tipos. Y dos porque el resultado fue más que interesante. Si yo fuera un sentimental, y a lo mejor lo soy, diría que fue conmovedor. Sí, a eso voy. Como le decía, me quedé una semana, en un bungalow de un hotel a orillas del lago del Rebote Próspero en donde había que resignarse a dormir salteado porque todas las noches estaban de fiesta. Claro que no hay un lugar en Edessbuss en donde no estén de fiesta todas las noches, así que daba igual donde me alojara. Y sin embargo saben hacer negocios, le aseguro. Entre risas y exageraciones y chistes pero no se les escapa una, da gusto. No, yo ya había entregado la mercadería, los disfraces y todo eso, y ya me habían pagado y muy bien, por eso le comentaba de las ganancias excesivas. Claro que no estaban haciendo beneficencia sino dándome el dulce para el próximo pedido y entonces ya veríamos, pero como yo lo sabía y ellos sabían que yo lo sabía, todos nos aprovechamos sin asco, ellos de los disfraces y yo de la guita y nos dedicamos a pasarla bien. El verdadero arte de la diversión, se aprende en Edessbuss: allí nadie rueda borracho debajo de la mesa, nadie vomita por haber comido demasiado, a nadie le da un infarto por tratar de superar records en la cama. No hay peleas, nadie se agarra a tortas con nadie por una mujer porque total puede disponer de todas las que quiera. Y como ellas pueden disponer de todos los hombres que quieran, están de buen humor y son cada vez más lindas y una de cuarenta le tira el chico al fondo con comodidad a una de veinte y las de setenta se pasean con aires de reinas del mundo y acceden, cuando tienen ganas, a enseñarles sutilezas a los de dieciocho. Pero sí, por supuesto que trabajan. Y estudian y miran por el microscopio y escriben novelas y dictan leyes. Como en cualquier otra parte. Solamente que el espíritu de la cosa es distinto: para ellos la vida no es una tragedia. Fue una tragedia, antes del Techo. Tampoco es una farsa; es una comedia alegre que siempre termina bien. Un juez puede largar una carcajada en medio de un juicio si el fiscal dijo algo que tenía gracia, y un físico atómico que es decano de una facultad puede preparar minuciosamente una cachada monstruo para sus alumnos, y si el mayor de los chicos le sacó el auto al viejo sin su permiso, el viejo se mata de risa y le pone media docena de sapos al crío en la cama y se esconde en el placard a ver qué pasa. Le aseguro que cuesta acostumbrarse. El primer día uno no sabe para dónde agarrar. Al segundo empieza a reírse. Al tercero imagina alguna broma o inventa un chiste, nada original todavía. Y al cuarto es un veterano. Calcule lo que era yo a la semana. Pero así y todo me hicieron pisar el palito. Esa última noche, para despedirme, El Domador Más Recio de la Pálida Estrella Pálida me llevó a una fiesta en lo de La Emperatriz Obesísima que tiene una especie de Babilonia con jardines colgantes pero más chica y ahí me hicieron caer como un chorlito. A medianoche dije que me iba a dormir, fijesé que tenía horario para salir temprano al día siguiente. Ahí nadie lo trata de convencer a uno de nada y nadie lo contradice: la cortesía es otra cosa. Si uno quiere irse se va, si quiere quedarse se queda, y cuando el dueño de casa opina que la fiesta se

terminó, dice hasta luego a todo el mundo y todo el mundo se las toma y a nadie le parece mal. Dije que me iba y se amontonaron a darme las buenas noches. Un muchachito muy simpático, El Juglar Loco del Agua Mansa, me preguntó para dónde rumbeaba y le dije que de vuelta a casa después de pasar por Dosirdoo IX y Jolldana.

—Lástima —dijo— porque Gonzwaledworkamenjkaleidos queda muy cerca y es una plaza fabulosa para el comercio.

Los otros estuvieron de acuerdo, demasiado de acuerdo y demasiado a los gritos pensé después, cuando ya era tarde. Pero en ese momento no me di cuenta porque me había llamado la atención el nombre.

—¡Qué! —dije—. ¿Cómo se llama eso?

—Gonzwaledworkamenjkaleidos —me repitieron.

—Ahí se puede vender cualquier cosa —dijo La Salvaje Capitana de las Nubes de Tormenta—, y los cascabeles de plata que fabrican son lo más lindo que he oído.

Cascabeles de plata, sí, cómo no. Pero la cosa me tentó. Pregunté dónde quedaba y el marido de La Emperatriz Obesísima que se llama Escudo de Fuego Rugiente en la Noche fue a buscar una guía de itinerarios. Me dijeron que en el puerto me iban a dar todos los datos y me preguntaron qué llevaba como para vender. Yo llevaba la arcilla, claro, pero eso era para Dosirdoo IX, y también llevaba anilinas, herrajes y caños de plástico. Y medicamentos.

—¡Eso! —gritó El Juglar Loco del Agua Mansa—. ¡Eso siempre les hace falta! ¡Medicamentos!

—Vitaminas —dijo alguien.

—¡Tónicos —palmeteaba La Emperatriz Obesísima—, tónicos, tónicos, tónicos, tónicos!

—Jarabes para la tos, antidiarreicos, anorexígenos, neurolépticos, vasodilatadores, pomadas dérmicas, laxantes, antimicóticos —me tiraban a los gritos con todos los tipos de remedios que se les ocurrían y se reían, claro, cómo no se iban a reír.

Conseguí llevarme a uno de ellos, El Decimosegundo Caballero de la Orden del Jubón a Cuadros, a un rincón, y preguntarle qué probabilidades había en el asunto. Me juró por su colección de gatos de bambú que en Gonzwaledworkamenjkaleidos podía vender lo que quisiera y sobre todo medicamentos porque se volvían Locos con la medicina y no regateaban. Todo lo cual, lamento decirlo, era básicamente cierto, aunque en este caso los matices eran importantes. De modo que la colección de gatos de bambú del Decimosegundo Caballero de la Orden del Jubón a Cuadros debe estar muy campante en su vitrina. Sí, al día siguiente me fui al mundo ése. Dormí bien esa noche a pesar de la música y los bailes del hotel, compuse el itinerario en el puerto y me fui. Fueron a despedirme La Chica Esplendorosa con su uniforme de jefa de enfermeras, La Emperatriz Obesísima antes de ir al estudio, El Domador Más Recio de la Pálida Estrella Pálida, apurado porque tenía una reunión de directorio en la fábrica, El Juglar Loco del Agua Mansa muy imponente como cabo de Policía, y otros que no me acuerdo. El Decimosegundo Caballero de la Orden del Jubón a Cuadros mandó un mensaje porque estaba de guardia en el hospital. No, gracias, sirvasé usted, yo nunca le pongo azúcar. Claro que estaba cerca, llegué en seguida. Es el cuarto de un sistema de seis, el único habitado, bastante grande, y se mueve a una velocidad normal. Empecé a bajar y a señalar buscando un puerto. No me contestó nadie. Y ni con eso me alarmé, vea qué idiota. Volé bajo, déle buscar un puerto, y nada. Me pareció raro, eso sí, pero no entré en sospechas: todavía estaba encandilado con el entusiasmo de los edessbussianos. Ya un poco con bronca, elegí una ciudad, chata, no muy grande pero sí la más grande que encontré, y bajé en el campo nomás, todo lo cerca que pude. Cuando me iba acercando al suelo, digamos doscientos, doscientos cincuenta metros, ¿con qué me encuentro? No se lo va a imaginar nunca. Con un aeróstato. Un globo, sí señor, parece mentira. Un globo más fulero que negro con moño, pintado de gris y con rayas mis oscuras, como camuflado. Zás, estos tipos están en guerra, pensé yo, y traté de acordarme si llevaba coagulantes, antibióticos y desinfectantes y si algo más podía servir en

caso de lío. Yo armas no vendo, es en lo único que no transijo. Todo lo demás sí, desde ganado en pie hasta diamantes de Quitiloe. ¿Vio alguna vez un diamante de Quitiloe? Mi amigo, no sabe lo que se pierde. Al revés de los nuestros, cuanto más chicos más caros. Usted se explica por qué cuando le alcanzan uno y lo tiene en la mano. El más chico que yo vi medía dos milímetros por dos milímetros y pesaba cinco kilos y medio. Hay algunos que miden un metro de largo y no pesan casi nada. Si pasan del metro los usan como espejos pero amurados porque si no flotan. No, qué iban a estar en guerra. Me di cuenta ya antes de bajar y dejé de pensar en coagulantes. Pasé cerca del globo y vi que colgaba una canasta de mimbre abajo y que adentro de la canasta iban tres tipos con cara de susto que me miraban y me señalaban. Los saludé con la mano y les hice una gran sonrisa pero ni me contestaron. Sí, cómo no. ¿Usted no toma más? Bueno, gracias. Bajé en pleno campo, muy cerca de la ciudad. Sujeté en posición de despegue, precaución que tomo siempre que llego a un lugar por primera vez. Hice un equipaje provisorio, puse papeles y documentos porque uno nunca sabe dónde se los van a pedir, salí del cacharro, conecté las alarmas y me paré con mi valija de mano en medio de un potrero. Todo eso me llevó un buen rato pero yo había hecho las cosas despacio a propósito para darles a los tipos de la ciudad tiempo suficiente como para acercarse. ¿Quiere creer que no apareció nadie? Yo en esos casos entro a desconfiar. Me ha pasado otras veces, no crea. En Eertament, en Laibonia VI, en Rodalizes y mucho me equivoco o en un par de mundos más.

Claro que puede no ser hostilidad y ni siquiera indiferencia, sino una norma de buena educación, más bien rara para nosotros. En Laibonia VI por ejemplo, donde me evitaron cuidadosamente durante un día entero, era increíblemente una muestra de interés, deferencia, e incluso respeto. En cambio en Eertament las cosas empezaron así y terminaron mal, muy mal. Entonces tomé algunas medidas. No uso armas; no sólo no las vendo sino que no las uso. Pero tengo un aparatito muy útil que me regalaron hace años en Aquivanida donde hay más animales que gente y algunos son peligrosos pero está prohibido matarlos, que se recarga solo, que se adapta a cualquier metabolismo y que hace estragos, reversibles y pasajeros, hasta que uno puede rajar. Lo fui a buscar, me lo colgué de la muñeca, agarré la valija y empecé a caminar para la ciudad. ¿Usted vio "La Kermesse Heroica"? Gran película. Ya les he dicho a los del Cine Club que me hago socio si me prometen que la dan una vez por año. ¿Se acuerda de las primeras escenas? Así era la ciudad. Se llamaba Gonzwaledworkamenjkaleidaaa. En serio, parece que uno no lo va a poder aprender nunca, pero eso es lo de menos. Los edificios eran groseros, chatos, viejones, fullerazos. Las calles estaban sin empedrar y había puentecitos de piedra para cruzar las acequias. Los animales andaban sueltos. Había un mercado en una plaza y la gente estaba vestida del modo más estrafalario: algunos parecían mandados hacer para la kermesse heroica, otros eran como trogloditas con pieles y todo, alcancé a ver dos muchachos con jeans y remeras y había otros que parecían los hermanitos menores de Luis quince. Paré a un tipo que tenía puesto un delantal de cuero sobre el pantalón y una camisa anticuada y le pregunté dónde había un hotel. No había hoteles. Empezamos mal, dije. ¿Una posada? No había posadas. ¿Un albergue?

No había albergues. ¿Un monasterio? Sí, oyó bien, un monasterio; hágame caso, si alguna vez va a algún maldito lugar en el que no hay hoteles ni fondas ni nada, pregunte por el monasterio. No había monasterios.

—Pero entonces —le digo al tipo—, ¿dónde se mete alguien que está de viaje?

—Tiene que pedir permiso en alguna casa —me dice, y se va.

Largué una discreta puteada por lo bajo y seguí caminando. Alrededor de la plaza ni pensar, mucho ruido. Agarré una calle de las que desembocaban en el mercado y caminé una cuadra. La gente me miraba pero les faltaba tiempo para hacerse los desentendidos. Si no hubiera sido porque todavía pensaba que podía vender algo, me vuelvo al cacharro y me voy. Pero siempre hay que asegurarse de que no se puede hacer nada antes de irse al mazo, yo sé lo que le digo. En eso veo a un tipo a la puerta de una casa ni mejor ni peor que las demás y me acerco y le digo que me han informado que allí no hay hoteles y que si me puede dar alojamiento. Tome, fume de los míos, eso sí, son negros. El tipo me miró con curiosidad pero con una curiosidad digamos amistosa, y creo que hasta empezó a sonreírme. Pero se puso serio y me dijo que iba a consultar. Se metió para adentro y me dejó en la calle. Aproveché para mirar toda la cuadra

y no vi nada nuevo, salvo una cara redonda en la ventana de la casa de al lado. La dueña de la cara me miraba sin disimulo y yo por si acaso le sonreí. La que se sonrió fue ella. No tuve tiempo de devolver el cumplido porque volvió mi posible anfitrión y me dijo que no, que no lo autorizaban. Así, nada de mire lo siento mucho pero. No, me dijo que no, que no lo autorizaban. Le dije que estaba dispuesto a pagar el precio que pidiera y ni me contestó y se metió de nuevo en la casa. Normalmente yo no hubiera dicho algo tan imprudente, pero aparte de que tenía plata de sobra, estaba decidido a entrar contra viento y marea en una de esas casas y ver cómo se manejaban estos tipos tan desagradables, que volaban en globos y no tenían puertos ni hoteles. Di dos pasos para ir a probar suerte en alguna otra parte y en eso se abrió la ventana de la casa de al lado y alguien me dijo hola. Sí, era la dueña de la cara redonda. Menos mal, pensé, y yo también le dije hola.

—¿Qué le dijo mi primo? —preguntó ella.

—¿Su primo? —dije yo—. ¿Ese señor es primo suyo?

—Claro. Todos somos primos en Gonzwaledworkamenjkaleidos.

—Ah, qué bien —atiné yo, un poco confundido.

—¿Qué le dijo? —Que no.

—¿Qué no qué?

—Que no me puede alojar.

Ella se largó a reír. Tenía una dentadura perfecta y era bastante linda, no muy joven, eso sí, y simpática. Por lo menos sabía reírse, no como todos ahí que andaban con cara de velorio, y cara de velorio, le aviso, era la expresión justa.

—Digamé señora —voy y le pregunto—, ¿usted no tendría lugar para alojarme?

—Yo sí —me dijo—, y mi primo también. Lo que pasa es que es un calzonudo. Espere que le abro.

Desapareció de la ventana y al ratito abrió la puerta y me invitó a entrar. Era una mujer de unos treinta y cinco a cuarenta años, no muy alta, generosa de cuerpo como de cara pero sin ser gorda. Dejé la valija en el suelo y me presenté.

—Yo soy Ribkamatia Gonzwaledworkamenjkaleidos —me dijo ella.

Me quedé duro.

—¡Cómo! ¿No se llama así este mundo de ustedes?

—Sí —me dijo—, y todos nos llamamos así: somos la familia Gonzwaledworkamenjkaleidos.

—Vea —le contesté—, para mí eso es muy complicado. ¿Qué tal si lo abrevio en González que es un apellido muy conocido en mi país?

Se rió y me dijo que ella no tenía inconveniente, y me mostró la casa. Por fuera era tan modesta, tan poco atractiva como las demás. Pero adentro seguía la kermesse. Los pisos eran de baldosas blancas y negras. En las ventanas había cortinas de encaje; los muebles eran sólidos, oscuros, simples pero cómodos. Y había mucha madera y mucha loza blanca y cobre por todas partes y todo estaba limpio y brillante. Me gustó. Pero no había luz eléctrica. No, no había. No se moleste, yo me sirvo. Excelente café éste. Sí, claro que me extrañó, pero he visto tantas cosas raras. Y uno aprende a no preguntar hasta qué no llega el momento. La casa tenía tres dormitorios, el de ella con una enorme cama matrimonial. Esperé que el marido fuera tan amable y simpático como ella pero no necesitaba preocuparme porque al ratito me contó que era viuda y vivía sola. Me ofreció otro dormitorio que tenía una cama más chica pero

bien provista, una cómoda con espejo, una mesa de luz, una butaca, una alfombra colorada y también cortinas de encaje en la ventana que daba al jardín del fondo. Le pregunté por el precio y me dijo una suma tan ridícula que me dio vergüenza. Y además me preguntó si quería carne o pescado para el almuerzo.

—Pero señora —protesté—, creí que el precio era solamente por el alojamiento. Yo contaba con comer en un restaurante.

—No hay restaurantes —me dijo.

Tenía que habérmelo imaginado. ¿Adonde me habían mandado estos cretinos de Edessbuss? Un mundo sin hoteles y sin restaurantes, sin pavimento, sin luz eléctrica, con gente triste y amedrentada que se desplazaba en globo, vamos. Claro que tal vez necesitaran medicamentos. E incluso anilinas o caños de plástico, ya veríamos. No dije nada y le pregunté si me podía dar un baño. Me dijo que cómo no y me indicó una puerta al final del pasillo. Y me convirtió en su más decidido partidario cuando agregó:

—Mientras usted se baña le voy a preparar una taza de café bien caliente.

—Sin azúcar y sin leche, por favor —le advertí mientras me metía en el baño.

Qué baño, madre mía. No porque fuera lujoso ni sofisticado: más bien parecía el baño de la casa de mi abuela materna, en la quinta de Moreno. Era enorme, con techo y paredes revestidos en listones de madera lustrada y piso blanco de baldosas. Los artefactos también eran grandes, muy grandes, de loza blanca, y la banadera estaba sobre una tarima de madera. Las canillas eran de bronce y brillaban como los diamantes de Quitiloe. Había una ventanita cerca del techo y toallas blancas con flecos en las perchas. Abrí una canilla con desconfianza, pero al rato tenía la banadera llena de agua caliente y me daba el baño más nostálgico de mi vida. Salí, hecho otro hombre, al pasillo que olía a café recién preparado. Me fui a la cocina, que era gemela del baño, y Ribkamatia González protestó porque ella quería servirme en el comedor pero yo me senté a la mesa de madera blanca y me tomé el café que estaba bárbaro. Le pregunté si no me acompañaba pero me dijo que no tomaba café: las mujeres suelen tener esa manía. Saqué un cigarrillo y debo haber vacilado un poco porque me dijo que no le molestaba que fumara, que ella no fumaba, que nadie fumaba en público en González, pero que yo era su huésped y a ella no le importaba. De modo que fumé y tiré la ceniza en un platito y hablé pavadas, y cuando terminé el café me convidó con otro, y cuando terminé el segundo café me puse a averiguar qué tenía que hacer para vender mi mercadería. Ella no sabía, pero le parecía difícil la cosa. Lo pensó un momento y me dijo que fuera a hablar con el alcalde y me explicó adonde tenía que ir y me preguntó cuándo quería almorzar. Muy agradable que a uno lo atiendan así, pero me pareció un abuso y como la mañana se terminaba, le dije que a la hora en que almorzara ella, que yo iba a estar afuera una hora más o menos. Puso una cara de que no me creía mucho pero dijo que bueno y fue a lavar la taza. Me despedí y salí. El primo González estaba de nuevo en la puerta y me miró como hacía un rato pero no lo saludé. Me fui a la plaza, ubiqué el edificio de la municipalidad o lo que fuera, entré y dije que quería ver al alcalde. No me preguntaron qué quería ni me hicieron hacer antesala. También, el alcalde no estaba haciendo nada. Estaba sentado frente a una mesa vacía y miraba desconsoladamente por la ventana. Nos saludamos, le dije quién era y él me dijo que era Ebvaltar González, bueno, no González sino Gonzwaledworkamenjkaleidos. Le expliqué que era comerciante y que quería un permiso de venta, y el tipo empezó a poner inconvenientes y a tartamudear. Entonces me saqué los medicamentos de la manga, es un decir, y le dije que tenía vitaminas, tónicos, jarabes para la tos. Se le terminó el desconsuelo y le agarró el pánico. No, no, de ninguna manera, cómo medicamentos, yo estaba loco, eso no se podía vender ahí, no estaba permitido, qué barbaridad, cómo se me ocurría semejante cosa.

—Maldito sea El Juglar Loco de las Aguas Mansas —dije acordándome de la escena en casa de

La Emperatriz Obesísima cuando ya me iba, y dándome cuenta, por fin, que todo había sido una broma de los amigos de Edessbuss; y aunque estaba enojado, casi me dieron ganas de reírme.

—¿Qué dijo? —me preguntó el alcalde. —Nada, no se preocupe, no tiene nada que ver con usted —le contesté—. Pero digamé, ¿por qué no se pueden vender medicamentos acá? ¿Para proteger la industria farmacéutica local?

—No, no —tartajeaba.

—¿Todo el mundo goza de buena salud?

—No, no —otra vez.

—¿Motivos religiosos?

—Por favor, señor, le voy a pedir, no se ofenda, ¿no?, le voy a pedir que se retire porque tengo una audiencia dentro de cinco minutos.

Y ahí me di cuenta de otra cosa. ¿Cómo sabía el 'alcalde, aparte de que lo de la audiencia era macanas, cómo sabía lo de los cinco minutos si no tenía reloj ni había relojes en la oficina ni en toda la municipalidad, ni tampoco en lo de la señora Rib-kamatia que con toda seguridad también era prima de él? ¿Cómo sabía? Pero lo dejé pasar.

—Está bien —le dije—, ya me voy. Pero supongo que si no puedo vender remedios podré vender herrajes o caños de plástico o anilinas.

—No sé, no sé —me dijo y me empujaba para el lado de la puerta—, no sé, habrá que ver si nos autorizan.

—¿Si los autorizan quiénes? —le ladré ya con la puerta abierta y a medias en el corredor—. ¿Usted no es el alcalde acá?

—Sí, por supuesto, sí —decía el tipo—, mañana le contesto, vuelva mañana, ¿quiere? —y me cerró la puerta en el hocico.

Claro, me fui, qué otra cosa iba a hacer. Recorrí la ciudad, que no me llevó mucho tiempo, mirando todo y acordándome con rabia y un poco de risa de Edessbuss, mirando las polleronas largas y abullonadas de las mujeres, los zuecos, los sayos y los calzones cortos de los hombres, mirando a algunos que iban con gorguera y sombrero emplumado, mirando a otros con túnicas de lienzo barato y descalzos, mirando a esos que llevaban unas pieles cortonas como toda vestimenta, y sin saber a qué venía semejante mescolanza. A lo mejor eran extranjeros. Nadie parecía muy contento; ni los turistas, si lo eran. Calculé dónde se podría meter tanta gente, porque la ciudad estaba mucho más poblada de lo que había parecido. Pensé que había muy pocas casas para semejante cantidad de personas, pero no era asunto mío. Vagué un poco, preocupado con lo que sí era asunto mío, porque El Juglar Loco y La Chica Esplendorosa y La Emperatriz y El Décimosegundo Caballero me habían hecho pisar el palito pero yo no pensaba irme sin haber vendido algo, aunque al final lo que hice fue regalar algo, y dándole tiempo a Ribkamatia para preparar su comida que como yo no le había dicho nada vaya a saber si sería carne o pescado. En eso me acerqué a la plaza y anduve entre la gente que vendía cosas a ver si había allí algún secreto. Si había, yo me iba a dar cuenta: hace más de veinte años que vendo y compro y conozco todos los trucos. Casi todos. Le puedo asegurar que no había nada raro. Se vendía y se compraba como en todas partes, pero solamente ahí en el mercado. No había otras tiendas o negocios. Me hice el que quería comprar un cinturón, y después de regatear un rato en el mejor estilo, le pregunté al dueño del tinglado cómo se hacía para conseguir un permiso de venta.

—El alcalde, no sé, habrá que ver si puede, yo, claro, no sé, usted entiende —y se puso a mirar para otro lado.

Le compré el cinturón, pobre tipo, al fin y al cabo era un colega en desgracia, y aunque el cuero era berreta y la hebilla estaba torcida, pedía chirolas. Pagué y seguí caminando y del otro lado de la plaza elegí en seguida otro puesto para seguir haciendo averiguaciones. Lo atendía una muchacha que vendía encajes, qué belleza. La muchacha, no los encajes. Tenía el pelo castaño atado en la nuca con un rodete y las orejas más lindas que he visto y mire que no es fácil encontrar orejas lindas, es como con las rodillas, y ojos castaños grandotes y una figura espectacular que se adivinaba bajo la pollera larga floreada y la blusa blanca muy cerrada y el cinturón ancho de terciopelo con ballenas que casi era un chaleco atado con cintas que se cruzaban adelante. Me fui arrimando despacito y me puse a mirar los encajes que me interesaban un corno hasta que entré en conversación y le dije que era de afuera y que cómo se llamaba ella y cuando le dije mi apellido me miró fijo y me dijo que ella se llamaba González, cuándo no, y de nombre Inidiziba. Le ponderé el nombre y los ojos, y ya que estaba también las manos, pero a las orejas no me les animé por más que ganas no me faltaban de decirle algo, porque no parecía muy dispuesta a darme calce. Al final, después de mucha finta y mucho verso, cuando ya estaba por mandarla al diablo, conseguí que aceptara encontrarse conmigo a la noche. A la noche a qué hora, le dije, y me acordé de los relojes, mejor dicho de la falta de relojes.

—Cuando lea bien de noche —me dijo como si eso significara algo—, en el jardín de mi casa —y me señaló dónde quedaba y después por poco me echa a escobazos.

No le voy a decir que no, un buen café ayuda a pasar cualquier cosa, hasta el lío de los González, y éste le corre parejo al que hacía Ribkamatia González, se lo aseguro y es mucho decir. Y cómo cocinaba. Del puesto de la encajera me fui derecho a su casa donde ya estaba la mesa puesta. En el comedor y para mí solo. Admití lo del comedor aunque estaba seguro que no se usaba nunca, pero no quise sentarme si ella no se sentaba conmigo a comer. Fue un almuerzo espléndido. Pescado con verduras. Simple, ¿no? Déjeme que le diga que es así, con las cosas simples, como se ve la mano de la cocinera. Un plato complicado es engañoso: en el fondo puede haber nada más que una buena receta y mucha paciencia. Pero si un pescado al horno con verduras cocidas está como para ponérselo adelante a Su Majestad Serenísima el Emperador de la China sin peligro de decapitación o ahorcamiento, entonces la cocinera es una sabia y yo me saco el sombrero. Comí dos platos, yo, que sostengo que el mejor homenaje que se le puede hacer a una comida es levantarse de la mesa con hambre. Y de postre me sirvió una crema ácida con azúcar negra por encima, que el Emperador le regala a uno el título de Maestro de la Gran Muralla si llega a tener el privilegio de probar un bocado. Y me tomé no sé cuántas tazas de café. Mientras ella se iba a lavar los platos le pregunté si no tenía un diario a mano. No me entendió. Periódico le dije, y nada. Le conté lo que era un diario. Como era de esperar, no había diarios en González. Me lo tenía merecido y me dije que me tenía que acordar de llevar a Edessbuss la próxima vez que fuera, varios kilos de bombones rellenos de laxante. No sería muy sutil pero correspondía exactamente a mi estado de ánimo y ellos también se lo iban a tener merecido, qué tanto. Así que me fui a dormir la siesta. Dormí hasta las seis de la tarde: yo sí tenía reloj. Al salir de mi dormitorio oí que Ribkamatia González hablaba con alguien, con un hombre, en la habitación del frente, y me pareció que estaba enojada, muy enojada. Soy discreto. A veces. Me metí de nuevo en el dormitorio, esperé un par de minutos y volví a salir haciendo mucho ruido pero ya no se oían las voces y ella me preguntó desde la cocina si quería un poco de café. Qué le parece que le dije. Nos sentamos junto a una ventana, yo a tomar café y ella a coser, y me preguntó qué tal me había ido con el asunto de las ventas. Claro, durante el almuerzo había estado ocupado alabándole la comida, que no le había hecho la crónica. Le conté y le dije que veríamos al día siguiente, en la nueva entrevista con el alcalde. Suspiró y dijo que su primo el alcalde era una buena persona pero que no tenía carácter, por eso era alcalde. Me pareció una observación contradictoria pero no discutí.

—Es una verdadera desgracia, señor Medrano —me dijo—, una verdadera desgracia.

—¿Que su primo el alcalde no tenga carácter? —pregunté.

—No, no —me dijo sin sacar los ojos de la costura—, hablo en general.

Más que discreto creo que soy oportuno. Eso es, oportuno. Se quedó un momento callada y yo no pregunté nada porque se me hacía que iba a seguir hablando. Dio unas puntadas, cortó el hilo con una tijera de hojas muy finas y muy largas, enhebró otra vez la aguja y, clavado, siguió:

—Porque imaginesé todo lo que podría hacerse aquí, todo lo que ya podríamos tener porque gente capaz no es lo que falta, con esos muchachos que se sacrifican estudiando, investigando, inventando y probando cosas a escondidas.

Yo no sabía de qué estaba hablando y ella suponía que sí, y esta vez tampoco pregunté, no de discreto sino porque me sentía demasiado en paz y algo iba a empezar a funcionar mal si yo metía la pata.

—Luces —dijo ella—, luces eléctricas y hasta atómicas, automóviles, aviones, inyecciones, submarinos, teléfonos, televisión, hospitales, máquinas de coser, todo eso. Y lo único que podemos hacer es enterarnos de que existen en otros mundos gracias a lo que pueden averiguar y hacer saber en secreto los malos hijos —me miró—. ¿Todavía no se pusieron en contacto con usted?

—¿Quiénes? —pregunté como un idiota. —Los Malos Hijos —esta vez me sonó correctamente, con mayúsculas.

Ella se había levantado a encender dos lámparas de aceite.

—Ah —dije un poco vacilante que ni las llamas de las lámparas—. No, no, todavía no.

Volvió a la costura.

—Ya los va a encontrar. Pobre gente, hacen todo lo que pueden.

Cosió otro rato, callada, y yo tampoco hablaba. Después dejó la costura y se levantó. Ya era de noche, bien de noche.

—¿Qué quiere que le prepare de comer? —me preguntó.

—Vea señora —le dije—, déjeme preparado algo liviano, porque ahora voy a salir y no sé a qué hora voy a volver.

—Ah —dijo con una sonrisa cómplice.

Después supe que ella no había estado pensando en la chica de los encajes ni en ninguna chica, sino precisamente en los Malos Hijos.

—Le voy a preparar un huevo relleno —dijo y se fue para la cocina.

Un huevo relleno era tomar demasiado al pie de la letra lo de algo liviano, pero no era un huevo de gallina ni de un animal del tamaño de la gallina, sino un huevo de plasco. El plasco es un mamífero ovíparo parecido al farfarfa de Pilandeos VII, así que imaginesé el tamaño del huevo: no pude comer ni la mitad. Pero cómo no; eso sí, me gustaría que me acompañara. No, yo gastritis jamás. El día que me dé gastritis tengo que parar definitivamente el cacharro. Hay lugares en los que no se puede andar eligiendo la comida: en Emeterdelbe por ejemplo, o uno digiere las malditas tortas, tortas de sede, tortas de felepes, de estelte, de resne, tortas de todo lo que se pueda imaginar, siempre fritas en grasa de pelende, o uno se muere de hambre. Y en Mitramm hay que tener un estómago de fierro para aguantar la carne de. ¿Eh? Sí, me imagino, yo también estaba intrigado. Así que le dije hasta luego y fue a la puerta a despedirme, con los cachetes sonrosados por el calor de la cocina a Señá. Se me ocurrió que debía haber sido una belleza cuando joven, no hacía mucho, y le eché una mirada de aprobación y como no era sonsa se dio cuenta y se rió de mí. Tal vez también se rió porque le gustó que la mirara así. Me fui. Atravesé la plaza en la que había a pesar de que ya era de noche una enorme cantidad de gente que parecía no estar haciendo nada. Todo estaba oscuro,

salvo por alguna antorcha en alguna esquina. Yo llevaba una linterna y por supuesto el freno de Aquüivanida sujeto a la muñeca. No, yo le digo el freno por el efecto que hace; ellos le ilaman recensor apical molecular, ram. Llegué a la casa de la chica, di la vuelta, salté el tapial y me metí en el jardín. Me pareció que no había nadie. Era un jardín descuidado, no como el de Ribkamatia, y me metí detrás de un arbusto que necesitaba con urgencia las tijeras de podar y esperé. Casi me duermo parado. Como a la media hora o más, sentí que alguien me agarraba del brazo. Debía haberse acercado como un gato porque yo no había oído pasos. Del julepe no alcancé a manotear la linterna ni el freno. Pero me pegaron un chistido: era la belleza de los encajes.

—Hijita —le dije—, pisas con más cuidado que equilibrista gordo. No te oí llegar.

Me apretó el brazo de nuevo y me chistó de nuevo y me llevó a tientas a un rincón en donde había un banco mientras yo pensaba con qué me convenía empezar, si con el arrime sentimental o con el hábil interrogatorio: me pareció que lo mejor era combinar la información con el placer. Pero no hubo caso por ninguno de los dos lados. Por el lado del placer no pude, ya no digo llevármela a la cama que era lo que cualquier tipo normal hubiera querido hacer, sino ni siquiera tocarle el meñique de la mano izquierda, porque era hosca, desconfiada, un poco tonta, y tenía miedo. Y por el lado de la información, por esos mismos motivos no quiso decirme nada y hasta sugirió que yo le estaba tomando el pelo o que quería hacerla caer en una trampa. Todo lo que pude saber fue que no me dejaba ni acercarme ni cantarle mi amor eterno y que no quería contarme nada porque su abuelo, su abuela, su bisabuelo y sobre todo su tatarabuela, se lo habían prohibido.

—Caramba —le dije—, qué familia de longevos la tuya.

Se enojó. Se enojó tanto que hasta hizo ruido al levantarse del banco y me dijo que me fuera inmediatamente. No la pude convencer ni prometiéndole que me iba a mantener a cinco metros de distancia. Y bueno, pensé, que se muera, la que se embroma es ella. Ya ni siquiera le tenía ganas, tenía ganas de una mujer pero no me hubiera acostado con esa pavota por nada del mundo. Lo que estaba era cada vez más intrigado, y con eso también me tuve que ir en ayunas. La chica me dejó plantado y corrió para el lado de la casa y yo entonces agarré para el tapial. Y en eso veo que no habíamos estado solos: había una mujerona con cara de víbora que no podía ser la tatarabuela porque no era tan vieja, cerca del lugar en el que yo había estado escondido, y dos tipos, uno sí lo bastante viejo como para ser su abuelo, y otro más joven, y los tres tipos me miraban con ojos de verdugos. No esperé a ver quiénes eran o qué querían. Salté el tapial y me fui con la bronca del mundo. Las casas estaban oscuras y cerradas pero las calles y la plaza estaban llenas de gente silenciosa que iba y venía o se sentaba en los bancos o se paraba en las esquinas y miraba para todos lados. Ribkamatia había dejado una lamparita de aceite ardiendo en el hall. La agarré y me fui a la cocina donde atacqué el huevo de plasco que estaba riquísimo pero era demasiado para mí: nunca como en exceso y menos antes de irme a dormir. Será por eso que no tengo gastritis. En eso hubo un ruido de pasos en el corredor oscuro y apareció ella y me dijo que me había estado esperando para poner la mesa. Le agradecí pero le dije que no lo volviera a hacer y nos sentamos en la cocina y despanzurramos lo que pudimos del huevo relleno. Se moría de curiosidad pero no me preguntó nada y yo no estaba de humor para contarle el chasco que me había llevado. Me hizo café y me lo tomé y me sentí mejor. Dije que me iba a acostar y ella se levantó. Agarré la lámpara y enfilé para el dormitorio. Abrí la puerta, le di las buenas noches y allí mismo hice lo mejor que había hecho en mucho tiempo: levanté la lamparita de aceite para verla bien y con la mano libre le acaricié la cara. Ella me hizo una sonrisa dulce. No me gustan los adjetivos pero la sonrisa era dulce, qué quiere, dulce y plácida. Ella abrió la puerta de su habitación y yo no iba a ser tan lerdo como para meterme en la mía. Sí, dormí con ella, lo que dormí, que fue lo justo. Ninguna vendedora de encajes, ninguna chica por esplendorosa que fuera, ninguna amazona, ninguna señorona aburrída de su marido viejo, ninguna adolescente ni reina de ocho reinos ni profesional ni esclava ni actriz ni conspiradora hambrienta ni nada, ninguna encontré, de ninguna me acuerdo que supiera como ella lo que quería un hombre en la cama, no un macho, un hombre. Por lo que hubo esas noches entre los dos, podríamos haber estado casados desde hacía años y años y podríamos habernos acostado juntos cientos de veces, cada una como la primera o la segunda, y todo iba a andar siempre bien y no habría por qué

preocuparse. Cómo será que no me gusta hablar mucho de ella. Era ya casi de madrugada cuando me quedé bien dormido, y me pareció que no habían pasado ni cinco minutos pero debía ser tarde porque el sol empezaba a entrar por las rendijas de los postigos, cuando me despertaron un ruido y un grito. Me senté en la cama y vi a un tipo con la cara torcida y congestionada por la rabia, parado en la puerta abierta. Ribkamatia abrió los ojos pero no se asustó: solamente lo miró como diciendo ufa ya venís a joder de nuevo mientras el coso resollaba con la mano en el picaporte. Ella le dijo muy tranquila:

—¿Y ahora qué pasa?

El la insultó prolijamente pero sin usar ninguna palabra que no hubiera podido decir el arzobispo de Santiago de Compostela un jueves santo por la tarde. Me hizo acordar a un cura que nos daba religión cuando yo era chico. Yo estaba, como usted comprenderá, en inferioridad de condiciones: desnudo, medio adormilado, en casa ajena y en cama ajena y sin saber qué derecho tenía el vociferante ése para entrar al dormitorio. No me gustó que la llamara inmundada pecadora y otras cosas de laya bíblica, de manera que me levanté y lo insulté yo a él pero sin cuidar las palabras, al contrario. El tipo ni me hizo caso, parecía que la cosa era con ella, y tanto que se acercó a la cama e hizo ademán de pegarle. Ah no, mi amigo, delante mío no: si alguien le quiere pegar a una mina y la mina es tan estúpida como para dejarse, no es cosa que a mí me importe, pero que yo no ande por ahí porque se arma. Lo agarré del hombro, lo hice dar una vuelta y le encajé una trompada. Trastabilló y se me vino al humo. Era más bajo y más corpulento que yo, pero si él estaba enojado, yo estaba más enojado que él. Le di un par de tortas y le amagué con otra a la cara buscando que se cubriera para alcanzarlo en el estómago, tirarlo al suelo y patearle la cabeza. Sí, estaba furioso y cuando estoy furioso no soy un caballero del ring. El también estaba furioso, claro, pero por el costado teológico, y no hay nada como la teología para quitarles eficacia a los puñetazos, así que yo llevaba las de ganar. El se dio cuenta y manoteó la tijera larga que estaba sobre la cómoda y se me abalanzó. El tampoco era un caballero del ring, lamento decirlo, que en paz descansa. Lo agarré de la muñeca, se la retorció hasta que crujió, y le quité la tijera. Se me tiró encima, coraje no le faltaba, y yo paré con la derecha pero en esa mano tenía la tijera. Se la hundí hasta el fondo en medio del pecho y el tipo cayó. Me quedé helado. Y más cuando la miré a Ribkamatia creyendo que la iba a encontrar medio desmayada, pálida y tapándose la boca con la mano, y vi que estaba lo más bien: fastidiada le diría, impaciente, pero no asustada. Tal vez yo haya matado alguna vez, no le digo que no y tampoco le digo que sí, pero si en algo creo es en el non possumus. Durante un segundo cargué con todas las culpas de todos los sentenciados al castigo eterno, y al segundo siguiente, cuando lo miré al tipo muerto en el suelo, vi que se levantaba, casi como si no hubiera pasado nada a no ser por la tijera clavada a la altura del corazón, y vi cómo se la arrancaba sin dejar rastros de la herida, sin herida, ¿se da cuenta?, y cómo se sacudía la camisa y los pantalones y cómo dejaba la tijera sobre la cómoda y se iba mirando para atrás y mascullando cosas, más insultos creo, aunque yo no lo oía. La puerta se cerró y yo me senté en el borde de la cama.

—Este imbécil no aprende nunca —dijo Ribkamatia y me pasó la mano por la cabeza.

—Quién es —le pregunté.

—Mi marido —dijo ella.

La miré, a ella, tan linda y fresca, tan linda:

—¿Pero vos no sos viuda? ¿No está muerto tu marido?

—Claro que está muerto —dijo—, y ya le he dicho mil veces que yo no soy una flojona y que a mí no me va a seguir mandando, ni él ni ninguno.

—Ribka —le dije sintiéndome de repente perfectamente tranquilo—, quiero que me expliques cómo un muerto puede estar vivo y venir a pelear con el amante de su viuda.

—El es igual a todos —dijo ella—, no lo puede evitar el pobre.

—Todos los muertos están vivos —dije.

—Están muertos pero es como si estuvieran vi vos —y me miró un ratito sin decir nada—. Entonces, ¿no sabías?

—No —le dije—. Creías que yo sabía pero no. ¿Quiénes son los Malos Hijos? ¿Qué son los muertos? ¿Zombies? ¿Vampiros? ¿Por qué no hay electricidad ni relojes? ¿Todos los que andan por la calle están muertos? ¿Por qué no puedo vender medicamentos?

Se rió. Me abrazó, me hizo acostar otra vez al lado de ella y me contó. En González la gente se moría como en cualquier otra parte, pero no se quedaba finada y quieta en el cajón como un difunto bien educado. Ni siquiera había cajones. Tampoco nichos ni panteones ni cementerios ni funerarias, para qué. Los muertos se levantaban al ratito nomás de haberse muerto y se dedicaban a joder a los vivos. Se morían sin broma: se les paraba el corazón y la sangre no circulaba y no había más funciones vitales, pero ahí estaban, en las calles, en la plaza, en el campo, o instalándose de a ratos en la casa de la familia o metiéndose quién sabe dónde. Solamente que no eran distintos nada más que en lo fisiológico. Distintos por rabia o por resentimiento, por muerte: ellos querían que las cosas siguieran como cuando ellos estaban vivos y por lo tanto querían que los vivos vivieran como los muertos. No permitían que pasara nada que alterara la vida que ellos habían conocido. Con los antepasados comunes siempre entre ellos, así como quien tiene una tía abuela sorda viviendo en el altillo de la casa, era lógico que todos siguieran siendo de la misma familia, y que todos fueran primos y que todos se llamaran González. Claro, como había muertos muy antiguos, las caras de monos envueltos en pieles, pero también había muertos recientes, los nuevos transaban con algunas cosas que a su vez, cuando estaban vivos, habían conseguido imponer en contra de los deseos o las órdenes de los muertos que ellos habían tenido que aguantar. Por eso había agua corriente por ejemplo. Pero no había médicos ni hospitales ni remedios porque los muertos querían que los vivos pasaran cuanto antes a ser muertos. Y cuanto menos romance hubiera mejor, menos matrimonios, aunque qué tiene que ver el romance con el matrimonio es algo que no alcanzo a comprender como no sea un riesgo que hay que saber cuerppear, pero los muertos tienen una idea muy particular al respecto, menos hijos, menos vivos. En suma, que González iba camino de ser un mundo de muertos. A eso iba: hace cientos de miles de años pasó por ahí un cometa y la cola rozó a González y parece que le gustó la vecindad porque vuelve cada cinco años. No me acuerdo cómo se llama el cometa ni si tiene nombre: probablemente no porque no tuvo nombre la primera vez que pasó. Cada cinco años renueva el fenómeno de supresión de algunas características de la muerte, pudrirse decorosamente por ejemplo y no aparecer más por ningún lado como no sea en la mesa de tres patas de algún chanta. Por lo menos ésa fue la explicación que me dio Ribka y que todos aceptaban como buena. No parece haber otra: debe haber algo en la cola de ese cometa y no tengo interés en averiguar qué es. No me lo imagino a Dios Padre decretando que los muertos de González tienen que seguir jodiendo a los vivos para toda la eternidad. ¿Los Malos Hijos? Los que contestan mal y desobedecen a papá y a mamá, los rebeldes, los que conspiran, y usted reconocerá que no es fácil, contra los muertos. Organización clandestina pero no mucho porque no se puede hacer nada totalmente escondido de tantos muertos entre los cuales algunos fueron Malos Hijos cuando estaban vivos; organización que trazaba planes, favorecía el estudio, la resistencia, la investigación y la curiosidad. Volaban en globos, ¿se acuerda?, para coordinación e información de ciudad en ciudad, pero en secreto. Cada vez que los muertos encontraban un globo lo destrozaban. Yo había pescado a uno que no había alcanzado a bajar antes que amaneciera y me había parecido que estaba camuflado. Estaba camuflado. No, por supuesto que no, los muertos no eran superhombres, no contaban más que con las facultades que habían tenido estando vivos: no podían impedir que llegara gente de afuera, pero podían obligar a algunos de los vivos, a los calzonudos como decía Ribka, a que no les dieran bola, ni los alojaran, ni les dieran de comer ni les facilitaran nada. Los que llegaban se iban lo más pronto posible. Pero los Malos Hijos conseguían hablar con ellos y tener noticias de lo que hay en otros mundos. Es que los muertos amenazaban a los vivos con matarlos si no les obedecían. Parece sin embargo que no podían hacerlo, que nunca un muerto había matado a un vivo, de otra manera González estaría poblado de muertos desde hace siglos. Es posible que no pudieran. Pero por si acaso los vivos obedecían. No todos: fíjese en Ribka y en los Malos Hijos. Y los vivos no querían pasar a ser muertos, uno porque a nadie le gusta morirse y

otro porque sabían en qué se convertirían. Ya ve, el miedo perfecto. Sí, esa gente rara que había por la calle estaba muerta y los que encontré en el jardín de la chica de los encajes estaban muertos. La mujer no tan vieja era la tatarabuela que había muerto a los cincuenta y ocho años, y el tipo más joven era el bisabuelo que había muerto a los treinta y siete y el viejo más viejo era el abuelo que había muerto a los setenta y seis. Muchos de los vivos se dejaban manejar por los muertos, como el alcalde y la chica de los encajes y el vecino de Ribka. Pero otros no. Peleaban como podían, pero peleaban. Y yo, que como dice mi amigo Jorge que es poeta pero buen tipo, soy un romántico y me duele el pecho con dolores fuertes ante ciertas cosas, yo, que había pasado con Ribka la noche más linda de mi vida, salí al ruedo a pelear yo también. Me senté en la cama y le dije:

—Ribka, vamos a hacer el amor otra vez, porque me gusta hacer el amor a la mañana y me gusta hacer el amor y me gusta con vos, y después vamos a bañarnos juntos y a tomar café juntos y nos vamos a emperifollar y vamos a ir a buscar a los Malos Hijos pero antes vamos a pasar por el cacharro.

Me gustaba cómo se reía. ¿Quedará un poco de café? Gracias. Eso quizá sea también un abuso pero la ocasión lo merece, contando estas cosas. Cuando salimos a la calle estaba el primo González en la puerta de al lado y yo me le acerqué, le di la mano y le dije hola qué tal cómo está, linda mañana, ¿no le parece? y él me miró como si yo me hubiera vuelto loco y nos fuimos caminando Ribka y yo. No solamente mercadería llevo en mis viajes. Llevo de todo, si le cuento no termino más. Abrí el cacharro y ahí nos metimos y empezamos a revolver. Le di a ella dos relojes, uno de pulsera para que usara y otro para su casa, y empaqueté un reloj grande para la municipalidad porque el gobierno, aunque sea municipal, tiene que dar el ejemplo. Ella no tenía miedo y los iba a usar, pero al otro le dije que lo guardara, que no lo iba a tener que tener escondido mucho tiempo. Le regalé un vestido corto de seda amarilla muy escotado y sin mangas, que le había encargado que me comprara a una amiga de Sinderastie para regalarle a la hija de un comerciante de Dosirdoo IX al que le debo atenciones. Le regalé una batidora eléctrica jurándole que la iba a poder usar. No, no estaba seguro todavía, pero era razonable pensar que sí, y sobre todo, yo quería creer que sí. Y le regalé un diamante de Quitilo. Quizá ya lo haya vendido como le aconsejé, y se haya ido en un crucero de lujo de vacaciones a Edessbuss y a Naijale II y a Ossawo. O quizá lo haya guardado porque yo se lo di. Las dos posibilidades me gustan. De ahí, cargados con los paquetes, nos fuimos, dando muchos rodeos, a una casa de las afueras de la ciudad, donde ese día se reunían los Malos Hijos. Ella estaba en contacto con ellos, no formaba parte de la organización porque era demasiado independiente y no aceptaba directivas ni de los muertos ni de los vivos, pero conocía cada lugar en el que se reunían y que por precaución cambiaban todos los días. De vez en cuando los muertos los encontraban, pero en general se las arreglaban bastante bien. Buena gente, algunos de ellos desesperados, pero todos cabezas duras y luchadores. Ribka les habló de mí y resultó que esa misma mañana ellos me andaban buscando en la ciudad. Les dije que necesitaba hablar con ellos, que cuantos más fueran mejor, y que por una vez no se preocuparan de los muertos. Se las arreglaron para hacer llamar a todos los que pudieron y para mediodía había un grupo imponente, casi parecía una manifestación. Me subí a una mesa y dije rápidamente porque ya avisaban los centinelas que se acercaban los muertos, lo que se me había ocurrido. Pescaron la idea en seguida y al rato había allí una gritería infernal. Yo quise calmarlos pero era muy difícil y entonces dije qué me importa, será la primera vez que estén contentos. Y esperaba que no fuera la última. Los muertos llegaron y empezaron a husmear y a amenazar pero el clima había cambiado. Nadie les dio mucha pelota como no fueran algunos muchachos que les gritaron cosas, no precisamente piropos. Lo que puede la esperanza, mi Dios. Se habían vuelto, no digo valientes porque siempre lo habían sido, sino animosos y hasta alegres. Ribka se volvió a su casa, yo la besé y le dije hasta luego, y me fui al cacharro con una delegación de los Malos Hijos. Arranqué para el lado de Edessbuss. Y allá llegamos, en plena fiesta de carnaval. Los que terminaban el turno de trabajo en el puerto, se ponían los antifaces y los trajes de El Zorro y El Bucanero Invencible, agarraban las serpentinas y el lanzaperfumes y se iban a bailar. Fue un lío encontrarlo al Juglar Loco del Agua Mansa pero nos apostamos en su casa después de recorrer una docena de milongas, y lo esperamos. Llegó con una odalisca y una bailarina húngara, muy lindas, muy pintarrajeadas, pero no tenían nada que hacer con Ribka. Sí que se extrañó de verme, pero me recibió como se recibe a los amigos en Edessbuss. Ahí nomás le dije que le iba a hacer pagar la cargada de

vender medicamentos en González. Para empezar, él me tenía que poner en contacto con los encargados del Techo. El pobre, todo enlatado, disfrazado de robot, no entendía mucho, pero le presenté a los Malos Hijos y le dije que ellos necesitaban unos informes. Urgentemente, le dije. Entramos. Se bañó, se cambió, las dos minas se tumbaron a dormir en un sofá y nos fuimos. Al Instituto Superior de Tecnología y Protección del Ambiente. Allí, delante de unos cuantos individuos muy amables que no estaban disfrazados pero me juego la cabeza a que lo habían estado hasta medianoche por lo menos, expusimos el caso de González, que todos conocían, algunos bien, otros mejor o peor. Y yo propuse la solución, temblando, no fuera que me dijeran que no se podía hacer. Pero dijeron que sí. No sólo dijeron que sí sino que se entusiasmaron y empezaron a tocar timbres llamando a ingenieros, proyectistas, calculistas, ecólogos y yo qué sé qué más y una hora después estaban dibujando y sacando cuentas como locos. No le robo más tiempo: al día siguiente nos volvimos a González, y detrás de mi cacharro, que el pobre parecía un pez guía raquíptico delante de tres tiburones gigantes, venían tres cruceros pesados llenos de técnicos, obreros y material. En González me fui a la casa de Ribka y me desentendí del asunto. Hice el amor con ella esa mañana, esa tarde y esa noche y todas las noches siguientes, pero después de la primera la tuve que convencer para que se sacara el reloj de pulsera porque tenía la espalda llena de rasguñones. No, el marido no apareció. No porque me tuviera miedo: los muertos de González ni tienen miedo ni nada; es que estaría ocupado tratando con los otros muertos de impedir que los técnicos de Edessbuss hicieran lo suyo. Mi amigo, se imaginará que si los edessbussianos han puesto una cubierta sobre su propio mundo, poco es lo que les cuesta extender otra alrededor de campamentos y hombres si no quieren que nadie los moleste. Y yo tenía el freno de Aquívanida, no se olvide. Con el freno neutralicé media docena de intentos, que de todas maneras no hubieran quedado en nada, de los González muertos contra los González vivos y de ahí en adelante los beneméritos antepasados se quedaron en el molde y se resignaron a ser como los muertos de otros mundos. El freno funcionaba también con los muertos precisamente por eso, por la falta de metabolismo. Una semana. Sí, nada más que una semana les llevó envolver a González en un Techo no anti-energía, sino anti-cola de cometa. A la semana se fueron dejando todo listo y González cantó y bailó por primera vez en un millón de años. Y yo también me fui. Faltaban dos años para que el cometa volviera a pasar. Si la cola no tocaba a González, y no lo iba a tocar porque los edessbussianos juraban que la cola de cualquier cometa era una risa al lado de la energía de Edess-Pálida, los muertos se iban a morir de veras y con los que murieran después iban a alimentar gusanos y malvones como cualquier muerto que se respete, en cementerios ordenaditos y llenos de cipreses y de placas rimbombantes y de saludables llantos. Vi antes de despegar el primer destello del Techo que ya funcionaba. Supongo que seguirá funcionando. Supongo que los muertos habrán ido desapareciendo. Supongo que Ribka tendrá una máquina de coser eléctrica y una araña de doce luces en el comedor, que usará la batidora y el reloj, los relojes. Supongo que la tatarabuela ya no estará ahí para cuidarle la virginidad a la chica de los encajes. Supongo que habrá aviones y aspirinas. Supongo que Ribka se acordará de mí. Sí, gracias, nunca digo que no a un café tan bueno.

TRAFALGAR Y JOSEFINA

a la memoria de mis tías

Paula, Rosario, Elisa y Carmencita.

a mis tías Laura, Manena, Virginia y Pilar.

Vino mi tía Josefina a visitarme. El que no conoce a mi tía Josefina no sabe lo que se pierde, como dice Trafalgar Medrano. Trafalgar dice también que es una de las mujeres más bellas y encantadoras que ha conocido y que si él hubiera nacido en 1893 no se hubiera casado con ella por nada del mundo. Entró, mi tía, recorrió la casa y preguntó por los chicos, quiso saber si alguna vez me iba a decidir a mudarme a un departamento en el centro, y cuando le dije que no, que nunca, dudó entre dejar o no el saco por allí y decidió llevarlo porque quizás en el jardín más tarde corriera un poco de viento. Ochenta y cuatro años tiene; el pelo ondulado color acero, unos ojos castaños incansables y brillantes como dicen que fueron los de mi bisabuela criolla, y una figura envidiable: si quisiera, si llegara a admitir que esas cosas burdas y desagradables merecen usarse como prendas de vestir, podría ponerse los jeans de Cecilia. Dijo que el jardín estaba precioso y que iba a quedar mucho mejor cuando hiciéramos podar los fresnos y que el té estaba riquísimo y que le encantaban los scones pero que quedaban mejor con un solo huevo.

—Tomé un té muy bueno el otro día. Sí, voy a tomar un poco más pero media taza, está bien, no te entusiasmes. ¿No estará demasiado cargado? Una gotita apenas, de leche. Eso es. Y me sirvieron unas tostadas muy bien hechas, con manteca y no esa margarina rancia que te dan ahora en todas partes, yo no sé cómo te puede gustar. En el Burgundy. Y estuve con un amigo tuyo.

—Ya sé —dije—. Trafalgar.

—Sí, el hijo de Juan José Medrano y la pobre Merceditas. Que no me explicó cómo permitió que le pusieran ese nombre estafalario a su único hijo. Bueno, siempre sospeché que Medrano era masón.

—Pero Josefina, qué tiene que ver la masonería con la batalla de Trafalgar.

—Ah, no sé, m'hijita, pero no me vas a negar que los masones les ponían a propósito a sus hijos nombres que no figuraban en el santoral.

—A lo mejor el doctor Medrano era admirador de Nelson —dije poniendo todas mis esperanzas en la inclinación del viejo de Trafalgar por los grandes hechos de la historia.

—Lo que te puedo asegurar —dijo mi tía Josefina— es que Merceditas Herrera era una santa, y tan fina y discreta.

—Y el doctor Medrano, ¿qué tal era?

—Un gran médico —abrió otro scone y le puso mermelada de naranjas—. Buen mozo y simpático además. Y muy culto.

Hubo un silencio de un cuarto de segundo antes de la última afirmación: en mi tía Josefina la palabra culto es resbalosa y hay que andarse con cuidado.

—Trafalgar también es un buen mozo y simpático —dije—, pero no sé si es culto. Sabe un montón de cosas raras.

—Eso sí, es simpático, muy simpático y amable. Y muy considerado con una vieja como yo.

Ahora, eso de buen mozo me parece una exageración. Tiene la nariz demasiado larga como la de la pobre Merceditas. Y esos bigotes no me digas que no son un poco ridículos. Un hombre queda mucho más pulcro completamente afeitado, menos mal que a tus hijos se les pasó eso de la barba y los bigotes. Pero tengo que reconocer que es elegante este muchacho: tenía un traje gris oscuro muy bien cortado y camisa blanca y una corbata seria, no como algunos de esos amigos extravagantes que tienen ustedes que parecen. Ni sé lo que parecen.

—¿Quieres un poco más de té?

—No, no, por favor, si ya me has hecho tomar demasiado, pero estaba tan rico que me he excedido. Eso fue el jueves o el viernes, no estoy segura. Entré en el Burgundy porque estaba desfalleciente: venía de una reunión de comisión directiva de la Sociedad Amigos del Museo, así que era el jueves, claro, porque el viernes fue el compromiso de la chica de María Luisa, y vos sabes que los jueves a la tarde Amelia tiene salida y francamente no tenía ganas de ir a casa y ponerme a hacer el té. Había poca gente y me senté lejos de la puerta donde no hubiera corrientes de aire, y cuando me servían el té entró este muchacho Medrano. Se acercó a saludarme, tan amable. Al principio no lo ubiqué y estaba por preguntarle quién era cuando me di cuenta que era el hijo de Merceditas Herrera. Me daba no sé qué verlo ahí parado junto a la mesa, pero aunque yo tengo edad suficiente como para hacer ciertas cosas, vos comprendes que una señora no invita a un señor, aunque sea tantísimo más joven que ella, a sentarse a su mesa.

—¿Ah, no? —se me escapó.

Mi tía Josefina suspiró, casi diría que resopló, y los ojos de la bisabuela me pararon en seco.

—Yo ya sé que las costumbres han evolucionado —dijo—, en algunos pocos casos para bien, y en otros muchos desgraciadamente para mal, pero hay cosas que no cambian y vos deberías saberlo.

Me sonreí porque la quiero mucho y porque espero saber llegar a los ochenta y cuatro años con la misma confianza que ella y aprender a manejar los ojos como ella aunque los míos no sean ni la décima parte de lindos:

—¿Y lo dejaste ir al pobre Trafalgar?

—Pero no. Estuvo muy correcto y me pidió permiso para hacerme compañía si yo no estaba esperando a nadie. Le dije que se sentara y llamó para pedir café. Qué espanto cómo toma café este muchacho. No sé cómo no se enferma del estómago. Yo hace años que no pruebo el café.

Tampoco fuma, claro. Y toma un cuarto de copa de vino clarete con cada comida y otro cuarto de copa pero de champagne extra seco, en navidad y año nuevo.

—¿No te dijo si iba a andar por acá?

—No, no me dijo, pero me parece difícil. Se iba, creo que al día siguiente no sé muy bien adonde, será al Japón me imagino, porque dijo que iba a comprar sedas. Lástima que se dedique al comercio y no haya seguido la carrera del padre: fue una desilusión para la pobre Merceditas. Pero le va muy bien, ¿no?

—Le va regio. Tiene vagones de guita.

—Espero sinceramente, que no uses ese lenguaje fuera de tu casa. No queda bien. Claro que lo mejor sería que no lo usaras nunca pero por lo visto es inútil. Sos tan cabeza dura como tu padre.

—Sí, mi viejo, quiero decir mi padre, era cabeza dura, pero era un caballero.

—Cieno. No sé cómo hablaría cuando estaba entre hombres, eso no importa, pero jamás dijo una inconveniencia en público.

—Si lo oís hablar a Trafalgar te da un ataque.

—No veo por qué. Conmigo estuvo de lo más agradable. Ni amanerado ni relamido, no hay necesidad, pero muy cuidadoso.

—Es un cretino hipócrita —eso no lo dije, lo pensé.

—Y tiene.—dijo mi tía Josefina— un encanto especial para contar las cosas más disparatadas. Qué imaginación.

—¿Qué te contó?

—Claro que tal vez no todo sea imaginación. Impresiona como si estuviera diciendo la verdad pero tan adornada que a primera vista puedes pensar que es una gran mentira. Te diré que pasé un rato entretenidísimo. Cómo será que cuando llegué a casa Amelia ya había vuelto y estaba preocupada por mi tardanza. La pobre había hablado a lo de Cuca, a lo de Mimí y a lo de Virginia a ver si yo estaba allí. Tuve que empezar a los telefonazos para tranquilizarlas.

Me puse seria: estaba muerta de envidia como cuando Trafalgar va y les cuenta cosas al Gordo Páez o a Raúl o a Jorge. Pero lo comprendí porque mi tía Josefina sabe hacer bien muchas cosas; por ejemplo, escuchar.

—¿Qué te contó?

—Pero nada, disparates sobre sus viajes. Claro que habla tan bien que es un gusto, un verdadero gusto.

—¿Qué te contó?

—M'hijita, qué insistencia. Además no me acuerdo muy bien.

—Sé, contamé que no te acordás.

—Se dice "sí" y no "sé". Pareces un carrero y no una señora.

No le hice caso:

—Cómo no te vas a acordar. Vos te resfrías con asiduidad digna de mejor causa y tenes el estómago un poco frágil, pero arterioesclerosis no me contés que no te creo.

—Dios me libre. ¿La has visto a Raquel últimamente? Un espanto. Estaba en lo de las Peña, yo no sé para qué la llevan, y no me reconoció.

—Josefina, mira que me voy a volver loca de curiosidad. Sé buena y contamé lo que te contó Trafalgar.

—A ver, esperate, no sé muy bien.

—Seguro que te dijo que acababa de llegar de alguna parte.

—Eso es. Debe ser uno de esos países nuevos de África o Asia, con un nombre rarísimo que no he oído nunca y tampoco he leído en los diarios. Lo que me extrañó fue que estuvieran tan adelantados, con tanto progreso y tan bien organizados, porque siempre se vuelven salvajes: mira lo que pasó en la India cuando se fueron los ingleses y en el Congo cuando se fueron los belgas, ¿no? Tu amigo Medrano me dijo que era un mundo, un mundo, así decía él, muy atractivo cuando se lo ve por primera vez. Serprabel, ahora me acuerdo, Serprabel. Me parece que debe quedar cerca de la India.

—Lo dudo pero en fin, seguí.

—Sin embargo casi seguro que sí, que debe ser por la India, no solamente por el nombre sino por lo de las castas.

¿Qué castas?

¿No hay castas en la India?

—Sí, sí hay, pero qué tiene que ver.

—Si me dejas que te cuente ya te vas a enterar, ¿no era que estabas tan apurada? Y sentaté bien, cómo se ve que están acostumbradas a usar pantalones ustedes. Ya no hay mujeres elegantes.

—Decime, y en Serprabel, ¿hay mujeres elegantes?

—Sí, según este muchacho Medrano, hay mujeres espléndidas, muy bien vestidas y muy educadas.

—No me extraña, aunque no haya más que una, él se la encuentra.

—Lástima que no se haya casado.

—¿Quién? ¿Trafalgar? —me reí un rato.

—No veo qué tiene de gracioso. No digo con una extranjera, y de tan lejos, que puede ser muy buena persona, pero tener otras costumbres, sino con alguien de su círculo. No te olvides que es de una familia muy bien relacionada.

—Ese va a morir solterón: le gustan demasiado las mujeres.

—Hmmmmm —hizo mi tía Josefina.

—¡No me digas que a Medrano padre también! —salté.

—Sé discreta, m'hijita, no hables tan fuerte. En realidad yo no te puedo asegurar nada. Se dijeron algunas cosas en su momento.

—Me imagino —dije—, y Merceditas era una santa. Y en Serprabel Trafalgar anduvo de romance, lo mismo que hubiera hecho su papá.

—Pero cómo se te ocurre. No anduvo de romance, como decís vos. Y si hubiera andado no me lo hubiera contado. Se ve que es un muchacho muy correcto. Lo que hizo, o lo que él dice que hizo porque a lo mejor todo no fue más que un cuento para hacerme pasar un rato entretenido, lo que hizo fue tratar de ayudar a una pobre mujer, muy desdichada por muchos motivos.

—Ay —dije y volví a pensar que Trafalgar era un cretino hipócrita.

—Y ahora qué te pasa.

—Nada, nada, seguí.

—Fíjate que parece que allí se mantiene, según esas religiones orientales, ¿no?, el sistema de castas. Y hay nueve. A ver, déjame que piense: señores, prestes, guerreros, estudiosos, comerciantes, artesanos, sirvientes y vagabundos. Ah, no, ocho. Son ocho.

—Y todo el mundo tiene que estar dentro de una casta.

—Claro. No me digas que no es una ventaja.

—Ah, no sé. ¿Qué hace uno si es artesano y tiene vocación de comerciante como Trafalgar? ¿Rinde un examen?

—Por supuesto que no. Cada uno vive dentro de la casta que le corresponde y se casa con personas de su misma casta.

—No me lo digas: y sus hijos nacen dentro de esa casta y se mueren dentro de esa casta y los hijos de esos hijos y así para siempre.

—Sí. Así que nadie tiene pretensiones y todos se mantienen en su lugar y se evitan desórdenes y revoluciones y huelgas. Le comenté a Medrano que me parecía, paganismo aparte, un sistema extraordinario, y él estuvo de acuerdo conmigo.

—Ah, estuvo de acuerdo.

—Claro, si hasta me dijo que en miles de años no había habido ningún desorden y habían vivido en paz.

—Qué bien.

—Ya sé que a vos te debe sonar un poco anticuado, pero dice Medrano que es impresionante el progreso en todo, televisión en colores y líneas aéreas y teléfonos con pantalla visora y centros de computación, me extraña que no hagan más propaganda para atraer turismo. Yo misma, si estuviera dispuesta a viajar a mi edad, iría de visita con mucho gusto. Fíjate que dice que los hoteles son extraordinarios y la atención es perfecta, la comida exquisita, y que hay museos y teatros y lugares de visita y paisajes espléndidos, pero espléndidos.

—A mí eso de las castas no me gusta. Yo no voy ni a cañones.

—Yo tampoco, no creas, no me entusiasma un viaje tan largo en avión. Y lo de las castas no es para tanto, si cualquiera puede gobernar.

—¿Qué dijiste?

—Que cualquiera puede gobernar. Por encima de todos está una especie de rey que vive en el centro de la capital, porque la ciudad es un círculo y en el medio está el Palacio que es todo de mármol y oro y cristal. En fin, eso dice tu amigo. Será, no lo dudo, algo muy lujoso, pero no tanto.

—¿Y cualquiera puede llegar a ser rey? Quiero decir, ¿todo lo demás es hereditario y eso precisamente no?

—Así me dijo Medrano. Ya ves que si la autoridad máxima puede ser elegida, todo es muy democrático. El rey se llama el Señor de Señores y gobierna por períodos de cinco años y cuando termina no puede ser reelegido, se vuelve a su casa y entonces los Señores eligen a otro.

—Momento, momento. ¿Cómo los Señores? ¿Entonces los demás no votan?

—Nadie vota, m'hijita. Los Señores se reúnen cada cinco años y eligen a un Señor de Señores y fíjate vos qué bien, casi siempre, o siempre, lo eligen entre las castas inferiores, ¿te das cuenta?

—La flauta si me doy cuenta. ¿Y el Señor de Señores los gobierna a todos?

—Supongo, porque para eso lo eligen. Aunque tu amigo Medrano dice que no, que no gobierna.

—Me parecía.

—Ah, claro, si lo dice él ha de ser palabra santa.

—Bueno, pero qué es lo que dice.

Otra de las virtudes de mi tía Josefina es que no puede mentir:

—Dice que es una marioneta de los Señores que son los que en realidad gobiernan, para tener contento a todo el mundo con la ilusión de llegar ellos o alguien de su casta a ser rey, pero que el Señor de Señores es el último de los esclavos, un esclavo que vive como un rey, come como un rey, se viste como un rey, pero sigue siendo esclavo.

Y uno de sus defectos consiste en no creer más que lo que le gusta creer:

—Vos te das cuenta que no puede ser. Seguramente los Señores forman una especie de Concejo o Cámara o algo así y tu amigo tomó una cosa por otra. O a lo mejor los inventó para hacer más sabroso el cuento.

—Y, a lo mejor nomás. Te aviso que Trafalgar es capaz de cualquier cosa.

—También me dijo, eso ya me parece más razonable, que las castas inferiores son las más numerosas. Señor de Señores hay uno solo. Señores hay poquísimos, creo que me dijo que hay cien. Prestes un poco más, bastantes más, creo que como trescientos. Guerreros muchos más y Estudiosos más todavía, no me dijo cuántos. Comerciantes, Artesanos y Sirvientes muchísimos, sobre todo Sirvientes. Y parece que hay millones de Vagabundos. Debe ser un país muy poblado. Y cualquiera de cualquier casta, menos el Señor de Señores, claro, puede ser Dueño o Desposeído.

—¿Que tiene plata y que no tiene plata? Ricos y pobres digamos.

—Más o menos: el que tiene tierras es Dueño; el que no tiene es Desposeído. Y dentro de cada casta el que es Dueño es superior al Desposeído.

—¿Y uno puede pasar de Desposeído a Dueño? —Sí, así que ya ves que no es tan espantoso como te parecía. Si uno junta plata suficiente, compra tierras, que son muy caras, como en todas partes. Parece un país muy rico.

—¿Los Vagabundos también pueden comprar tierras?

—No, no. Los Vagabundos son vagabundos. Ni casa tienen, yo no sé cómo la gente puede vivir así.

—No me explico. Ahora cómame qué le pasó a Trafalgar en Serprabel.

—Hace un poco de fresco, ¿no te parece?

—¿Querés que vayamos adentro?

—No, pero ayúdame a ponerme el saco sobre los hombros —no es que mi tía Josefina necesite ayuda para ponerse el saco—. Así, gracias. Según él le pasó de todo. Fue allí a vender alhajas y perfumes. Dice que con los perfumes no le fue muy bien porque tienen una buena industria química y flores, vieras las flores que me describió, muy perfumadas con las que hacen extractos. Pero que como no hay yacimientos de piedras preciosas, vendió muy bien las que llevaba. Cierto que tuvo algunos inconvenientes, no vayas a creer, porque todo el que llega a Serprabel tiene que entrar a formar parte de una casta. A él lo consideraron Comerciante y tuvo que usar vehículos para Comerciantes e ir a un hotel para Comerciantes. Pero cuando se enteró que había castas superiores con mejores hoteles y más privilegios, protestó y dijo que también era Estudiante y Guerrero. Hizo bien, ¿no es cierto? Claro que como allí no se puede pertenecer a más de una casta, hubo que hacer una especie de audiencia presidida por uno de los Señores que tenía un nombre de lo más raro, de eso sí que no me voy a poder acordar, y allí él explicó su caso. Ay, me hizo reír tanto contándome cómo los había desconcertado y comentando que sentía mucho no haber podido decir que era Señor, y que también le hubiera gustado decir que era Preste que es la segunda casta. Lo malo era que no conocía nada de la religión y no tiene inclinaciones místicas. Aunque creo que se educó en un colegio religioso.

—Eso de que no tiene inclinaciones místicas está por verse. ¿Y en qué quedó?

—En que aceptaron que en otros lugares había otras costumbres y llegaron a un acuerdo. Sería un Guerrero pero de los más bajos, de los de Tierra, aunque Dueño, y con permiso para actuar como Comerciante.

—¿Qué es eso de los de Tierra?

—Es que cada una de las cuatro castas superiores tiene categorías. Por ejemplo, a ver, cómo era, los Señores pueden ser de Luz, de Fuego y de Sombra, creo que ése era el orden. Los Prestes pueden dedicarse a la Comunicación, a la Intermediación o al Consuelo. Los Guerreros actúan en el Aire, el Agua o la Tierra. Y los Estudiosos se dedican al Conocimiento, a la Acumulación o a la Enseñanza. Los otros son inferiores y no tienen categorías.

—¿Qué lío. ¿Y cada uno además puede ser Dueño o Desposeído y eso influye en su posición?

—Sí. Es un poco complicado. Me decía Medrano que un Señor de Luz y Dueño es el rango más alto. Y que un Guerrero de Aire pero Desposeído es casi igual a un Preste dedicado al Consuelo pero Dueño, ¿entendés?

—No mucho. La cosa es que a Trafalgar le dieron un rango bastante pasable.

—El estaba muy satisfecho. Lo llevaron a un hotel muy superior y eso que dice que el de los Comerciantes era muy bueno, y le pusieron cuatro personas para atenderlo exclusivamente a él, aparte de los empleados del hotel. También debe haber influido eso de que llevara alhajas para vender, porque son un verdadero lujo. Dice que fue una delegación de Comerciantes a verlo y que aunque no pudieron entrar al hotel que era solamente para Guerreros, hablaron en el parque y le ofrecieron un local muy bien ubicado para que pusiera en venta lo que llevaba. Algunos querían comprar una que otra alhaja para venderla ellos pero eran muy caras y los Comerciantes aunque no son precisamente pobres, tampoco son ricos. Solamente uno de ellos, que era Dueño y de muchas tierras, podía haberle comprado algo, pero Medrano no quiso venderle ninguna; hizo bien porque para qué hacer un viaje tan largo y terminar repartiendo con otro las ganancias. De todos modos tuvieron que darle el local aunque muy amigos no quedaron, porque cada casta tiene sus leyes, y entre los Comerciantes uno no puede echarse atrás una vez que ha ofrecido algo de palabra o como fuera, y sobre todo de palabra. Otra ley para todas las castas que francamente no sé qué resultado dará porque me parece bastante tonta, dice que nadie puede repetir ni a los de su casta ni a los de otras castas algo que ha oído decir a alguien de otra casta, aunque sí puede repetir lo que han dicho los de la suya. Claro que eso es difícil de controlar, y nadie habla con gusto con alguien de otra casta sino por obligación, pero de vez en cuando pescan a un infractor y los castigos son terribles; en fin, no sé si de veras será para tanto.

—Pero escúchame, eso más que tonto es peligroso porque es muy vago, no tiene límites. Si se toma al pie de la letra nadie puede hablar con personas de otras castas.

—Algo de eso hay, como te digo. Pero como los Señores, que son muy inteligentes y muy justos, ofician de jueces, no hay abusos. Lo que está sucediendo es que de casta a casta el idioma va siendo cada vez más diferente. Me olvidé de preguntarle a Medrano qué idioma hablan y si él lo entendía. ¿Será algún dialecto hindú? De todas maneras, con un poco de inglés uno se hace entender en cualquier parte del mundo.

—Trafalgar habla un inglés estupendo. Supongo que vendió las alhajas.

—A los Señores, claro. Los locales de venta, las tiendas, éstos son lugares públicos a los que todos pueden ir, menos los Vagabundos que no pueden ir a ningún lado, pero cuando entraba un Señor o varios Señores, los demás tenían que salir. Los que no son Señores, porque los que son pueden quedarse. De todas maneras desfiló un mundo de gente para ver lo que Medrano había llevado.

—Me juego los sueldos de un año a que vendió todo.

—No sé de qué ibas a vivir porque no vendió todo. Le quedó un collar de perlas.

—No te creo. No. Imposible. Jamás.

—En serio. Claro que fue por todo eso que pasó y de todos modos fue él el que decidió dejarlo, pero no lo vendió.

—No entiendo nada, pero me parece muy raro en Trafalgar.

—Es que el Señor de Señores que gobernaba en ese momento, y que hacía menos de un año que había sido elegido por los Señores, era un hombre muy poco apropiado para el cargo. Fíjate que había sido Vagabundo, qué horror.

—¿Y por qué? ¿No es que eligen a los de las castas inferiores para rey?

—Sí, claro, pero pocas veces Vagabundos que son analfabetos y no saben comer ni comportarse. Pero dice Medrano que lo habían elegido porque tenía cara y prestancia de rey.

—Flor de chantas estos Señores.

—M'hijita, qué grosería.

—No me digas que no son unos chantas y algo peor también.

—No creo, porque por lo que me contó Medrano es gente intachable. Y me parece muy democrático elegir un Vagabundo como rey. Incluso un poco novelesco.

—Cuentos chinos.

—La cuestión es que los pobres Señores se equivocaron. Claro, una persona inculta, sin educación, qué puedes esperar.

—Los dejó como la mona.

—Se enamoró, decime vos, de una mujer casada.

—¿Una Vagabunda?

—No, creo que los Vagabundos ni siquiera se casan. Peor: se enamoró de la mujer de un Estudiante de los mejores, de los dedicados al Conocimiento y que por eso frecuentaba mucho la corte. Y eso Medrano lo supo porque oyó hablar a los Señores que discutían lo que había que hacer, en la joyería que había instalado. Pero como él no sabía que no se puede decir lo que han dicho los de una casta que no sea la de uno, y él era, por lo menos mientras estaba allí, un Guerrero, lo comentó con un Estudiante con el que estuvo conversando. No me acuerdo de qué categoría era, pero dice Medrano que había estado mirando las alhajas y que era un hombre muy interesante, que sabía muchísimo de filosofía, de matemáticas, de música, y que valía la pena oírlo hablar. El no podía comprar nada: solamente los Señores se habían llevado muchas cosas, porque los precios eran muy altos para los de las otras castas, pero se quedó hasta tarde, y como estaban los dos solos y habían hablado del tallado de las piedras y de orfebrería y de música, empezaron a hablar de otras cosas también y Medrano ponderó el país y la ciudad y el otro le preguntó si conocía los jardines del Palacio y hablaron del Señor de Señores y allí tu amigo cometió una indiscreción.

—Dijo lo del lío del Señor de Señores con la mujer.

—Dijo que había oído a los Señores comentar eso y no se dio cuenta que había hecho algo que no debía: solamente se extrañó cuando el Estudiante se puso muy serio y dejó de conversar y se despidió muy fríamente y se fue.

—Trafalgar se las da de canchero pero no aprende nunca. Siempre mete la pata.

—Mira qué manera de hablar.

—Prometo ponerme fina o por lo menos tratar, pero decime qué le pasó.

—Cuando querés podés hablar correctamente. La cuestión sería que quisieras siempre. Ese día no le pasó nada. Al siguiente vendió lo que le quedaba, siempre a los Señores, menos un collar de perlas que tiene que haber sido una belleza, una verdadera belleza. un hilo muy largo de perlas rosadas todas del mismo tamaño. Perlas naturales, como te imaginarás. Debe haber costado una fortuna.

—¿Ese fue el que dejó?

—Sí, pero esperate. Cuando no le quedaba más que ese collar y estaba a punto de vendérselo a un Señor, entró la policía y se lo llevó preso.

—Por lo visto hay policías en Serprabel.

—¿Por qué no? Son de la casta de los Sirvientes. Y lo llevaron directamente al Palacio del Señor de Señores. Allí tuvo que esperar, siempre custodiado, con el collar en el bolsillo, hasta que lo hicieron entrar, dice que a los empujones, qué desagradable, a un tribunal. Como repetir cosas dichas por alguien de otra casta es un delito grave, el juez no era un Señor cualquiera sino el Señor de Señores. Claro que asistido por dos Señores. El que hacía de fiscal era otro Señor, que expuso la acusación.

—¿Y defensor? ¿Tenía defensor?

—No, tenía que defenderse solo. Te diré que no me parece justo.

—Nada justo. Una chanchada, disculpa el término.

—Será un poco fuerte, pero tenes razón. Lo acusaron y él se defendió como pudo. Pero fijate que había que decir de qué se trataba, qué era lo que había repetido Medrano. Y se trataba nada menos que de los amores non sanctos del mismo rey que presidía el tribunal.

—Pobre tipo, mi Dios.

—Realmente este muchacho las pasó muy mal.

—No, yo digo el Señor de Señores.

—Se lo tenía merecido, y no creas que no lo compadezco. Pero una persona de calidad no cae en esas cosas.

—Ah, no, claro, por qué no los lees a Shakespeare y a Sófocles.

—Para el teatro eso estará muy bien pero en la vida real es inconveniente. Y las cosas se pusieron peor cuando después de la acusación y la defensa, el fiscal detalló el delito de Medrano, y el Señor de Señores que hasta entonces había estado muy en su papel, muy serio y digno y quieto en su trono, se paró y empezó a hablar. No era la conducta que se espera de un rey porque todo el mundo y sobre todo los Señores, me explicó Medrano, todo el mundo se escandalizó tanto que nadie atinó a nada. Se quedaron helados y con la boca abierta mirándolo.

—¿Y qué dijo?

—Un discurso.

—¿Un discurso?

—Una parodia de discurso. Dice Medrano que ni hablar sabía, que balbuceaba y pronunciaba mal las palabras y repetía frases.

—¿Y qué esperaban éstos? ¿El Demóstenes de los bajos fondos? Pero algo se le entendería, su pongo.

—Dijo ahí delante de todo el mundo porque los juicios son públicos, dijo que todo eso era verdad, mira vos qué mal gusto ponerse a hablar de esas cosas no sólo privadas sino ilícitas. Dijo que él estaba enamorado de esa muchacha y ella también de él y que no veía por qué no se iban a querer y que él iba a dejar de ser rey y se iba a ir con ella a andar sin ropa y descalzos por el campo y a comer frutas y tomar el agua de los ríos, qué cosa tan disparatada. Qué disgusto debe haber sido para los Señores ver al mismo rey que ellos habían elegido lloriqueando y babeando como una criatura caprichosa delante de la gente a la que se supone que tenía que gobernar. Como será que nadie se movió ni dijo nada cuando el Señor de Señores se bajó del trono y se sacó los zapatos que eran de un cuero finísimo con hebillas de oro y se sacó el manto todo bordado y la corona y quedó solamente con una túnica de hilo blanco y se fue caminando hasta la salida.

—¿Y nadie hizo nada?

—Los Señores sí que hicieron algo. Los Señores reaccionaron y dieron orden a la policía para que lo agarraran y lo llevaran de vuelta al trono. Pero qué cosa tan rara, nadie obedeció y el Señor de Señores siguió caminando y salió del tribunal y llegó a los jardines.

—Pero ¿y Trafalgar? ¿Qué hacía Trafalgar que no aprovechaba para escaparse?

—¿Qué no? M'hijita como si no lo conocieras bien. En cuanto el Señor de Señores empezó a hablar y todos a mirarlo, él retrocedió y se puso fuera del alcance de los guardias y cuando el rey salió y algunos Guerreros y los Señores gritaron y salieron corriendo, él también corrió.

—Bien hecho, me gusta. —Pero no fue muy lejos.

—¿Lo agarraron de nuevo?

—No, por suerte no. En los jardines de Palacio, en donde siempre había mucha gente, se armó un revuelo cuando lo vieron aparecer descalzo y en ropa interior. Y en eso, Medrano alcanzó a verlo bien todo, en eso una mujer muy joven y muy bonita se le abrazó llorando: era la mujer del Estudioso, la de los amores Culpables.

—Ay Josefina, qué frase de novela por entregas.

—¿Es así o no? Una mujer casada que tiene amores con un hombre que no es su marido, es culpable, y no me digas que no porque eso no te lo admito.

—No nos vamos a pelear, sobre todo ahora que me dejás colgada con todo el mundo en un momento tan fiero. ¿Hizo algo Trafalgar además de mirar?

—Bastante, pobre muchacho, estuvo muy generoso. Equivocado pero generoso. Los Señores y los Guerreros y los Estudiosos, los Prestes no porque no había ninguno allí, llevan una vida más retirada, como corresponde; trataron de llegar hasta el Señor de Señores y esa mujer, pero todas las personas de las otras castas que había en el jardín y los que entraban de afuera o salían del Palacio a ver, sin saber muy bien por qué, porque muchos no habían estado en el tribunal, por rebeldía y resentimiento nomás me imagino, se pusieron a defenderlos. Claro, eso se convirtió en un campo de Agramante y hubo una pelea terrible. Los Guerreros y los Señores tenían armas, pero los de las castas inferiores destrozaron los jardines, qué pena, sacando piedras, hierros de los bancos, pedazos de mármol y de cristal de las fuentes, ramas, enrejados de glorieta, cualquier cosa, para atacar y darles tiempo a escapar al Señor de Señores y la mujer.

—¿Y se escaparon?

—Se escaparon. Y tu amigo Medrano detrás de ellos. El dice que su avión particular, no le dice avión particular, ¿cómo le dice?

—Cacharro.

—Eso es. Dice que su avión particular no estaba muy lejos y él quería llegar hasta allí, muy prudente me parece, y levantar vuelo en seguida. Pero en eso los Señores y los Guerreros se organizaron, llamaron soldados, que creo que son de la casta de los Guerreros también pero que están haciendo el aprendizaje, y persiguieron al Señor de los Señores y a la mujer. Fue entonces cuando Medrano los alcanzó y los arrastró con él hasta el avión.

—Menos mal. Ya me estaba asustando.

—Asústate nomás, que ahora viene lo peor.

—Ay, no, no me contés más.

—Bueno, no te cuento más.

—No, sí, cómame.

—En qué quedamos.

—Josefina no, te aseguro que no fue en serio.

—Ya sé, y de todos modos ahora no puedo dejar de contarte. Casi llegaban al avión, con los Señores y los Guerreros y los Estudiosos y los soldados persiguiéndolos y detrás todos los de las castas inferiores que tiraban piedras pero ya no se animaban a acercarse porque los Guerreros habían matado a varios, casi llegaban cuando los Señores se dieron cuenta adonde iban y que estaban a punto de escapar y dieron orden a los soldados para que tiraran. Tiraron, y lo mataron al Señor de Señores.

No dije nada. Josefina comentó que estaba oscureciendo y fui adentro y prendí las luces en el jardín.

—Medrano —dijo mi tía Josefina— vio que le habían atravesado la cabeza de un balazo y agarró a la mujer y la subió al avión. Pero ella no quería irse, ahora que el Señor de Señores estaba muerto y peleó tanto que consiguió soltarse y se tiró del avión. Medrano quiso seguirla y volver a llevársela arriba, pero los Guerreros y los Señores ya estaban encima y seguían tirando, y tuvo que cerrar la puerta. La mataron a ella también. De una muerte horrible dijo Medrano pero no explicó cómo y yo no le pregunté nada. El siguió encerrado, en tierra pero listo para levantar vuelo, y vio que ya no le hacían caso. Finalmente, para ellos no era más que un extranjero al que le habían comprado alhajas, que posiblemente no entendía nada de las costumbres del país y por eso había hecho cosas que no estaban bien. Se fueron y dejaron ahí los dos cadáveres. A los de las castas inferiores hubo que obligarlos a retroceder a punta de bayoneta porque a toda costa querían acercarse aunque ya no tiraban piedras ni nada. Y entonces fue cuando Medrano dejó el collar de perlas. Cuando vio que estaba solo bajó del avión, con mucho riesgo me parece a mí pero estuvo muy valiente y muy conmovedor, bajó del avión y le puso a la mujer, a lo que quedaba de ella me dijo, el hilo de perlas. Después volvió a subir, se encerró, se lavó las manos, prendió un cigarrillo y despegó.

—Qué horror.

—Sí. Siempre que sea cierto —dijo mi tía Josefina—. No sé qué pensar. ¿No será nada más que un cuento de hadas para una vieja que está sola tomando el té?

—Trafalgar no cuenta cuentos de hadas. Y vos no sos vieja, Josefina, qué vas a ser.

EL SEÑOR CAOS

—Qué sé yo —dijo Trafalgar—, estuve en tantos lugares, hice tantas cosas que me confundo. Pregúntale a Elvira, ella lo tiene todo anotado.

—El otro día estuvo Josefina —le dije— y tomamos el té aquí en el jardín y se sentó en ese mismo sillón donde estás vos y me dijo que le habías contado lo de Serprabel.

—No me hables. Me enferma acordarme de lo que le hicieron a esa pobre chica.

Con ese motivo se tomó el café y durante un rato no dijo nada. Y yo no le pregunté nada: a Trafalgar se lo puede apurar, discretamente, en medio de un cuento pero nunca antes de un cuento porque ahí empieza a hablar de cualquier otra cosa, de tangos digamos, o a tomarse el pelo a sí mismo y a sus andanzas con mujeres o en los negocios y sigue con el café y de repente se va y uno se da cuenta que se ha quedado sin saber lo que quería saber.

—Ya debe estar frío ese café —dijo.

—Te has tomado tres tazas.

—Anda, calentá lo que queda, ¿eh? Y de paso haces un poco más.

Lo dejé un rato solo en el jardín.

—Pero eso fue en el viaje anterior —me dijo cuando volví con la cafetera—, en cambio en éste no pasó nada.

—Mentís como un café.

—En serio. Hice muchas paradas y todas muy cortas y en lugares que ya conocía de antes menos en dos, así que todo fue muy bien y muy rápido.

—Y en esos dos que no conocías de antes qué pasó.

—Nada —abrió otro paquete de cigarrillos—. Así me gusta el café bien caliente. Aunque está un poco flojo; ¿tu marido no se queja?

—No te olvides que tuvo una úlcera y no puede tomar café fuerte.

—Pobre Goro, cómo no va a tener úlcera después de veinticinco años de matrimonio.

—Dale nomás, defendé la soltería vos. Algún día te vas a casar con una arpía que te engatuse y vas a terminar con úlcera, ciática y urticaria. ¿No encontraste ninguna candidata en este viaje?

—Más o menos como siempre.

—¿Y en esos dos mundos que no conocías?

—Nada que valiera la pena. Una rubita muy linda y más loca que una cabra en Akimaréz, pero me la saqué de encima en cuanto pude.

—Qué es eso de Akimaréz. No me acuerdo habértelo oído nombrar.

—Te debo haber dicho algo porque sabía que existía y que ahí se podía comprar grafito y caolín. Baratos los dos. Bastante lindo es, ninguna maravilla pero no está mal. Muy grande,

mucha agua y siete continentes como enormes islas en medio de los océanos. Las islas tienen agua y vegetación solamente en los bordes y allí están plantadas las ciudades que decilé a Goro que son el sueño del urbanista: ciudades chicas, edificios bajos de nunca más de dos pisos, con jardines; poco tráfico, nada de ruidos ni de humo ni de olor. Además les gusta la música. Y en el medio de las islas, de los continentes, el paisaje es fantástico, blanco y negro, seco, imposible de fertilizar. Pero a ellos qué les importa. Venden el grafito negro y el caolín blanco y feldespató y granito y no sé qué cosas más y viven muy campantes tañendo la lira.

—Qué bacanes.

—Sí, pero aburridos. Ellos lo pasan bien, yo a los dos días estaba hartó. Les compré y me fui.

—¿Y el otro que tampoco conocías?

—Aleicarga. Casi casi todo lo contrario: poco mar y mucho verde. Dos mares chicones en los polos y otro más grande cerca del ecuador. Lluève mucho, el resto es tierra fértil y las ciudades son un asco.

—Grandes, sucias, con humo y drogas y altoparlantes.

—No te apures. Ciudades chicas porque ellos, y no son los únicos, parecen haberse dado cuenta de lo que nosotros estamos por aprender, muy limpias, sin humo, drogas ni pensar, y altoparlantes algunos pero no molestan.

—Entonces están bastante bien. No sé por qué decís que son un asco.

—Están demasiado bien organizadas.

—Que yo sepa eso no es ningún defecto.

—Vos porque sos doña organización, pero cuando toda una ciudad y todas las ciudades y todo es como una enorme y eficiente empresa presidida por una lógica de trocha angosta donde los efectos vienen siempre después de las causas, y las causas marcan el paso de a una en fondo y los pajarones no dudan de nada ni se asombran de nada y se deslizan al lado tuyo levemente contentos, yo y cualquier tipo normal siente muchas ganas de matar a alguien o de suicidarse.

—Gracias.

—No te ofendas —y me sonrió un poco—. En Akimaréz uno se aburre pero en Aleicarga hay que andar con mucho cuidado para no caer en la trampa y no entrar en el jueguito de la sensatez. Eso es lo que pasa, que son sensatos, tanto que o te contagian o haces una barbaridad.

—Y vos qué barbaridades hiciste. —Ninguna. ¿No te digo que no pasó nada?

—¿Nada pero nada?

—Nada, mira que sos porfiada. Hice lo de siempre: vender, hablar, comer, dormir, andar por ahí para conocer un poco. Y descubrí' un tipo interesante. Me parece que se está terminando el café.

—Te hago más si me decís quién era el tipo y por qué era interesante.

—No sé quién era, no llegué a saberle el nombre. Y era interesante porque no era sensato.

—¿No?

—No. Estaba loco. Y si no hay más cate me voy.

—Chantajista.

—Vos empezaste.

Fui a hacer café y pensé que era seguro que Trafalgar había estado macaneando cuando decía que no había pasado nada y que no había hecho nada.

—¿Y? —le pregunté desde la puerta de la cocina. Y qué.

—¿Y el loco?

—Mira, hay tanto loco por ahí que uno más a quién le importa.

—A mí me importa. Aquí viene el café.

Un lío, con la cafetera. Si la llevaba bien llena, se iba a enfriar; si llevaba poco iba a tener que hacer más. Pero como con Trafalgar hay que aprender a resignarse con eso del café, la llevé por la mitad.

—Vamos, contamé.

—Pero che, si ya te dije que no hay nada que contar. Los aleicarganos son sensatos, racionales, eficientes, medidos, discretos, y este otro era todo lo contrario así que estaba catalogado de loco.

—Pero oíme, uno puede ser todo lo contrario de eficiente y discreto y sensato y no ser loco. ¿Vos estás seguro que era loco?

—No.

—Aia.

—¿Ya empezamos?

—Si no hemos empezado nada todavía —lo miré tragar el café—. ¿No podrías ser vos más o menos eficiente y sensato y empezar de una vez por el principio?

—Ufa, bueno, llegué a Aleicarga un día de primavera a las nueve y cuarto de la mañana, bajé, cerré el cacharro, fui a la oficina de recepción, me recibieron muy bien un tipo bajito y otro un poco más alto y bastante gordo, el puerto no era muy grande pero sí muy completo, me dieron café, me arreglaron en un santiamén todo el papelerío que no era mucho, me indicaron un hotel y allá me fui en un transporte colectivo muy cómodo, en el hotel desayuné con más café.

—Te voy a estrangular.

—Subí a mi habitación, me bañé, me cambié, no me afeité porque me había afeitado antes de llegar, salí del hotel, tomé un taxi, fui al Centro de Comercio, hablé con el secretario que parecía un tero y averigüé si tenían interés en comprar caolín y grafito y me dijo que sí, fuimos a almorzar juntos.

—Ándate. Fuera de mi casa. No te quiero ver más en la vida.

—Espera, esperate un poco. Al principio pensé que todo era perfecto y no me gustó porque vos sabes que a mí las cosas perfectas me huelen mal, si tengo que elegir una copa de Murano elijo una que tenga una burbuja. Pero como además de andar sobre ruedas todo me beneficiaba, me dejé engañar, engatusar como decís vos. Che, ¿y la gata que no la veo?

—Salió a tomar una copa con el gato de al lado. Seguí.

—Claro que no soy del todo gil y tardé poco en apiolarme.

—Me gustaría que Josefina hubiera oído esa frase.

—¿Por?

—Nada. Seguí.

—Uno está acostumbrado a la palabra perfecto y la usa cuando algo salió bien y para de contar. Pero si una cosa está bien bien, sin fisuras y sin remedio, entonces es que está muy mal —fumó y tomó café y quizá miró por ahí buscando a la gata—. Algo celestial es por fuerza infernal.

Y debe haber flotado en el aire otra amenaza de despedida violenta porque se apuró:

—En Aletarga todo el mundo tiene una cara plácida y de vez en cuando sonrío pero nadie se ríe a carcajadas, nadie grita, nadie corre para alcanzar el colectivo y si lo alcanza no pelea con el colectivo y si no lo alcanza no putea, ningún chico se cachetea con otro ni llora para que le compren un chicle con figuritas —dejó la taza vacía sobre el plato—. Probablemente los chicos no traigan figuritas.

Y se sirvió más café y yo esperé porque ya me parecía difícil que interrumpiera ahí el cuento de que no había pasado nada pero nada.

—No sé con seguridad —dijo— porque no soy de los otarios que mascan chicle. A la tarde volví al Centro con el secretario y ya tenían allí a los posibles compradores. Les pedí bastante. En fin, a vos te voy a decir que les pedí mucho, cuestión de bajar hasta cierto punto. Sonrieron, dijeron que no y se levantaron para irse. Me quedé con la boca abierta. Es como para no creerlo: no sabían regatear.

—Y qué. Supongo que hay gente que no regatea.

—No te digo que no. Pero pocos, créeme, muy pocos. Poquísimos. Quien más quien menos, todo el mundo pelea los precios. Y hay lugares en los que el regateo es un arte refinado, sublime, lugares a los que tenés que ir muy bien preparado porque si no estás frito. Yo no soy un maestro pero tengo un poco de carpeta. Y ahí', con los tipos a punto de escapárseme, se me ocurrió que podría inventarles un cuento y decirles que venía de un lugar en el que el regateo es una forma de cortesía comercial y hacerles el gran verso, pero me di cuenta que lo mejor era agarrar al toro por los cuernos y antes que terminaran de despedirse les mostré el juego. Se desorientaron un poco pero entendieron en seguida. Todos entienden todo en seguida en ese mundo de porquería. No, no te lo llesves que todavía está tomable. Vendí todo lo que tenía en menos de medio minuto.

—No me digas que a un precio ridículamente bajo porque no te creo.

—Ridículamente bajo no, sensato, eso es lo malo, sensato, razonable. No es que no haya ganado nada, no, eso no es admisible en Aleicarga justamente porque no es razonable ni lógico. Gané, pero no tanto como si me hubieran dejado desplegar mi labia de mercachifle del zoco. Y ellos se encargaron de todo, de las facturas, los permisos, los sellados, la descarga, todo. Así que un minuto después yo ya no tenía nada que hacer y al día siguiente me iba a poder ir.

—Y por qué no te fuiste, me querés decir.

—Cómo sabes vos que no me fui.

—El loco, querido, estoy esperando que aparezca el loco.

—No me fui porque les tenía bronca. Maquiné algunas jugadas sucias como por ejemplo mezclarles el caolín de calidad más baja con el de primera, engañarlos en el peso, hacerme invitar a las casas de los tipos y seducirles a las mujeres y a las hijas.

—No te agrandes.

—No me agrando. Estaba jugando con mi bronca nomás. Y no eran tantas. Con un poco de tiempo quién te dice.

Y volvió a sonreír pero no para mí sino para las hipotéticas hijas de los compradores de caolín.

—En vez de eso. Compréndeme, no mezclé la mercadería ni arreglé el peso porque uno tiene escrúpulos. A veces. Y no traté de conocer a las hijas porque seguro que si los papas no saben regatear, las nenas no saben fintear antes de decir que sí.

—O que no. En vez de eso qué hiciste.

—O que no, tenés razón. En vez de eso le pregunté al secretario dónde había una librería.

—¿Una librería?

—No por corazonada. Cuando vayas a algún lugar del que no conoces nada ni a nadie, tenés que dedicarte a tres cosas: las librerías, los templos y los burdeles. Hay otros, claro, por si no encierras de éstos: también podés ir a los colegios, a los casinos, a los hospitales, a los cuarteles. Pero yo había visto librerías y fui a lo seguro. Le dije al tipo que quería comprar algo para leer esa noche en el hotel y me mandó a una librería chiquita donde había de todo, ¿entendés?

—No sé qué tengo que entender, no te pongas misterioso.

—Que se escribe poco en Aleicarga, muy poco. Una sola obra monumental de historia con su correspondiente compendio en un tomo, códigos, matemáticas, medicina, física, lógica, no más de media docena de novelas, nada de poesía.

—Qué brutos.

—Eso es lo que vos te crees. Y cuando vayas a la librería tenés que comprar dos cosas: historia y una novela. Me compré el compendio y una novela que se llamaba Los Ragemga.

—¿Los qué dijiste?

—Es un apellido. Era la historia de una familia. Y me leí los dos esa misma noche y casi me muero de aburrimiento. Me leí la historia primero y descubrí que nunca pasó nada. Se supone que los primeros aleicarganos vivieron en los bosques, desnudos, comiendo frutas y durmiendo bajo las enredaderas, todo muy saludable. Y que tenían instrumentos de madera y que cuando se morían no los enterraban sino que los subían a las ramas más altas de los árboles más altos y los ataban por allá arriba, a lo mejor para ahorrarles un tramo del camino pero eso lo digo yo no los historiadores de Aleicarga que no se permiten esas fantasías. Después construyeron casas de madera, claro, y sembraron, hicieron fuego, vino la rueda y después vino el alfabeto y listo.

—¿Cómo listo? ¿Para decir esa pavada escribieron tanto libro de historia?

—Esa era la parte más interesante. Cuando inventaron la escritura, y se ve que los prehistóricos que se paseaban bajo los árboles eran más interesantes que los modernos si se les ocurrió lo de la rueda y lo del abecedario, se pusieron a hacer crónicas de lo que pasaba pero lo malo es que no pasaba nada. Según los primeros escritos nadie les robó el fuego a los dioses, los espíritus del bosque no hablaban con los hombres quizá porque no había espíritus del bosque, los muertos se morían y chau, no hubo ningún héroe que se perdió buscando la

inmortalidad, ninguna mujer le metió los cuernos al marido con ningún semidiós, y así por el estilo. Entonces lo que quedaba era un plomo: las cosechas, los viajes, las pestes, algún descubrimiento casual, y nada más.

—¿Leyendas? —le pregunté—. ¿Sagas? ¿Cosmogonías? ¿Mitologías? ¿Sueños?

—¿Los aleicarganos? Vamos, cómo se ve que no los conoces. Con la rueda, el fuego, la escritura, un poco de medicina empírica, otro poco de ingeniería y arquitectura también empíricas y nada de control de la natalidad ni de catástrofes naturales ni animales peligrosos, se fueron extendiendo y desde el principio tuvieron un solo estado, un solo gobierno, bastante laburo, nada de religión ni de poesía ni de política.

—Guerras —se me ocurrió—. Habrá habido guerras, invasiones, reyes destronados, capitancitos con ambiciones imperiales, asesinatos por el poder, no me digas que no.

—Te digo que no. Los que son más aptos para gobernar, gobiernan. Los que son más aptos para operar son cirujanos. Los que son más aptos para manejar un tractor.

—Manejan un tractor, gracias, ya me doy cuenta. Pero entonces sin visionarios, sin ambiciosos ni intrigantes ni profetas ni delirantes, ¿me querés decir cómo progresaron?

—Muy despacio. Son muy viejos y tuvieron mucho tiempo.

—Son unos zoquetes.

—De acuerdo. Lo más espectacular, los grandes inventos, lo que ellos dejaron de lado porque creían que era imposible, todo eso les llegó de afuera. Todavía tenían arados de madera y carros tirados por bueyes atados del cogote y cocinas de leña cuando los alcanzaron tipos que ya viajaban por las estrellas y que les enseñaron cosas. Ahí entraron a progresar de veras porque aprenden rápido, siempre que las grandes ideas se les ocurran a los otros.

—No sé cómo no siguieron hamacándose en los árboles. Decime, ¿y la novela?

—Bastante más aburrida que el compendio de historia. Generaciones y generaciones de una familia de idiotas industriales, en donde no había ni peleas ni adulterios ni quiebras fraudulentas ni choques entre padre e hijos ni tías locas ni incestos ni monstruos ni genios, nada, nada, nada. Me quedé dormido cuando no sé qué tipo hijo de no sé quién y casado con no sé quién construía una casa no sé dónde y ponía una fábrica de no sé qué y tenía tres hijos y una hija.

—La próxima vez no les vendas grafito, véndeles las obras completas de Shakespeare y de Balzac y los matas a todos de un infarto.

—Ni eso. Para empezar, no voy más. Y si voy y les vendo a Shakespeare y a Balzac te juego lo que quieras a que los lean, los estudian y deciden que todo eso son tonterías.

—Te felicito. Qué viaje divertido.

—Yo te dije y vos no me creíste.

—Porque uno ya te conoce.

Casi me levanté para ir a hacer más café pero me acordé de algo y empecé a desconfiar de nuevo:

—Espérate un poco. ¿Y el loco?

—Bueno, claro, el loco. Sí, el loco. Lo encontré al día siguiente, a la noche. No me decidía a irme, y seguía vagando por ahí. No podía creer acostumbrado a, vos sabes, a tantas cosas raras y absurdas y estúpidas no sólo acá sino en muchos otros mundos, no podía creer que

hubiera gente tan razonable pero ya me estaba convenciendo y casi caigo conquistado por tanta tranquilidad. Me fui a caminar, salí de la ciudad y me metí por las sendas para peatones que corren junto a las rutas y que de vez en cuando se abren y te llevan al campo o a los bosques. El tipo estaba sentado en el suelo y silbaba. Cuando oí el silbido dije no, no puede ser. No tienen poetas, ¿te dije? Tampoco músicos, como no sea para bailar en fiestas o acompañar actividades físicas. De paso, tampoco pintores. Ilustradores sí, pero no pintores. Así que nadie silba, ¿no te parece razonable? ¿Para qué? No, claro, cómo van a silbar. Y yo estaba oyendo un silbido, un poco monótono pero un silbido de persona que silba porque se le da la gana, qué tanto. Me paré en seco y me pregunté si no sería yo el que silbaba. No, no era yo. Salí de la senda, enfilé para el lado del bosque y lo encontré.

Se quedó callado. Y lo peor fue que ni siquiera reclamó café.

—Trafalgar —le dije.

—¿Eh?

—Supongo que no me vas a dejar colgada ahí.

—No.

—Te hago café.

—Bueno.

Fui, calenté el agua, hice café, volví, Trafalgar se sirvió y se tomó media taza:

—Era grandote —me dijo— y rubio y tenía barba y silbaba sentado en el suelo. Le dije hola buenas noches y me contestó que las grullas.

—Que las grullas qué.

—Nada, eso, que las grullas.

Se tomó la otra media taza y se sirvió más:

—Ahí mismo y mira que yo no soy un sentimental.

—No sé.

—No soy. Ahí mismo me acordé de un juego idiota que jugábamos con mis primos cuando éramos chicos en la quinta de Moreno y vine a darme cuenta que no era un juego idiota. Alguien decía una frase y los otros tenían que contestar por turno rápidamente con frases que no tuvieran nada que ver con las anteriores. Parece fácil hasta que probas. No puedes pensar nada de antemano porque no sabes qué van a decir los que hablan antes que vos, así que de repente tenes que decir algo y si te demoras o si lo que decís tiene relación con lo que ya se dijo, sonaste. Eran más las veces que pagábamos prenda que las que acertábamos. Hola buenas noches, y enseguida: que las grullas, sonaba como eso. Mira, ahí está la gata.

—Voy a prender la luz.

—Ahí tenés. Acabamos de hacer lo mismo. Ahí está la gata, voy a prender la luz. ¿Es razonable o no?

—No, pero nos entendemos, así que está bien.

—No nos entendemos, nos comprendemos y claro que está bien. Pero los aleicarganos no opinaban lo mismo y decían que el tipo era loco.

Fui a prender la luz y cuando volví Trafalgar se servía más café:

—Tuvimos una conversación muy interesante. Yo todavía no sabía quién era él ni qué era, pero a partir de las grullas y de lo que me había acordado de Moreno, seguí adelante. De haber estado jugando con mis primos hubiera tenido que pagar prenda porque me quedé callado un rato pensando en todo eso que te dije antes, pero me reí para mis adentros, me olvidé que estaba en Aleicarga, y le largué, ¿sabes qué?

Ni esperaba que yo le contestara ni me dio tiempo para decirle que no que cómo iba a saber.

—Mi prima Alicia está casada con un japonés.

En realidad la pobre Alicia Salles que es muy linda pero bastante pavota, está casada con un salteño simpático, calvo y dermatólogo.

—Y entonces, magníficamente, él me contestó que había mucho que decir de las flores de papel siempre que fueran rosadas. Y yo le dije que mi reloj de pulsera adelantaba cinco minutos. O atrasaba, no me acuerdo.

—Es que no me explico cómo te acordás de tantas cosas inconexas.

—Me acuerdo perfectamente porque no son inconexas.

—Vamos, viejo, hola, las grullas, el reloj, la retardada de Alicia, las flores de papel, el japonés imaginario, vamos.

—¿Y?

—Y qué.

—¿Me vas a decir que mi reloj no ha atrasado alguna vez cinco minutos y que mi prima Alicia no está casada y que vos no tenes flores de papel en el perchero ése y que no hay ningún japonés casado con una mujer que se llama Alicia y que no hay grullas en alguna parte?

Quise protestar pero no me dejó:

—Más todavía. ¿Me vas a decir que en algún momento tanto un japonés como Alicia y vos y yo y él no hemos visto grullas o pensado en grullas o en flores rosadas de papel y que Alicia no habrá tenido un reloj de pulsera que adelantaba y que alguna grulla no habrá pasado volando, en fin, no sé si las grullas vuelan como las cigüeñas o si caminan picoteando gusanos como las gallinas, sobre una torre que tenía un reloj que adelantaba y sobre una tienda donde vendían flores de papel?

—Sí, ya me doy cuenta —le dije.

Y me daba cuenta. Ahí en el jardín oscuro todo fue un gran fresco en el que se movía el ballet alocado y estricto de las grullas y los relojes y las Alicias y los japoneses y las flores de papel y más, muchas cosas y gentes y animales y plantas más y Trafalgar y yo y la gata, los gatos, las portadas de los libros, los collares, la sal, los guerreros, anteojos, sombreros, fotografías viejas, arañas y trenes, las botellas de Giorgio Morandi, mariposas grises, boletos de tranvía, cálamos, emperadores y pastillas para dormir, hachas, incienso y chocolate. Y más todavía. Todo, para decir la verdad.

Entonces Alicia no es una retardada.

—Tu prima Alicia no es una retardada —le dije—, por lo menos no más que el resto. ¿Por qué no hablamos todos siempre como vos y tus primos en Moreno o como el loco en Aleicarga?

—Porque tenemos miedo, me parece —dijo Trafalgar—. Y no era loco, era que por fin Aleicarga había adquirido como ningún otro mundo en el universo, en el que yo conozco, la

verdadera conciencia del orden total. Por el momento lo único que puede hacer es rechazarla, claro, por eso dicen que es loco, pero no creo que eso dure mucho.

Como nosotros también girábamos cómodamente en el universo, en el que conocemos por ahora, nos habíamos olvidado del café no porque estuviéramos pensando en otra cosa sino porque teníamos presente también a todo el café posible y estaba ahí y yo podía preparar más en ese momento o tres horas o diez meses o siete años después porque el tiempo también estaba ahí.

—En otras partes —dijo Trafalgar fumando—, aquí mismo, esa conciencia está fragmentada y oculta. Tendrías que juntar por ejemplo, no sé, a un pastor de cabras, un matemático, un sabio, un chico que todavía no va a la escuela, un esquizofrénico, una mujer dando a luz, un maestro, un moribundo, un qué sé yo, no sé cuántos más, y podría ser que te acercaras de lejos al verdadero panorama. Allá lo tenían todo en nada más que dos mitades. Por un lado los aleicarganos sensatos, lógicos, racionales, eficientes, incapaces de una paradoja, un vicio, una sonata, una broma absurda, un haiku. Y por el otro el loco.

—No estaba loco.

—No, qué iba a estar loco. Ellos decían que sí porque si lo aceptaban se les movía la estantería. Pero yo decidí que no era loco. Era.

—Te voy a hacer más café —dije.

—Dale.

Y se levantó y me acompañó a la cocina.

—Era el caos primordial —dijo mientras se calentaba el agua y yo lavaba la cafetera—, veía las formas y por eso lo que decía parecía informe, vivía todos los tiempos y por eso hablaba sin orden, era tan completo que uno no podía abarcarlo todo y lo veía fragmentado, y tan normal que los aleicarganos decían que estaba loco. Creo que era lo que nosotros ya deberíamos haber llegado a ser.

Trafalgar agarró la cafetera y nos fuimos de nuevo al jardín donde la gata andaba al acecho de mariposas grises que habían venido a la luz. Se tomó una taza de café y sacó cigarrillos y me convidó pero yo no fumo negros.

—No sé cómo podes fumar esa porquería —me dijo—. Te herrumbra los pulmones.

—Ah, claro, los negros no.

—También pero menos —se sirvió más café.

—¿Fue la única vez que lo viste? —A quién.

—A él. Al Señor Caos.

—Aja. Pero y qué: una vez, dos, veinte, un millón de veces lo vi. Y estuve con él hasta que amaneció. Una noche entera hablando y hablando sin parar y sin pagar prenda para nada porque no podíamos equivocarnos nunca y volví al hotel con el sol alto pero tan fresco como si hubiera dormido diez horas.

—¿Te volviste ese día?

—A la noche. A la mañana lo busqué al secretario del Centro de Comercio y le pregunté por el Señor Caos. Le pregunté directamente quién era y qué era. El tipo se sonrió. Discretamente se sonrió, con una sonrisa tan razonable, tan sin indulgencia, sin vergüenza, sin malicia, tan sin nada, tan sonrisa y nada más que sonrisa, que no sé cómo no lo agarré del traje y no lo sacudí hasta revolverle los sesos. Me dijo que era un desdichado que había nacido así y hasta

me explicó por qué pero yo preferí bajar la cortina y no oí esa parte. Me dijo que habían intentado curarlo pero sin éxito y yo pensé por suerte, y me dijo, morité, que habían pensado en eliminarlo pero que como era inofensivo le permitían vivir y la municipalidad se encargaba de vestirlo y alimentarlo. Y como yo seguí preguntando me dijo que vivía en una casa que le prestaba la municipalidad que también pagaba al personal para que la mantuviera en condiciones. Y que él, el loco, al principio daba mucho que hacer con eso porque todos los días la casa amanecía desarreglada, con los muebles en el patio o el colchón en la banadera o la alfombra arriba del techo o las sartenes colgando de las fallebas o cosas por el estilo hasta que habían clavado todo, las sartenes no, al piso o a las paredes y desde entonces el tipo iba poco por ahí y prefería vivir en el bosque como los salvajes, eso me dijo, como los salvajes.

—Los salvajes.

—Sí, pero no pienses en Thoreau, pensá en los salvajes.

—Claro.

—Pero me dijo algo más.

Y se quedó callado. Yo le serví café y lo esperé, lo esperé un rato largo.

—Me dijo que estaban pensando en rever la actitud benévola. Porque parece que a su manera el Señor Caos había empezado a cortejar a las chicas.

—Esas qué no saben fintear antes de decir que sí. Las hijas de los que no saben regatear.

—Esas. Confío en que alguna aprenda —dijo Trafalgar— antes que los aleicarganos tengan tiempo de rever nada. En lo que confío es en que como siempre y como en todas partes las mujeres sean en Aleicarga más curiosas, más audaces, más sabias que los hombres, que como la madre Eva se coman rápidamente la manzana mientras el calzonudo de Adán duda. No me atrevo a esperar que algunas pero una, una por lo menos, confío en que una le diga que sí.

—¿Y si lo matan?

—Puede ser que lo maten. Pero me parece que eso ya no tiene importancia.

La gata empezaba a impacientarse.

—Debe ser tarde —dijo Trafalgar.

—Eso tampoco tiene importancia —le contesté—. Le voy a dar de comer a la gata.

—Me parece —le oí decir desde la cocina— que se cansó de las mariposas grises y de las flores rosadas de papel.

CONSTANCIA

—No puedo —dijo Jorge—, me tengo que ir en seguida.

Trafalgar le avisó a Marcos que quería otro café.

—Bueno —dijo—, pero por lo menos tomate un café.

—A eso sí que no te voy a decir que no —y salió a relucir una de esas pipas de las que suele hablar profusamente.

—¿Qué llevas en ese portafolios? ¿El equipaje?

—Libros, qué querés que lleve. Los libros son mi suerte y mi desgracia.

—A quién se los vendes, con esta mishiadura.

—Clientes siempre hay. Señoritas sentimentales tirando a maduras porque las otras no pierden el tiempo leyendo, que compran finales alegres en novelas tristes, o padres primerizos que son una fija para enciclopedias.

—Que nunca se te mueran esos ejemplares. A mí me ha pasado de encontrarme con que no había clientes, ni uno. ¿Vos sabes lo deprimente que es llegar a un lugar y que no haya nadie?

—No, no sé, y espero no enterarme, gracias.

—Entonces no vayas nunca a Donteá-Doreá.

—Qué nombre, qué pedazo de nombre.

—Sí —dijo Trafalgar—, para un poema, pero no para uno de los tuyos.

—Tenga mano. A mí déjame con Los Quirquinchos que para nombre suena mejor.

—Donteá-Doreá es para héroes perdidos después de una batalla y listos para que los cagué el destino. Si es posible al borde de los acantilados y con el mar rugiente allá abajo.

—Y las brumas —colaboró Jorge—, no te olvides de las brumas que son importantes, ni de las rubias desmelenadas que tienen presentimientos en países lejanos.

—No sigamos. Creo que en Donteá-Doreá no hay acantilados. Y no era rubia, era morocha subida.

—Ah —dijo Jorge y le dio una chupada a la pipa y después se acordó—. ¿Pero no era que no había nadie?

—Lo que pasa es que es un poco complicado —Trafalgar tomó café, fumó, consideró la situación y estudió a los concurrentes al Burgundy—. ¿Te vas con libros y todo o te quedas y me escuchas?

—Me quedo pero si me lo contás rápido, digamos en cinco minutos.

—Chau —dijo Trafalgar.

—¿Cómo chau?

—¿Vos escribís un poema digamos en cinco minutos?

Jorge se rió, limpió la pipa, la guardó y sacó otra. A Trafalgar eso de las pipas no lo convence.

—No me convence eso de las pipas —dijo—, tanto trabajo para qué.

—Me quedo pero no divaguemos —lo apuró Jorge.

Marcos se acercó, dejó café, oyó lo de las divagaciones y se fue sonriéndole a Jorge.

—Donteá-Doreá —dijo Trafalgar—. Lo malo es que hay mucho viento pero no es feo. Caí ahí por casualidad —tomó café y prendió un negro sin filtro mientras Jorge usaba el vigesimosegundo fósforo para la segunda pipa—. Venía de Yereb que es un mundo que a vos te gustaría mucho. Pura tierra fértil y ríos. Poblado por agricultores laburantes, chupandines y camorreros. Mónteseos y Capuletos, enemigos hereditarios, se pelean por una mujer, por un pedazo de tierra, por un pico y una pala, por cualquier cosa, y después se reconcilian en grandes banquetes al aire libre en los que seguro se arman dos o tres broncas más.

—¿Qué les vendiste? ¿Guantes de box? —Artefactos eléctricos para el hogar.

—¿Me estás cachando?

—¿No te digo que son agricultores? Exportan granos, harinas, madera, abonos naturales, fibras, todo eso, e importan lo que fabrican los mundos de alrededor y encima ganan plata y viven como señores en enormes granjas de techos altísimos y paredes gruesas y patios olímpicos.

—No está mal.

—La pucha si no está mal. Decí vos que hay mucho trabajo, que si no sería como para irse a vivir a Yereb. Y allí me encajaron un pasajero.

—¿No es que vos no llevas a nadie cuando viajas?

—Aja. Prefiero. Pero tampoco soy inflexible. En algunos casos estoy dispuesto a hacer excepciones y el muchacho me cayó simpático. Era un mecánico de Sebdoepp. Los mecánicos de Sebdoepp son cosa seria. Es un mundo asqueroso, lleno de tormentas eléctricas, una tras otra, día y noche, algo invivible donde nunca ves el sol y donde tenés que salir al aire libre con un ancla parí que el viento no te arrastre. Como los habitantes no estaban dispuestos a emigrar, no sé por qué porque hay que estar loco para querer vivir ahí, empezaron metiéndose en cuevas, siguieron cavando subterráneos de cueva a cueva y terminaron viviendo en ciudades fabulosas construidas bajo tierra.

—Salí de ahí. Yo me muero, me da claustrofobia.

—No hables hasta que no conozcas las ciudades de Sebdoepp.

—Francamente, no contés conmigo, a mí déjame en Rosario donde puedo ir los domingos a la mañana al Parque Urquiza a jugar al fútbol con los muchachos.

—En las ciudades de Sebdoepp también puedes ir al potrero a jugar al fútbol, mejor dicho jugar al pekidep que es bastante más divertido aunque con más riesgos de romperte uno o varios huesos. Hay sol y lunas artificiales, ríos naturales, bosques mitad naturales y mitad artificiales, amaneceres, mediodías, tardes y noches también artificiales, lagos naturales, una barbaridad.

—¿Querés venir el domingo al Parque Urquiza?

—No juego al fútbol y te aviso que al pekidep tampoco, pero si está lindo voy. Vos te imaginás que para haber hecho todo eso y mantenerlo en condiciones de funcionar y de dar satisfacciones a millones de habitantes, hay que ser muy hábil. No hay un hombre ni una mujer en Sebdoepp que no sea un artista de la ingeniería, la física, la química, la mecánica. Todos los mundos conocen a los mecánicos de Sebdoepp, y en Yereb había uno, poniendo no sé qué aparatos para mejorar el rendimiento de las máquinas agrícolas y yo me lo llevé.

—¿Adonde estaba la rubia desmelenada que era morocha subida?

—Ay, sí —suspiró Trafalgar—. Che, ¿y Marcos?

El Burgundy estaba casi lleno pero Trafalgar no alcanzó a darse vuelta buscándolo, que Marcos ya estaba ahí con el café.

—A Donteá-Doreá —dijo—, adonde en realidad no íbamos.

—¿Eh?

—No, no íbamos. Yo ni lo tenía registrado, íbamos a Sebdoepp de donde lo habían traído los yerebianos al muchacho éste, Side Etione-Dól se llamaba, y adonde en vez de llevarlo ellos de vuelta me propusieron a mí que lo cargara ya que yo iba para ese lado, más allá de Sebdoepp, a comprar perlas de Ksadollamis. Dije que sí y nos fuimos, pero ni a la mitad del camino nos encontramos con que había que bajar en algún lado, en cualquiera, porque algo se había soltado, no en el motor del cacharro que el motor del cacharro no falla nunca, sino afuera. Y bajamos en Donteá-Doreá que está deshabitado.

—¿Y la morocha?

—Espérate, no me apures. Como te decía hay viento allí, mucho viento, y un montón de ruinas. Debe haber vivido gente poderosa y rica en Donteá-Doreá, pero hace tanto que ya no quedan más que piedras. Bajamos y Side, un rubio alto despeinado y simpático que toca la armónica y silba que da gusto oírlo, agarró una pinza, dos alambres y un cemento especial que usan ellos, y en dos patadas arregló lo que se había roto.

Trafalgar se quedó callado, como si estuviera escuchando las conversaciones en el Burgundy, y Jorge fumó su pipa y esperó, esperó un buen rato.

—Y después nos mató la curiosidad —dijo Trafalgar.

—Y se la encontraron a la morocha.

—Decime, ¿a vos te obsesionan las morochas?

—Y las rubias. Y todas. Confesa que no hay nada más lindo que las mujeres.

—Hummmmm —hizo Trafalgar.

Probablemente se dedicaron a pensar si había algo más lindo que las mujeres, aunque no se sabe a qué conclusión llegaron, mientras Marcos les echaba una mirada al pasar, cosa de averiguar si había que alcanzarles más café.

—Pasó que habíamos bajado cerca de una ciudad, una ciudad en ruinas, claro. Y como el cacharro ya estaba listo a los cinco minutos de bajar, y como había un viento que para Side era una leve brisa primaveral aunque para mí era el simún rabioso, y como no teníamos nada que hacer, nos metimos las manos en los bolsillos y empezamos a caminar para la ciudad que debe haber sido inmensa. Así, bajo el viento y a contraluz, parecía tallada a mordiscones. Cuando llegamos a las primeras murallas nos miramos como diciendo y ahora qué hacemos. Y lo que hicimos fue agarrar una calle y meternos para el centro.

—Un poco más grande que Rosario sería, me imagino.

—Fácil, fácil, una ciudad para diez millones de habitantes. Y nada de ladrillos ni de cemento: piedra, todo piedra. Grandes piedras talladas, a veces coloreadas y con las aristas redondas hechas para encajar una en otra y no moverse más. Micenas. Una Micenas del tamaño del Gran Buenos Aires. Quedaba mucho en pie y mucho también desparramado por las calles que eran el doble y el triple de una avenida de las nuestras en ancho, y en las plazas que por el tamaño podrían haber servido como estadios de fútbol. Y ahí andábamos Side y yo, como dos pajueranos mirándolo todo, él silbando y yo peleando con el viento que se encajonaba entre las paredes incompletas.

Jorge se acomodó en la silla y agarró la pipa que estaba apagada hacía rato, se la puso en la boca y la masticó despacito pensando en ruinas bajo la lluvia tal vez.

—Ya estábamos bien adentro —dijo Trafalgar—, donde la ciudad era menos ruinoso, más impresionante y más sola. Y de golpe algo se movió en el primer piso de un edificio con pinta de ministerio o templo o algo así. Marcos, ¿usted cree en el destino?

—¿Yo? —dijo Marcos y dejó dos cafés sobre la mesa—. Déjeme de embromar. Ya les traigo agua fresca. Pero el domingo hay anotado un burro en la cuarta que se llama Mi Destino y lo monta un matado. Le voy a poner unos pesos.

—Ahí tenes —dijo Trafalgar cuando Marcos se iba.

—Ahí tenes qué—quiso saber Jorge y la pregunta le salió un poco mezclada porque todavía estaba masticando la famosa pipa.

—Que Side decía después que todo había sido obra del destino y yo le decía que el único destino que existe es la estupidez de cada uno.

—Bueno, está bien, pero qué fue lo que se movió en el primer piso del ministerio.

—Nunca supimos si había sido un ministerio o un templo. Side sabe mucho de mecánica, mucho. Pero no todos los lugares por los que yo ando son pacíficos y encantadores como Eiquen o Akima-réz. Hay algunos en los que tenes que estar bien preparado para cualquier cosa y tener reflejos rápidos o no volvés más. Hasta ahora mis reflejos andan bien. No habíamos visto animales ni pájaros ni nada vivo, así que apenas vi el movimiento me tiré contra Side y rodamos los dos al suelo. Menos mal porque los tiros empezaron en seguida.

—¿Tiros? —Jorge se sacó la pipa de la boca y la dejó sobre la mesa.

—Tiros. De escopeta. Nos arrastramos hasta detrás de una piedra grandota caída al borde de la plaza. Sonaron un par de balazos más y después nada. Yo me saqué la campera, la hice un bollo y la asomé por encima de la piedra. El que tiraba, tiraba a matar: me la llenó de agujeros.

—Mierda.

—Yo dije algo parecido pero más extenso.

—¿Y qué hicieron?

—Cuando una ciudad está en ruinas es cómoda para vivir pero tiene otras ventajas para actividades menos pacíficas. Culebreando nos metimos en la casa que nos quedaba más cerca, y como todas estaban destripadas, pasamos de una a otra por agujeros en las paredes o por donde encontrábamos un hueco, dando vuelta a la plaza y acercándonos al edificio de donde habían venido las balas. A todo esto el tirador estaba tranquilo, o creyendo que nos había acertado o esperando a ver qué nacíamos.

—¿Y cómo sabían ustedes que había un solo tirador?

—Eso mismo se nos ocurrió a medio camino y nos sentamos en unos bancos de piedra que yo dije que eran de una sala de espera y Side de una escuela, a pesar las posibilidades. Si hubiera habido dos, el tiroteo hubiera sido peor. Y si hubiera habido más de dos, ni nos hubieran dejado llegar tan lejos, porque ya que estaban en pie de guerra hubieran puesto centinelas. Así que había uno solo. O dos pero con nada más que un arma. Y como ya nos estaban dando ganas de darle un par de tortas, seguimos.

Trafalgar apartó la taza y se inclinó sobre la mesa:

—Lo sorprendimos desde atrás —dijo—, después que subimos por una escalera en bastante buen estado, descalzos para que las suelas no hicieran ruido contra las piedras. El tipo estaba de espaldas, mirando para afuera, pegado al costado de la ventana, con la escopeta apoyada de culata en el suelo. El rubito de la armónica y yo nos miramos, nos hicimos una seña y saltamos al mismo tiempo: yo a la escopeta y él al tirador. Y cuando me levantaba con el arma en la mano, morité, lo oigo que pega un grito.

—¿El tipo?

—Side. ¿Vas a tomar más café?

—No, basta para mí. ¿Y por qué gritó?

—Porque no era un tipo, era una tipa.

—La morocha.

—Eso, la morocha. Claro, el pobre Side la había agarrado desde detrás para inmovilizarle los brazos y cuando apretó y se encontró con semejante sorpresa, gritó y la soltó, el muy idiota.

—Yo, no es por decir, pero si me pasa eso no largo nada y me quedo firme como talón de oso.

—Es que Side es un romántico.

—Yo también.

—Vos también la hubieras soltado.

Jorge se rió:

—No sé, ¿eh?, no sé.

—Ja —dijo Trafalgar—. La morocha se nos escurrió de entre los dedos y se nos quiso escapar. Ella conocía el terreno pero nosotros éramos dos y al final nos dimos el gusto de agarrarla. Bueno señorita, le dije yo muy fino pero con voz de celador que pesca a una alumna fumando en el baño, a ver qué es eso de andar tirándole a la gente. Está bien, dijo ella, ustedes ganan, llévenme pero les aviso que no voy a llegar viva.

A esa altura del cuento en el Burgundy no quedaba mucha gente, y según dijo Trafalgar en Donteá-Doreá se estaba haciendo de noche.

—Le dijimos que no pensábamos llevarla a ninguna parte y que habíamos caído ahí por casualidad y le hicimos prometer que no iba a tratar de asesinarnos ni de escaparse y la soltamos. Y ni trató de escaparse ni de matarnos. Se arregló la ropa, estaba vestida toda de negro y tenía un collar plateado, se arregló el rodete que se le había empezado a desarmar, y se puso a trajinar por la habitación que era muy grande y estaba en buenas condiciones. Tapó las ventanas con postigos, prendió lámparas, acomodó un poco el lío que habíamos hecho, y nos invitó a sentarnos.

—¿Adonde se sentaron, en el suelo?

—Qué suelo, un verdadero palacete se había instalado ahí. Las lámparas y las estufas tenían pilas solares prácticamente eternas, y la cocina también. El piso estaba cubierto con alfombras y había muebles con ropa y vajilla y chucherías y libros y cintas grabadas. La mesa estaba tallada en una sola pieza de madera de Neyiomdav por un ebanista que sabía lo que hacía y las sillas hacían juego y tenían almohadones de plumas. En el piso, todo a lo largo de las paredes adornadas con tapices y cuadros, había más almohadones de plumas y una cama de por lo menos dos plazas y media cubierta con una manta de piel blanca y negra.

—Sensacional —dijo Jorge—, a ver si usted se porta como un amigo y me da la dirección de esa mina.

—Lamento —dijo Trafalgar—, Side llegó antes que vos y además tu mujer te estrangula, así que no va a haber caso.

—No me digas que se la levantó el rubio.

—Sonso no era, aunque creyera en el destino. Nos sentamos y nos preguntó quiénes éramos y le contamos. Le contó Side, y cuando vi que exageraba todo, la avería, su pericia, mi importancia, dije sonamos, romance en puerta. Y yo me quedé callado y la miraba y había algo en ella que me llamaba la atención.

—Qué tal estaba, aquí entre nosotros.

—Un miñón. Alta, con un pelo que era azul de tan negro y brillante, una piel sin maquillaje bien gitana, ojos rasgados, pómulos salientes, nariz romana, dientes muy blancos, un mentón fuerte y todo lo demás para parar el tráfico.

—Como para no llamarte la atención.

—No, lo que me llamó la atención fue la actitud —dijo Trafalgar y se dedicó al café.

—Termínala, qué actitud, vamos.

—Amable pero condescendiente, altiva, como dándonos permiso, te das cuenta, cómo te puedo decir, faraónica, eso es, faraónica.

—Vos estuviste soñando con la Nefertiti.

—Precisamente. Nefertiti. Siempre que Nefertiti haya estado como para modelo de Vogue.

—Con razón el rubio hacía facha.

—Sí, estuvo hablando como media hora. Y ella muy quieta mirándolo con lo cual te puedes imaginar que no hacía más que empeorar las cosas. Cuando el pobre terminó parecía un perro de aguas.

—¿Y vos?

—Yo le pregunté y usted quién es señorita. Me llamo Constanza dijo ella. Es un nombre bellissimo, dijo el idiota de Side. Como eso amenazaba en convertirse en telenovela yo le pregunté por qué nos había recibido a los tiros y en vez de contestarme ella dijo que sí que era un nombre muy bonito pero que a ella le recordaba su mundo donde cada una de las mujeres de su clase llevaba el nombre de una virtud. Yo insistí y ella preguntó si queríamos comer algo y Side dijo por los dos que sí. No me vino mal porque ya era bien de noche y yo estaba empezando a extrañar las provisiones del cacharro. Y me acordé del cacharro y dije que teníamos que volver pero ella dijo que no había ningún peligro porque en Donteá-Doreá no había nada ni nadie, solamente ella. Y nos propuso que pasáramos la noche allí y Side casi se muere de la emoción y va y dice que sí que cómo no que por supuesto que claro que con mucho gusto, ufa.

—Y, te hubieras ido vos solo.

—Cualquier día. Ella decía que en Donteá-Doreá no había nadie más que ella y aunque yo creía que decía la verdad, bien podía estar macaneando. Y mientras me quedara ahí yo iba a poder vigilarla, aparte de que quería averiguar quién era, qué le pasaba, por qué tenía tanto miedo que recibía a la gente a escopetazo limpio. Bah, que nos quedamos. No pongas esa cara que en la cama de dos plazas y media durmió ella sola y nosotros nos armamos otra con los almohadones que alcanzaban para un batallón. Pero antes comimos, y muy bien. Con esos

aires de duquesa supuse que nos iba a dar un par de huevos fritos con la yema cocida y la clara cruda y pegoteada a la sartén, pero se mandó una especie de soufflé aux fines herbes que nos chupamos los dedos. Y de postre frutas con crema. Y un vino muy bueno y café, un café casi perfecto.

—Casi.

—Casi. Le había puesto azúcar. Pero me lo tomé lo mismo. Tres tazas. Después no aguanté más y le pedí una cuarta taza sin azúcar.

—Pero oíme, de dónde sacaba las cosas para cocinar si ahí no había animales ni plantas ni nada.

—Tenía una despensa en la planta baja en una especie de salón de actos. Lleno, todo tan lleno que ni aun viviendo más de un siglo iba a alcanzar a consumirlo todo, y con un sistema de congelación que hasta Side silbó cuando lo vio y no precisamente una canción.

—Sí, sí, pero de dónde se había agenciado todo eso.

—Ya vas a ver. De sobremesa Side sacó la armónica y se puso a tocar baladas dulzonas como para derretir glaciares y ella seguía quieta y lo miraba y de vez en cuando le sonreía y aprobaba con la cabeza. Si al pobre tipo le pedís en ese momento que te cambie el cuerito de la canilla, te hace un desastre. Hasta que me levanté, le quité la armónica y le dije a ella bueno Constanca ahora cuéntenos algo de usted. Me miró como si yo hubiera sido de vidrio y detrás mío hubiera habido algo que la aburría muchísimo. Entonces yo le dije usted es de Sondarbedo IV, ¿no es cierto?

—¿Y vos cómo sabías?

—No sabía, qué iba a saber. Por otra parte Sondarbedo IV no existe. Me dijo no. Nada más que no. No dijo no, yo soy de tal parte. Y Side, que ya flotaba a medio metro del suelo, resolvió la situación a fuerza de candidez. Le dijo que nosotros queríamos ayudarla. Yo no tenía la más mínima intención de ayudarla porque aunque la tipa me gustaba también le desconfiaba. Pero me quedé callado a ver qué pasaba. Y le dijo que íbamos a hacer lo que fuera necesario para que ella no siguiera viviendo así, sola y acosada. Estaba inspirado Side. Y entonces ella lagrimeó.

—Cuando una mujer te usa el recurso de las lágrimas, viejo, ya tiene ganada la batalla.

—No, es que no sé si era un recurso. No necesitaba las lágrimas, para qué si ya lo tenía a Side en el bolsillo. Se le salían solas las lágrimas y Side se armó caballero y se hubiera puesto a pelear ahí mismo con los arqueros suicidas de Ssouraa.

—¿Con quiénes?

—En realidad los arqueros suicidas de Ssouraa viven en Aloska VI porque a fuerza de guerras en Ssouraa ya no queda nada. Son batallones suicidas que usan armas atómicas que parecen arcos y que.

—No, basta, eso me lo contás otro día. Ahora yo lo que quiero es saber qué pasaba con Constanca.

—Se ablandó y se puso a contar todo. Te lo resumo porque la explicación fue demasiado larga y demasiado tierna para mi gusto. Constanca había sido camarera de la reina en Adrojanmarain, muy lejos de Donteá-Doreá, un mundo con una tecnología muy avanzada y una moral muy atrasada. A veces se dan esas contradicciones pero una vez que las estudias a fondo te das cuenta que no son contradicciones. Fíjate por ejemplo en Na-man III donde no han llegado todavía a la máquina a vapor pero donde.

—Hace el favor, no me vas a contar ahora lo que pasa en cada uno de los lugares a los que vas porque yo te cuento todas las historias de mi pueblo y vamos a ver quién gana.

Trafalgar se sonrió:

—Vos querés saber lo de Constancia.

—Y claro, me extraña, qué te crees, ¿qué vos sos el único tipo curioso que pisa el Burgundy?

—Constancia 'había sido camarera de la reina y cada camarera tenía el nombre de una virtud. Camarera es un eufemismo. Las criaban para eso con todo rigor desde chiquitas y después la reina las trataba como a esclavas, las tenía siempre encerradas en celdas miserables, de a una, de las que no salían nada más que para trabajar como burras en las cosas más duras, sucias y humillantes, y las hambreaban y las castigaban a veces hasta matarlas. Constancia había conseguido la complicidad de un "idiota como Side que se había enamorado de ella, y durante años, con una paciencia infinita, robó cosas y se las dio a su enamorado y estudió la manera de escaparse. Y se escapó. Y el tipo que trabajaba en el puerto le tenía lista una nave cargada con todo y ella levantó vuelo y enfiló para cualquier parte y cayó en Donteá-Doreá. Una esclava que se escapa no es tan importante como para que se la persiga de mundo en mundo, pero ella había pasado por todo lo soportable y lo insoportable para hacerse útil y agradable y de confianza y tener así cierta libertad de movimientos. Y así era como se había enterado de secretos, secretos de dormitorio y de sala de trono y de cuarto de baño y de detrás del trono, y eso ya la volvía peligrosa. Sabía que la iban a encontrar, que la iban a llevar de vuelta y que la iban a matar de a poco.

—Pobre chica, no hay derecho.

—No le creí una palabra —dijo Trafalgar.

—Pero che, vos no querés a nadie.

—Esa mujer no había sido esclava nunca en su vida, me hubiera jugado cualquier cosa. No era un perro apaleado. Era Nefertiti no te olvides.

—¿Y entonces?

—Entonces los dos nos mostramos conmovidos y emocionados y Side se ofreció a llevarla a Sebdoepp donde ella iba a poder empezar una nueva vida y todo el verso y ella le agradeció y creo que era sincera, cosa que también me llamaba la atención. ¿Por qué diablos no decía la verdad si tenía miedo de veras y si de veras se estaba escapando de algo?

—¿Averiguaste al final si se escapaba y de qué se escapaba?

—Creo que sí. Claro que puede haber mentido de nuevo pero si mintió de nuevo, la otra solución que tengo para ofrecerte no me gusta nada. Mira, pasamos la noche allí y ella durmió como un ángel y Side y yo nos turnamos para hacer guardia a sugerencia mía, por si acaso. A mí me fastidiaba pero él qué más quería. La noche fue tranquila y a la mañana desayunamos con café y tostadas con manteca y miel y jugos de frutas y torta. Cuando terminamos le pedí a Side que fuera abajo a ver si todo seguía desierto y si podíamos irnos llevándola a ella y como el pobre no había bajado de las nubes, fue. Me las ingenié para ponerme a espaldas de ella, bastante cerca, y de pronto la llamé con voz autoritaria y cuando se dio vuelta amagué con pegarle. Una esclava se hubiera achicado para recibir el golpe. Ella se agrandó como una fiera y si las miradas matan yo no estaría contando esto, ni las cenizas me hubieran quedado.

—Así que tenías razón nomás.

—No sé, creo que sí, espero que sí. Le dije usted nunca fue esclava de nadie Constancia, digamé si me equivoco pero creo que era usted la que tenía esclavas a su servicio. Cuando Side volvió la encontró llorando y ahí casi me mata él. Pero como ella lloraba como una reina y

no como una cualquiera, se tranquilizó en seguida y nos contó la verdad. El Adrojanmarain de ella existía tanto como mi Son-darbedo IV. Había sido reina en Marrennen, allá en los confines, un mundo perdido, el último de un sistema de once alrededor de una estrella quemante, donde había tres razas. Los dioses, que son invisibles; los vigentes que son tipos como vos y como yo y como ella y como Side y como todo el mundo; y los durmientes que son unos idiotas bestiales y animalizados que andan desnudos mugiendo por todos lados sin hacer mal a nadie y a los que se alimenta y protege por mandato de los dioses. Todo eso gobernado por una reina que también es sacerdotisa. El cargo de reina no es hereditario: llegan a reina las que oyen hablar a los dioses. Una sola en cada generación. Y cada reina lleva el nombre de una virtud. Constancia subió al trono al morir Clemencia, y desde chica sabía que iba a ser reina porque oía las voces de los invisibles. Y desde allá arriba del trono gobernó bastante bien, cuidada y obedecida por sus súbditos, los vigentes que son los que lo hacen todo ahí porque los durmientes no sirven para nada y a los dioses nadie los ve. Pero, aquí viene el pero, vos sabes que siempre hay un pero, una vez por año la reina sacerdotisa que oye voces tiene que entrevistarse personalmente con los invisibles: toma un brebaje que la pone en trance, la llevan a un templo cavado en una montaña al que no entra más que ella esa única vez al año y allí se le aparecen los dioses.

—¿Y entonces los ve?

—Los ve. Claro que por algo la morocha tenía ese mentón cuadrado y ese aire de aquí mando yo. El primer año se hizo la que tomaba el jarabe pero no tomó nada y lo tiró, se hizo la dormida pero no se durmió nada, la llevaron al templo y no vio nada ni se le apareció nadie. El segundo año la misma historia. Al tercero se tomó unos tragos y tiró el resto, se adormiló un poco y se despertó en el templo cuando oyó ruido y cuchicheos de gente que andaba alrededor de ella. Y allí, abriendo apenas los ojos, los vio.

—¿A los dioses?

—Sí, a los dioses, a los brutos babeantes, a los durmientes.

Jorge se quedó con la boca abierta y dejó que la pipa se apagara y ni protestó cuando Trafalgar empezó tranquilamente otro café.

—Primero le entró el pánico según dijo ella —siguió Trafalgar—. Y después, como buena reina que era, y no solamente porque oía voces, le dio la bronca del mundo, abrió los ojos, se levantó y empezó a los gritos. Y los dioses bestiales salieron rajando y ella se quedó sola en el templo y se puso a averiguar cosas. Encontró algunas puertas más o menos disimuladas, por las que llegaban los durmientes desde el otro lado de la montaña. Y dedujo el resto. Los brutos son en realidad una especie de dioses de entrecasa: bestias que lo único que quieren es pasarlo panza al sol y que les den de comer y no los hagan trabajar y hacerse la gran fiesta una vez al año con la reina de turno. De dioses tienen una sola cosa y bastante imperfecta: un leve poder de transmisión telepática, transmisión, no recepción. Y además de la orgía anual la utilizan a la reina sacerdotisa a la que se elige, no te olvides, porque tiene algo de recepción telepática, para dar órdenes: que se los alimente, que se los proteja, que se construyan templos, que se haga esto y lo otro y lo de más allá.

—Qué porquería, viejo.

—Porquería es poco. La chica salió al otro día muy campante del templo, reunió a unos cuantos técnicos y les dijo que los dioses ordenaban una expedición vaya a saber adonde y que en menos de un día tenía que quedar lista una nave equipada para un solo tripulante, con muebles, comida, libros, cuadros, en fin, todo lo que veíamos ahí. Y a la noche hizo despejar el puerto, se subió solita a la nave y se las tomó y se alejó lo más posible y llegó hasta donde pudo y casi se mata al caer en Donteá-Doreá que para su desgracia estaba desierto desde hacía siglos.

—¿Y ella hacía mucho que estaba ahí?

—Bastante. Más de un año de los de Marrennen, por eso tenía miedo. Los había dejado de araca a los brutos tres años seguidos y después se les había escapado. Y su sucesora ya debía haber entrado por lo menos una vez al templo, y los dioses brutos combinan el placer con la utilidad, así que ya debían haber dado orden de buscarla.

—La sacaron de ahí, me imagino.

—Ya veo que sí, que sos un romántico vos también, como Side, y no solamente porque hayas escrito el Manifiesto de un Romántico. ¿Pero vos no te das cuenta que esa mujer es un peligro andante? ¿Y que si los desafió y los venció una vez a los brutos, dioses o durmientes o demonios o lo que sean, es muy capaz de desafiarlos y de vencerlos cuantas veces se le dé la gana? Yo por mí la hubiera dejado en Donteá-Doreá para que ella arreglara definitivamente el pleito cuando llegaran los de Marrennen. Tranquilízate, Side es mecánico, no poeta, pero consiguió que nos la lleváramos. Es decir, se la llevó él, que lo que es yo, aunque era de lo mejorcito en su género, no la toco ni con pinzas.

—Ya te veo perseguido de aquí para allá por los brutos desnudos.

—Los brutos desnudos me tienen sin cuidado, de a uno o todos juntos. Es ella la que es temible. Yo la vi. Yo la miré a los ojos cuando amagué con pegarle y ella me enfrentó. Mira Jorge, desde que volví de Sebdoepp donde los desembarqué a los dos, desde entonces me pregunto quiénes son los dioses invisibles de Marrennen. A ver Marcos, cuánto es. No me hagas eso, que el que te invitó fui yo. Sí, porque o las otras reinas que se llamaran Piedad o Templanza o Caridad, eran unas taradas y no se animaron nunca a hablar de lo que indudablemente tienen que haberse dado cuenta que les había pasado cuando estaban dormidas en el templo, o hay en Marrennen, pobre Side, una raza de dioses que no son los brutos, son las reinas. Y son ellas las que se hacen la orgía anual, no los pobres desgraciados. Que ella pertenezca a esa raza explicaría sus mentiras. Aunque sí, ya sé lo que me vas a decir, esas mentiras se pueden explicar con una docena de inocentes razones. Pero si los dioses invisibles son ellas, entonces Constanca se escapó porque las traicionó, no me importa cómo pero seguro que por un solo motivo: en busca de más poder.

—Me parece que tenes razón.

—Vamos yendo —dijo Trafalgar.

—Casi preferirla haberme ido a la oficina y haber hecho todo lo que tenía atrasado —dijo Jorge cuando salían—. Sirves a una morocha avísame que miro para el otro lado.

TRAFALGAR Y YO

—Porque hay cosas que no se pueden contar —dijo Trafalgar ese día de tormenta—. ¿Cómo las decís? ¿Qué nombre les pones? ¿Qué verbos usás? ¿Habrá un idioma apropiado para eso? No más rico, no más florido ¿sino que tenga en cuenta otras cosas? Estuve en un mundo sin nombre, cubierto de selvas y de pantanos, lleno de animales monstruosos que no me llevaban el apunte, y en un claro de la selva, en una casa de madera blanca con tela metálica en las ventanas y una veleta en la cumbre, había un hombre sentado en la galería frente a una mesa tomando té. Me senté con él y sirvió té para mí. Después volví a casa. Eso es todo.

Empezó a llover. Un cascarudo se metió bajo una hoja de magnolia y una gota fría me golpeó en la frente.

NOTA POSTLIMINAR A "TRAFALGAR"

Contar la verdad es contar de verdad: inventar.

Contar lo que nadie ha visto, lo que alguien sueña,

lo que todo el mundo teme o aguarda,

lo que tú quieres escuchar.

FERNANDO SAVATER

A lo largo del siglo pasado y a partir de las narraciones góticas (M. G. Lewis, Ann Radcliffe, Bram Stoker) se desarrolla en Inglaterra, y se difunde luego por Europa y Norteamérica, un tipo de literatura de intriga y misterio que no tenía precedentes. El pensamiento científico y utilitario desgarran la visión mágica de lo sobrenatural, haciendo necesario buscar un vehículo más adecuado para lograr la verosimilitud de la historia contada. Se inventa la vaguedad, esa zona crepuscular donde todo es posible, en la que —como dice Todorov— no se puede establecer si los hechos insólitos tienen origen en una objetividad sobrenatural o en una subjetividad morbosa. Así surgen tres líneas bien definidas de la narración contemporánea: la novela policial, la ciencia ficción y el cuento fantástico moderno.

En general se observa una tendencia al relato corto (Short story), con bien dosificadas pinceladas de humor, en detrimento del extenso y solemne novelón gótico. Se acentúa el recurso al monólogo interior y se desarrolla una técnica fundamental, el enfoque indirecto: lo que sucede o sucedió (especialmente en el Ghost story, del indiscutible maestro M. R. James) es revivido a través del relato de un tercero, introduciendo así —con un sistema similar al de las cajas chinas— una historia dentro de otra historia y potenciando su efecto, como sucede con las dosis homeopáticas.

Es a partir de Thomas de Quincey y su Society of Connaisseurs in Murder, institución imaginaria dedicada al estudio del "asesinato considerado como una de las bellas artes", cuando surge una variante muy utilizada por las tres vertientes (en especial, la policial). Los personajes se reúnen en un club dedicado a una actividad especial (el Suicide Club, de R. L. Stevenson, por ejemplo), o en un simple bar o pub, donde uno de los miembros o todos ellos relatan sus experiencias o viajes. Todo sucede en un ambiente muy definido: las bebidas favoritas, los cigarros, algún insólito camarero. Así, poco a poco se va introduciendo lo inverosímil, lo paradójico, provocando por contraste un incremento en la fuerza de la narración. Las interpolaciones de quienes escuchan o la llegada del camarero sirven para intercalar pausas, demorando la revelación o bien provocando una distensión momentánea. Libros enteros se construyen sobre esta técnica, creando así una "moda", un estilo, que se prolongaría hasta nuestros días.

Este tipo de narración, bien superficial, bien profunda, no tuvo nunca grandes cultivadores entre los escritores hispanoamericanos. Apenas si podemos mencionar la estructura de

algunos de los relatos de Lugones, Cortázar o Bioy Casares, antes de llegar al antecedente más cercano: los relatos de Bustos Domecq, donde J. L. Borges y Adolfo Bioy Casares hacen una impecable muestra de relato indirecto, coloquial, con grandes hallazgos de humor.

Los relatos de Trafalgar se inscriben decididamente en esta categoría especial. Trafalgar, un viajero estelar, se encuentra con el narrador (un abogado, a veces la autora), por lo general en un bar, el Burgundy (Nada de fórmica ni de fluorescentes ni de cocacola. Una alfombra gris un poco gastada, mesas de madera de veras y sillas de madera de veras, algunos espejos entre la boiserie, ventanas chicas, puerta de una sola hoja y fachada que no dice nada), donde comienzan los extraños relatos de este personaje singular. Uno de sus logros es su verosimilitud, «es tan poderoso —afirma Angélica Gorodischer— que me voy a topar con él, en cualquier momento en la calle, o va a venir a tocar el timbre de casa y me va a invitar a tomar un café».

La descripción minuciosa e identificable de los personajes: el hábito por el café del protagonista, el autorretrato del abogado (... ese aspecto gordiflón cheviot y Yardley...), la pintura de la tía Josefina (Ochenta y cuatro años tiene; el pelo ondulado color acero, unos ojos castaños incansables y brillantes...), contrasta con los fabulosos mundos descritos (Nada de ladrillos ni de cemento: piedra, todo piedra. Grandes piedras talladas, a veces coloreadas y con las aristas redondeadas hechas para encajar una en otra y no moverse más. Micenas. Una Micenas del tamaño del Gran Buenos Aires), produciendo lo que Elvio E. Gandolfo bien denomina "una equilibrada mezcla de factores contradictorios".

Como ya hemos dicho, los relatos de Trafalgar pertenecen formalmente a esa categoría especial que hemos denominado "cuentos de club", y como en éstos, la autora se propone "la inserción, muy natural, de la fantasía —llamémoslo así— en la cosa real", ya que "no hay ninguna posibilidad de describir la realidad porque esa realidad no existe, porque está mezclada con otras cosas que hacen que todo lo que vivimos minuto a minuto sea fantástico. Para pasar ese concepto a la literatura, yo tengo que utilizar cosas llamadas tradicionalmente fantásticas, como por ejemplo un señor que viaja a las estrellas".

Una de las características es el abandono (feliz, por cierto) de un lenguaje deliberadamente barroco para adentrarse "en el lenguaje que hablamos todos los días, en el que yo hablo con vos en el café, el que hablo con los chicos, el que hablo en la calle o en la verdulería". Pero esta integración de los muchos lenguajes que hablamos (ya insinuado en algún relato anterior) no produce lo que Cortázar acertadamente llama "lenguaje de pizzería", el lenguaje perecedero de lo cotidiano, "sino que se fusiona de forma notable con lo literario, para hacer eclosión en su último libro: *Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara* (1985). Se une así a la reducida pero formidable estirpe de los Cortázar, Bioy Casares, Blaisten o Piglia.

Se destacan los relatos "Sensatez del círculo" y "La lucha de la familia González por un mundo mejor", magníficos ejemplos de que la ciencia ficción es, a veces, el medio más idóneo para desarrollar determinada temática. El sentido de la evolución, los misterios del fin de la especie (Y llegaron tan alto y tan hondo que cuando la estrella murió ya no les importaba nada) hallan en el primero de ellos una síntesis impecable. En el segundo, el planeta *Gonzwaledworkamenjkaleidos* (González para los íntimos) y su insólita historia de muertos que conviven con los vivos, se inscribe en lo mejor del género fantástico, equiparándose sin desmedro con el hasta entonces su mejor relato, "Los embriones del violeta".

Las influencias de estos relatos, si nos referimos específicamente al campo de la ciencia ficción, debemos buscarlas en R. A. Lafferty, Robert Sheckley, Philip José Farmer y, por qué no, en Isaac Asimov. Es justamente este último quien incursiona en este género especial de "relatos de club" con *Relatos del Club de los Viudos Negros*, tal como lo hace Arthur C. Clarke en *Cuentos de la taberna del Ciervo Blanco*. Pero, si fuéramos más precisos, deberíamos buscar los antecedentes estilísticos en los relatos de Chesterton o Lord Dunsany, sin olvidar a Dick, "cuando se trata del tiempo y de sus alucinaciones y contradicciones, y de los monstruos, y de la manera de tomar un problema de interioridad y atacarlo concretamente, sin mediatizarlo en un personaje".

Angélica Gorodischer nació en Buenos Aires en un año que las paradojas temporales impiden precisar y desde muy niña se trasladó con sus padres a la ciudad de Rosario, en donde reside desde entonces, no siendo erróneo referirse a ella como "la gran autora rosarina". Comienza a escribir en forma tardía alrededor de 1960, y a partir de 1964, año en que gana un concurso de cuentos policiales organizado por la revista *Vea y Lea*, publica con regularidad. En ese primer relato, "En verano, a la siesta y con Martina", ya demuestra su buen manejo del idioma, si bien el final algo preanunciado destruye algo del clima de la historia.

En 1965 aparece su primer libro, *Cuentos con soldados* (Premio Club del Orden), donde insinúa su talento para manejar los diálogos, uno de los problemas más difíciles —por la diversidad de modismos— del escritor latinoamericano. Sin embargo, la deliberada ambigüedad de las descripciones, su inmovilidad kafkiana, no llegan a empeñar el clima asfixiante que las envuelve, algo que iba a transformarse en una de las constantes de su obra posterior.

En *Opus dos* (1967), una "novela en nueve partes articuladas", deja atrás el aparente "realismo" del libro anterior. Los relatos se inscriben en un futuro de la Argentina, pero —sin embargo— carecen de atractivos directos al no presentar matices descriptivos que aporten detalles de una civilización de algún modo "extraña". Los personajes se mueven y actúan de forma convencional, un efecto quizá deliberado (*Ellos, caminando sobre los muertos*. Y los viejos edificios milenarios (y éstos sí que eran elocuentes: el hombre es siempre el mismo hombre) que iban surgiendo). Además, el hecho de presentar una cultura negra dominante agrega un interés suplementario, sobre todo por el buen estilo con que se narran las historias.

En *Las pelucas* (1968) repite las virtudes y defectos de los libros anteriores. Son destacables los relatos "Enmiendas a Flavio Josefo" (un buen experimento narrativo), "Abecedario del Rif" y "Segunda Crónica de Indias".

Es en *Bajo las jubeas en flor* (1973) donde aflora todo su talento imaginativo. Seis relatos ejemplares: "Bajo las jubeas en flor", donde la opresión y la angustia dejan lugar, sin embargo, para el humor; "Los sargazos" y su final impecable (Los soles morían y las espirales de gas opaco se alejaban hacia lo que parecía el infinito. Se cargaba de la eternidad y cuando amanecía en millones de mundos, también en el suyo, cuando caían las dinastías en las cabezas cortadas y cantaban los grillos y batallones se lanzaban al asalto y se fundían los glaciares y otra esfera roja se deslizaba por un túnel en el vacío y ciudades enteras se hundían en ríos de polvo, abría nuevamente las puertas dobles y entraba en la antecámara); "Veintitrés escribas", que de alguna manera prefigura *Kalpa Imperial*; "Onomatopeya del ojo silencioso", una detallada y brillante descripción de una cultura alienígena (Escuché un largo poema sobre las olas de un mar intercambiable equivalente a todas las masas de agua, todas las que existen, existieron o existirán, aun cuando su verdadera existencia, se aplazaba, se derivaba a otro poema que no alcancé a oír, y que a su vez las contenía y era contenido por ellas, con una minuciosa descripción de cada una de sus ondas); "Los embriones del violeta", uno de sus mejores relatos, casi diríamos obra maestra; y, por último, "Semejante día", con su lograda descripción del Museo.

Los relatos adquieren más extensión, mayor minuciosidad, la imaginación ya no es contenida y arrastra con fuerza algunas imperfecciones de desarrollo. De todos los cuentos surge un libro imaginario, donde estaría contenido el universo, *Ordenamiento De Lo Que Es y Canon De Las Apariencias*, que, como uno de los recursos más felices de la literatura fantástica (recuérdese el *Necronomicón*, de Lovecraft, o *El Rey de Amarillo*, de Chambers), entra y sale de la narración, influyendo sobre la realidad literaria, creando un clima muy sugestivo.

Casta luna electrónica (1977) es una antología de los distintos estilos de la autora, lo que produce un cierto desnivel, una falta de unidad. Sin embargo, presenta una novedad importante: dos de sus relatos incursionan ya en el estilo coloquial afín a Trafalgar: "Seis días con Max", definido por Angélica Gorodischer como "una morisqueta a la ciencia ficción", y "Casta luna electrónica", que da nombre al libro.

Los años que van desde Casta luna electrónica a la primera edición de Trafalgar (1979) se inscriben en los peores y más penosos momentos de la Argentina, regida por una feroz dictadura militar que sofoca la cultura y hunde al país en la mayor crisis económica de su historia. Eran años difíciles, la industria editorial en quiebra apenas si atina a sobrevivir.

Es por eso por lo que Angélica Gorodischer, en la cumbre de su talento narrativo, debe esperar cuatro años para volver a publicar, teniendo como tenía bajo el brazo una de las obras más originales e imaginativas de los últimos tiempos: Kalpa Imperial.

El fin de la dictadura provoca el resurgimiento de la cultura, lo que trae aparejado el interés por los autores nacionales. Así aparece Mala noche y parir hembra (1983), un libro amargo, desperejo, reflejo evidente de esos años oscuros, cuya idea central es una reflexión sobre la condición femenina. Del humor ácido de "La perfecta casada" pasamos a la truculencia desmedida de "En la noche", una especie de negro vómito interno exorcizador de fantasmas. Se destacan "La resurrección de la carne", un buen cuadro surrealista, y "Un cuento de amor, por fin", deliciosa ironía sobre el eterno femenino, tema que ampliaría magistralmente en Floreros de alabastro... (Porque están unidas a la tierra, al espacio, al tiempo, al agua, no sé por qué cadena que sube desde el infierno hasta el paraíso pasando por el Edén, no sé, porque yo no conozco más que dos eslabones, la luna y la sangre menstrual. Porque tienen dos bocas y una de ellas es un sexo que se proyecta hacia adentro y no hacia afuera. Porque Dios era mujer y nosotros, nosotros lo convertimos en hombre).

Kalpa Imperial, desafortunadamente publicado en dos partes: "Libro I: La casa del poder" (1983) y "Libro II: El imperio más vasto" (1984), es hasta ahora su obra más importante, más acabada. La contratapa del libro resume, si es posible un resumen, el contenido: "La historia del imperio más vasto y poderoso que ha conocido el hombre: un imperio atemporal y ubicuo, y por lo tanto inmediato y actual."

Todos los relatos, salvo el último, "La vieja ruta del incienso", que aparece un tanto descolgado, más bien una rama colateral de la historia —y que bien pudo haber firmado Leiber—, están contados por el narrador. Este narrador, cuya presencia intuimos pero que no se corporiza hasta "Retrato de la emperatriz", es el nexo fundamental, el hilo conductor que otorga la amalgama con la sólida precisión del bardo anglosajón (Tuve que explicarle que un contador de cuentos es algo más que un hombre que recrea episodios para placer e ilustración de los demás; tuve que decirle que un contador de cuentos acata ciertas reglas y acepta ciertas formas de vivir que no están especificadas en ningún tratado pero que son tan importantes, o quizá más, que las palabras con las que construye sus frases. Y le dije que ningún contador de cuentos se inclina jamás ante el poder y que yo tampoco lo haría).

A pesar de la debilidad unitaria de algún relato, como "Retrato del Emperador", que más bien parece un guión de cómic, todo el libro es un sólido entramado en el que destacan dos relatos excepcionales: "Acerca de las ciudades que crecen descontroladamente", quizás un producto de la influencia de su marido, el arquitecto Sujer Gorodischer; y "Así es el sur", que debió ser el digno broche final del libro, una historia que trae reminiscencias del mejor Ballard de El mundo sumergido, un periplo hacia un pasado primigenio, hacia la matriz cósmica (Los días son largos y despiadados. Hay un sol blanco que levanta nubes de vapor de los lagos y pantanos. Las gentes andan descalzas y casi desnudas sobre la tierra y la hierba; se despiertan temprano, muy temprano: duermen hasta el mediodía y vuelven a levantarse cuando el sol se pone morado sobre las copas de los árboles enormes. Así es el sur, verde y sofocante, lleno de ira y de modorra).

Floreros de alabastro, alfombras de Bokhara (1985) es su último libro. Si hemos dicho que Kalpa Imperial es su obra más lograda, ésta es la mejor escrita. Aquél rendía culto a su estilo barroco, éste al coloquial, un estilo coloquial seguro, preciso, irreverente. Una presunta intriga internacional que nunca se aclara es el pretexto para sumergirnos en un México fascinante y contradictorio (...hay un smog amarillo, pesado y mortal que hace que una se despierte con los pulmones doloridos... una no puede viajar en ómnibus ni en metro porque la roban, la toquetean, la aplastan y en una de éstas hasta la asesinan... es uno de los países más bellos del mundo y yo lo he amado siempre, antes de haberme paseado por el zócalo mirando flamear una bandera lujosa contra la fachada de una catedral imposible, antes de haber

sentido en los palacios de Palenque que es dudoso que la civilización haya nacido en el Mediterráneo... Lo he amado sin reservas, sin condiciones, sin límite, sin remedio).

Nos encontramos ante una autora que siempre logra sorprendernos: deudora confesa del padre Brown, desarrolla una historia lejos de Chesterton y Brown y próxima a Fleming y Bond. Todo, como en las novelas de Fleming, parece claro: un enemigo fijo, un hombre presuntamente malvado a destruir, pero luego... luego las cosas se complican y el criminal no es tal y las cosas ya no son tan seguras. La heroína, una especie de David Niven femenino en retiro, aclara el asunto y retorna a casa, donde —poco felizmente diría— retoma el tema de la mujer, de la madre, del matriarcado, desarrollando otra historia, entrañable, tierna, dolorosa, pero otra historia, que hubiera sido preferible dejar para otra libro. Y así llegamos al fin, esperando que algún día Angélica Gorodischer logre fusionar sus dos vertientes, a Kalpa y Trafalgar, pero quizás esto sea mucho pedir a quien nos ha regalado algunas de las páginas más fulgurantes de la literatura hispanoamericana de todos los tiempos.

Barcelona, Octubre de 1986 - JORGE A. SÁNCHEZ

FIN